

HQN™

PESCANDO SALMONES EN ALASKA

Caridad Bernal



PESCANDO SALMONES EN ALASKA

Caridad Bernal

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica,
S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2016 Caridad Bernal Pérez
© 2016 Harlequin Ibérica, una división
de HarperCollins Ibérica, S.A.
Pescando salmones en Alaska, n.º 122 -
junio 2016

Todos los derechos están reservados
incluidos los de reproducción, total o
parcial.
Esta edición ha sido publicada con

autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y TM son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con
permiso de Fotolia.

I.S.B.N.: 978-84-687-8262-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño,
S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo I: La entrevista](#)

[Capítulo II: Presentaciones](#)

[Capítulo III: Zafarrancho](#)

[Capítulo IV: Enterrar el hacha](#)

[Capítulo V: Amberes](#)

[Capítulo VI: Un paseo en moto](#)

[Capítulo VII: Escocés vs irlandés](#)

[Capítulo VIII: Para Elisa...](#)

[Capítulo IX: Don perfecto](#)

[Capítulo X: La tormenta](#)

[Capítulo XI: Cork](#)

[Capítulo XII: Charlotte](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Dedicatoria

A Martina

Capítulo I: La entrevista

–Es difícil saber por dónde empezar la que supongo tendría que definir como la gran aventura de mi vida... –Elisa se detuvo al leer sus propias palabras en voz alta, estaba aterrorizada. Decidió coger aire antes de que la voz le temblara por culpa de los nervios, así que respiró profundamente mientras miraba a todos aquellos jóvenes expectantes. Aquello era todo un ejercicio de autocontrol, ya que su primer impulso al subirse a esa tarima

fue el de salir corriendo. En medio de un auditorio tan grande como este, se sentía más pequeña aún de lo que ya era. El momento era real, estaba sucediéndole, y sin embargo le seguía pareciendo increíble que donde hacía años habían estado sus propios profesores dándole clase estuviese ella ahora. Buscó entre el público, y por fin halló, a la persona que deseaba ver. Solo entonces tuvo el valor suficiente para continuar su discurso, viéndolo sonreír se sentía más segura— así que empezaré por el principio. Me llamo Elisabeth Moreno, pero todos me llaman Elisa. Trabajo para una ONG internacional en el estudio para la protección de los océanos. A que os suena bonito,

¿verdad? Sobre todo cuando trabajas en lo que te gusta y ves que tu trabajo sirve para algo. Pero llegar hasta aquí, como podréis suponer, no ha sido nada fácil. Aunque tampoco creo haber hecho nada espectacular, no me considero ninguna heroína ni nada parecido. Supongo que mi historia es de esas de las que cuentan que con ganas de trabajar duro y mucha fuerza de voluntad se consigue cualquier sueño... y eso es, al fin y al cabo, lo que quieren que os explique. Así que no os deprimáis si os ronda alguna locura por la cabeza que queráis hacer al terminar vuestra carrera, yo soy el vivo ejemplo de que nada es imposible: ¡si yo lo he conseguido, vosotros también podéis!—

Elisa cambió de tarjeta para continuar con su discurso. Mientras hablaba, los recuerdos se agolpaban en su mente. Cada frase tenía mucho sentido para ella, y esperaba de veras llevar un poco la ilusión a esos chicos que ahora veían su futuro tan oscuro—. Yo estudié, como estáis haciendo ahora mismo vosotros, en esta magnífica universidad—Elisa guiñó el ojo al grupo de profesores asistentes que estaban sentados en la primera fila. Ellos le sonrieron y la piropearon como respuesta, dejando muy claro la buena relación que había entre ellos— hasta que me licencié con la especialidad de Biología Marina, se puede decir que mi vida estaba siendo bastante normal, más o menos como la

vuestra ahora. ¡Sin un duro en el bolsillo pero con unas ganas inmensas de comerme el mundo! Corría el año 2008, a esas alturas no tardaríamos en estar todos hartos de oír la palabra crisis, pero en mi interior ya se cocía una idea extraña para encontrar un trabajo ese mismo verano. Uno que significaría el primer paso de esta historia...

La primera vez que me interesé en la pesca de altura, más que por oír algo sobre el tema, fue por culpa de una foto ¡Sí, habéis oído bien! A mis manos había llegado un prospecto de la pesca comercial del salmón en Alaska, y en ella se hacía referencia a sus posibilidades laborales. Al final del

texto había una foto de una chica joven con una sonrisa espectacular, tumbada sobre las cuerdas de un barco. Entonces pensé: ¿y si fuese yo la de aquella foto? Os puedo decir sinceramente que no me informé demasiado, tan solo tenía ganas de salir del cascarón a lo grande, y ni siquiera tenía una experiencia sólida en la pesca de alta mar. Vamos, como podéis imaginar por lo que os estoy contando, ¡todo un modelo a seguir! –Se oyeron algunas risas de fondo, haciendo que Elisa levantara la vista de sus papeles. No pretendía ser graciosa, simplemente hablaba como lo sentía en aquel momento. Ahora tenía otra perspectiva de toda su hazaña, y al contarla, veía lo disparatada que era.

¡Menos mal que en su momento tuvo el valor suficiente para hacerlo!—. Por supuesto, mi familia se opuso rotundamente al principio ¡Nadie en su sano juicio cogía la mochila y se iba a Alaska a trabajar ni más ni menos que pescando! “Si lo único que quieres es aprender a pescar, ¿por qué no lo haces aquí?”, me decía mi padre. Y en parte os confieso que tenían mucha razón, los primeros meses de novata me los podría haber ahorrado trabajando aquí pero supongo que, cuando eres joven, asumes ciertos riesgos que son los que después marcan tu vida.

Muchos de mis compañeros habían decidido seguir estudiando aquí su

doctorado, otros comenzaron a trabajar en prácticas para algunas empresas, y yo, sin embargo, solo tenía un objetivo: ser esa mujer de la foto. Conseguir esa sonrisa... ¡Y si me tenía que ir a Alaska para obtenerla, me iría! Así de cabezota era, supongo que más o menos como ahora.

Bien, en este punto os haré un breve inciso desde mi humilde experiencia. Para trabajar en el extranjero, mucho más importante que el dinero, es el nivel de inglés. Si tienes que hacer una entrevista, preguntar una dirección o enterarte de lo acaba de decir la megafonía del aeropuerto, seguramente tu dominio del inglés será más valioso que llevar mil euros en el bolsillo. Así

que poneos seriamente a estudiar inglés, no penséis que allí fuera van a ser muy pacientes en enseñaros el idioma. Y si no te puedes hacer entender, no serás muy útil para nadie, ni siquiera para ti mismo. En mi caso, creí tener suerte con este tema, ya que mi madre es filóloga inglesa y desde pequeña me había estado hablando con un perfecto acento inglés. Yo estaba muy orgullosa de ser como un disco viviente de la BBC, pero al salir de aquí me di cuenta de que para lo único que me servía aquello era para que me situaran, no sé por qué, en algún punto entre Exeter y Bath. Irlandeses, noruegos, rusos, tailandeses, chinos... nadie habla el inglés que se estudia en

los libros, así que preparaos para sentirnos muy solos al principio.

Otra cosa muy importante para conseguir un empleo fuera, y no tiene nada que ver con el currículum, son tus cualidades. Ser sociable, por ejemplo, es una gran baza si vas a trabajar en equipo. Y eso, aunque creáis que no, también se puede ver en una entrevista de trabajo: ¿practicabas deporte? ¿Cuáles son tus aficiones? Todo influye y se mira con lupa. Todo lo que aprendes en esta vida te puede servir en algún momento. En mi caso, al principio, saber coser una red fue la clave para que me contratasen en un barco. Pensad que una de las preocupaciones principales de un capitán de barco es que sus trabajadores

sean lo más independientes posibles. Sé sincero si nunca has realizado un trabajo parecido, prefieren gente honesta en la que puedan confiar que a aquellos que cuentan el mismo rollo del aprender rápido, etc. Si tienes otras habilidades como cocinar o la electrónica, también pueden beneficiarte una vez en el barco. Especialmente buscan a gente que no dé demasiados problemas, se pueda confiar en ellos y sean suficientemente independientes en pocos días. Pero sobre todo tened en cuenta una cosa, y esto se puede extrapolar a cualquier sitio, el éxito para obtener un empleo es que te guste el trabajo ¡Eso es primordial! Ya sabéis lo que dicen: el

secreto de la felicidad no es hacer lo que se quiere, sino querer lo que se hace. Porque al final ese amor que le pongas a las cosas se notará y te diferenciará...

Pero volvamos a esa chica ilusionada que salió de su casa por culpa de una foto. Cuando eres extranjera, y en mi caso encima implica ser mujer, sin experiencia ninguna e ilegal prácticamente, las opciones laborales allí fuera son nulas ¡Os lo puedo asegurar!

El auditorio volvió a llenarse con algunas risas, la verdad es que habían acertado con la primera conferenciante de este año. Elisa no estaba haciendo solo una charla muy interesante para los

jóvenes que estaban hoy aquí reunidos, sino también divertida.

Mientras, una periodista local hacía fotos al aforo trasladándose lo más silenciosamente posible de un lugar a otro. Comprobó con una sonrisa en los labios cómo seguían entrando chicos en la sala a pesar de no haber ya sitios libres ¡Y es que no todos los días se podía escuchar a una aventurera como Elisa! Por lo que la joven estaba contando, modestia aparte de la narradora, pocas mujeres estarían dispuestas a pasarlo de *motu proprio*. De modo que ya solo por saciar su curiosidad, merecía la pena haber venido.

—... las posibilidades que yo tenía en Alaska de subirme a un barco se reducían a que el capitán solo quisiese ligar conmigo o que quizás no hubiese conseguido completar su tripulación a tiempo por insconciente, teniendo que recurrir a los restos que estábamos esperando en el puerto de Anchorage. Y es que, ¡míradme! No mido más de metro sesenta, y el diámetro de mis bíceps no es el de Popeye precisamente... —Hasta la periodista tuvo que reírse, Elisa estaba metiéndose al público entero en el bolsillo—. ¡Ningún hombre en su sano juicio me contrataría para trabajar en un barco! Pero no me importaba trabajar duro,

muy duro, durísimo. Y fue así como la gente terminó conociéndome. Porque creedme, en la mar todos se terminan conociendo muy bien. Por suerte o por desgracia, es mucho el tiempo de convivencia, así que aunque lo tuve muy difícil para enrolarme la primera vez, para la segunda no me faltaron ofertas. —Elisa paró un momento para beber agua. Tenía una extraña sensación al hablar de su pasado, como si hubiese sido otra chica la que se hubiese ido de casa con tanta osadía. Solo ahora que iba a ser madre ella también, entendía lo duro que había sido para la suya dejarla marchar. Alejarse de aquella manera de su familia no habría sido plato de buen gusto, y sin embargo, llegado el

momento sus padres no pusieron serios impedimentos. Quizás porque la conocían demasiado—. Pero os diré una cosa, sobre todo si lo que queréis es vivir del mar como yo. Incluso años después de aquel inicio que más me valdría olvidar, cuando una ya entra como bióloga en un barco y no como un grumete de pacotilla, tampoco te tienes que sorprender si un día te toca hacer de cocinero, al siguiente te toca ayudar en la descarga o limpiar la cubierta. Eso sucede a diario. Lo más normal es que estés sin ducharte durante días: ¡tú y todos los que navegan contigo! A veces por cuestiones meteorológicas tienes que permanecer trabajando más de

cuarenta y ocho horas seguidas, oliendo a pescado y soportando temperaturas extremas. No te extrañe si comes pasta o arroz durante semanas, o que las manos se te agrieten y te sangren sin poder curarse durante meses ¡Eso es vivir del mar! Ya sé que suena horrible, pero después obtienes tu recompensa. Aunque, no os equivoquéis, no hablo de dinero. Al menos en los barcos a los que yo me subo nadie es millonario. Hablo de superarte en alta mar, de ser consciente de que estás a merced de los elementos, ya seas hombre o mujer, ¡eso en plena tormenta da exactamente igual! Hablo también de luchar por proteger nuestro fondo marino, pues como todo lo que tenemos a nuestro alrededor, lo

estamos destruyendo. Hablo, y esto lo sabréis mejor que yo, de conseguir por ley que no se utilicen un tipo de redes para lograr la supervivencia de ciertas especies. Hablo de que se oiga tu voz en un auditorio para que alguno de los estudiantes que te escucha siga tus pasos con el mismo entusiasmo. Chicos, os lo digo en serio, puede que no escogiese el mejor camino para conseguir mi primera experiencia en la mar, pero cuando miro atrás y recuerdo todo lo que he vivido y aprendido, ¡os prometo que volvería a hacer la maleta! –Hubo un aplauso espontáneo por parte de algunos oyentes al terminar aquella inspirada frase, no permitiendo hablar más a Elisa durante

unos breves segundos.

Mientras tanto, Laura Martínez, nuestra fotógrafa y periodista, apoyaba la espalda en una pared al fondo de la sala para obtener así mejor perspectiva. Buscaba al culpable de aquellas miradas de complicidad que de vez en cuando había lanzado Elisa durante el transcurso de su emocionado discurso. Un detalle muy sutil del que apenas nadie más se había percatado. En realidad solo Laura se había dado cuenta, ya que estando a solo unos metros de ella para fotografiarla, había podido estudiar su expresión corporal. Era como si estuviera focalizando sus frases en una sola persona para superar el trauma de hablar en público, algo que,

por supuesto, le estaba dando resultado. Sin embargo, entre tanta gente, era muy difícil dar con el objeto de tanta atención... Laura seguía buscando mientras pensaba en las palabras de Elisa. Ni siquiera hacía falta estar estudiando biología para querer escuchar su bonita experiencia, cualquier periodista estaría dispuesto a saber más sobre las aventuras de aquella joven intrépida. Ese aspecto más bien añorado, su sonrisa permanente y aquellos grandes ojos negros que parecían ávidos por ver mundo, le daban a todo el conjunto un brillo especial. Solo oyéndola hablar tan apasionadamente cautivaba, y eso era lo

que se palpaba hoy allí. Resumiendo en una palabra, era optimismo en estado puro, digna portada de una revista ¿Y por qué no de la suya? Se estaba preguntando Laura. Elisa era de esas personas que, a pesar de su pequeña estatura, no parecían achatarse ante las situaciones difíciles. Como por ejemplo, estar aquí ahora mismo.

—¡Ahí estás! —celebró por fin la fotógrafa. Finalmente había encontrado al afortunado al que tanto miraba Elisa y, como imaginaba, era un hombre. Estaba casi al final de la sala, pero no había dudas de que era él, conocía bien ese magnetismo invisible que parece haber entre una pareja. Ella sonreía cuando él lo hacía, como si Elisa le

estuviera contando otra historia entre líneas, una que solo ellos dos conocían.

Se acercó más a él muy disimuladamente, quería un buen plano de aquel tipo, aunque fuera de perfil. Según su intuición femenina, por la manera en la que él la miraba, podría asegurar que era su pareja. Puso el zoom al máximo de la cámara para descubrir una alianza en sus dedos. Aquello era perfecto, con historia de amor incluida ¡Menudo artículo! Como en tantas otras ocasiones, la mente de Laura ya viajaba antes de saber la verdad sobre ellos dos. ¿No querían los de la redacción historias reales? ¿No les pedían que hablasen con los protagonistas de cada

día? ¡Pues aquí los tenía!, pensaba fébril la joven periodista mientras seguía enfocando con su objetivo al supuesto amor de Elisa.

Debía de ser muy alto, ya que tenía medio cuerpo fuera y las rodillas se le clavaban en el asiento de delante, sobresaliendo por encima del resto de jóvenes. El pobre no sabía muy bien dónde meter sus piernas, pero tampoco parecía muy molesto por ello. ¿Estaría acostumbrado a los espacios reducidos? Seguramente estos asientos eran infinitamente más cómodos que el camarote de un barco. Tenía el pelo castaño rojizo, casi pelirrojo a los rayos del sol, con barba de varios días... ¿Barba roja? Bromeó Laura para sí

misma. Parecía más mayor que Elisa, pero era por culpa de esas facciones tan marcadas: la mandíbula cuadrada, la frente despejada y esa mirada intensa que desnudaba las intenciones de quien estuviera delante de él, ya fueran buenas o malas. Todo le daba un aspecto severo y adusto, que posiblemente no cuadrara totalmente con su personalidad. Sin embargo, le hacía muy interesante, como un modelo de pasarela jubilado. Laura seguía mirándolo, ampliando con su cámara digital la foto que acababa de hacerle, mientras perdía el hilo de la charla de Elisa. Tenía los ojos claros, no podría decir bien si eran azules o verdes. Laura suspiró al recordar a

alguien de su pasado, y chasqueando la lengua contra el paladar, se maldijo por ser una mujer a la que le atrajeran sin remedio los hombres casados. Definitivamente, poseía ese atractivo descuidado del que no pretende ir de guapo por la vida, pero lo es muy a su pesar. Con unos vaqueros grises y un polo marrón claro, tampoco parecía interesado en cuidar mucho su imagen, aunque al tener esa constitución fibrosa pero musculada lo que llevaba puesto le sentaba de vicio. Se le veía un tipo seguro de sí mismo, y eso era esencialmente lo que más le atraía a Laura.

«*¡Quieres lo que no tienes!*», recordó lo que alguien le dijo una vez, siendo en

su caso totalmente cierto. Y ahora mismo, lo que no tenía, era una excusa para hablar con él.

Volvieron las risas al auditorio, y a Laura le remató verlo a él también sonreír. «¡Qué gusto daba!». Por el aspecto blanquecino de su piel, se diría que era extranjero. Aunque debía entender bien el español, pues no escondía una amplia sonrisa a cada comentario jocoso de su chica. «¡Quizá fuese él ese capitán que solo pensó en ligar con Elisa!», como ella misma había comentado.

La periodista estaba cada vez más seducida por tener delante una historia de amor de las que apetece leer de una

tacada. La verdad es que solo de pensar en aquella idea, se moría por empezar a escribir sobre ellos... ¿Pero solo un artículo? El corazón empezó a latirle más fuerte, y esa vocecita interna que todo el mundo tiene empezó a decirle: ¿Y por qué no algo más largo, Laura?

Después de la charla, y tras varios minutos de aplausos, comenzaron las enhorabuenas. El camino hacia Elisa se hizo interminable: jóvenes estudiantes, compañeras, profesores... a todos les dedicaba su tiempo. Era tan familiar como parecía, así que seguramente a nuestra Laura le tocaría esperar un buen rato hasta que llegase su turno.

No lejos de ahí vio acercarse al que creía era su pareja. Alejado de la

vorágine del éxito de su compañera, no tenía ni la más mínima intención de robarle protagonismo. Se apoyó en el brazo de un asiento de primera fila, y suponiendo también él que esto iba para largo, cogió su móvil del bolsillo trasero del pantalón para entretenerse buscando cosas en Internet.

Laura se dijo a sí misma que también podía empezar la entrevista con él: si su intuición no le fallaba, él también sería un protagonista en esta gran historia. Se fue aproximando lentamente, pasándose las manos por las caderas para terminar atusándose el cabello por instinto. No es que fuera a coquetear con él o algo así, aquello lo hacía solo por trabajo

¡Claaaro! Pero se daba las gracias a sí misma por haber elegido ese vestido rojo aquella tarde, era el que mejor le sentaba a pesar de sus pronunciadas curvas. De pronto el hombre levantó la vista de su móvil y reparó en ella, Laura se quedó petrificada, definitivamente tenía los ojos de color verde claro. «Si fueran otros el sitio y el momento...», se dijo a sí misma, pero no quiso ni terminar su propia frase.

–Hola, buenas tardes... –Laura dibujó su mejor sonrisa mientras se presentaba ante aquel hombre. Marcaba pausas al hablar, alguien le había dicho que resultaba sexy además de profesional. El hombre la miraba algo perplejo. Parecía medir casi dos metros de alto, así que la

periodista se sintió enseguida muy poquita cosa delante de él.

—Hola... —le contestó él en un perfecto español, sin responder en absoluto a su exagerada sonrisa, más bien todo lo contrario. La miraba como diciendo: “¿Qué se le habrá perdido a esta?”. O eso imaginaba Laura.

Antes de que empieces a pensar mal de mí, voy a presentarme: me llamo Laura Martínez y soy periodista, bueno... ¡y hoy también fotógrafa! Ya sabes, los recortes. —Y otra pausa. Y otra sonrisa. Pero por más que bromease el caballero aún no le veía la gracia a la chica. La expresión glacial de aquel hombre obligó a Laura a centrarse un

poco y a continuar rápidamente con su explicación—. Me mandaron aquí para hacer un breve artículo sobre Elisa Moreno, pero después de escuchar sus palabras, ¡la encuentro una mujer fascinante! Me gustaría saber más sobre ella, para poder escribir algo en condiciones, no solo para cubrir el hueco. Si puedo convencer a mi director, su entrevista estaría en las páginas centrales, con foto en portada y todo. Pero como ahora mismo está tan ocupada, he pensado en empezar a hablar contigo, porque... bueno, pensarás que soy algo bruja, pero he supuesto al ver cómo la mirabas que eras su pareja. No sé si me equivoco, que a lo mejor es el caso.

Era de esperar que nuestro extranjero en cuestión entendiese español perfectamente, ya que Laura había utilizado menos de un minuto en soltarle toda aquella parrafada. No tenía excusa posible, de nuevo los nervios la traicionaban, siempre le hacían hablar de más. Por eso seguía escribiendo en aquella revista de tres al cuarto, pero eso era otra historia...

«Laura, ¡concéntrate!», se decía. La cosa es que ya fuera por la altura del tipo aquel, o por su pose de portero de discoteca, Laura estaba empezando a pensar que había metido la pata hasta el fondo. Eso, y que por culpa de aquellos ojos verdes que la miraban como si

estuviera loca, se estaba volviendo loca de verdad.

—Elisa es mi esposa —terminó diciendo aquel hombre, sin dejar de resultarle un poco frío con esa escueta respuesta.

—¡Oh, vaya! Enhorabuena, estarás encantado ¡Parece una mujer estupenda! —exclamó Laura fingiendo sorpresa. Comenzaba a sentir que aquella situación no era nada profesional, además de muy mala idea. Seguramente lo que terminaría pasando es que tampoco a Elisa le hiciese mucha gracia que estuviese hablando con su marido, si la entrevista iba a ser realmente sobre ella.

Finalmente se relajó un poco la

tensión creada cuando el extranjero dibujó una sonrisa amable en su rostro y, tendiendo una mano le dijo:

–Me llamo Mark, ¿qué tal?

Laura tardó unos segundos en reaccionar. Al estrecharla comprobó que era una mano grande y fuerte, como era de esperar. Aunque, para ser sincera y quizás un poco atrevida, le hubiese gustado más darle un par de besos ¡Puestos a pedir!

–¿Inglés? –preguntó animada.

–¡Irlandés! –respondió, tocando un mechón de su pelo. Después de todo parecía hasta simpático, aunque podía imponerse cuando quisiera. Definitivamente él era el capitán del que

hablaba Elisa.

–Siento la confusión, ¿pero no son los escoceses los que tienen esa fama? –
Laura volvió a sonreírle tras formular aquella pregunta, no le era nada difícil hacerlo delante de él.

Pero en seguida cesaría su tonteo, en cuanto una voz femenina les interrumpió por detrás.

–*I cannot leave you alone!* –Era Elisa, había conseguido liberarse de sus compromisos antes de lo esperado. Dijo aquella frase entre dientes, en un inglés rápido e ininteligible para que solamente Mark la entendiese. Aunque con Laura no hacía falta disimular, ya que ella y el inglés seguían siendo dos completos desconocidos.

«¿Se habría dado prisa en despedirse al ver a su marido entretenido con ella?», pensó la periodista inmediatamente.

Elisa y Mark se sonrieron con picardía al tenerse uno frente al otro por fin. No, no era posible. Había demasiada complicidad entre ellos para dejar espacio a los celos. Él le explicó en inglés, mientras guardaba su móvil en el bolsillo, que aquella chica era una periodista que quería hablar con ella. Elisa la miró sorprendida, y fue el momento de volverse a presentar y explicarse, esta vez con todo lujo de detalles.

A Laura le convenía hacer una buena

entrevista, y estaba dispuesta a conseguirlo. Para ella aquello era más importante de lo que parecía. La revista no iba muy bien, y si no aumentaban la tirada, iban a tener que cerrarla. Incluso el formato digital. Ese triste final les rondaba a todos sus compañeros desde hacía tiempo, así que cada uno estaba empezando a buscar otras posibles salidas... ¿y si la suya fuera escribir? Escribir una historia basada en hechos reales, como aquella precisamente. Más de una noche se había acostado pensando en ello, pero nunca había encontrado algo que realmente mereciese la pena contar. Hasta el día de hoy.

Elisa escuchó atenta la petición de la

periodista, para ella sus vivencias no eran tan increíbles como parecían, y mucho menos para que estuviesen en la portada de una revista. Pero si eso serviría para dar a conocer la ONG, no le parecía tan disparatado. De hecho en parte estaba ahí para difundir su trabajo.

Laura en ese momento no quería revelar sus verdaderas intenciones, porque tampoco tenía muy claro lo que se le acababa de ocurrir. La historia parecía prometedora, ¿pero realmente lo era? Debería escuchar a la protagonista para averiguarlo. Escribir un libro exigía mucho tiempo y esfuerzo, y aún no sabía si podría hacerlo en serio.

Lo difícil no fue convencer a Elisa,

sino encontrar un día para hacer la entrevista. Elisa no visitaba España desde hacía más de un año, cosa que su familia no parecía perdonarle. Así que tenía una lista larguísima de compromisos y visitas previstas por hacer.

—Es que, verás... el otro día, nada más aterrizar en España, les di a mis padres la noticia de que estaba embarazada. Y ahora que lo saben todos, se han vuelto locos por verme. ¡Puedes imaginarte las vacaciones que nos esperan! —comentaba Elisa mientras la periodista apretaba los labios.

—Pero estarás de poquito tiempo, ¿verdad? —preguntó, fijándose en su barriga.

–Catorce semanas, pero es que no me quería arriesgar a venir más tarde y que ya no me dejaran volar. Al ser primeriza...

–Entonces, dejarás lo de subirte a los barcos por el momento, ¿no?

–Sí, bueno ¡Más o menos! Ahora soy más ratón de laboratorio, pero se echa de menos el trabajo de campo. –Elisa miró a Mark como si al que realmente echase de menos fuera a él. A pesar de la abismal diferencia de altura, hacían buena pareja. Era extraño de explicar, pero delante de ellos se veía claramente que había química.

Finalmente encontraron un par de horas la tarde del viernes. Hasta

entonces, Elisa tuvo la amabilidad de darle la dirección de su blog, donde desde hacía un par de años iba escribiendo parte de esa historia que tanto parecía interesarla. Lo hacía porque se lo había prometido a un amigo, pero confesaba tenerlo algo olvidado. Sin embargo, para empezar, serviría. Allí no solo podría encontrar más información sobre sus viajes y aventuras, sino que había fotos colgadas de lo que era la vida en un barco.

Cuando Laura lo abrió ya en su casa empezó a sonar la canción *You're all I need to get by* de Aretha Franklin. En una esquina de la pantalla había una especie de radio antigua con una leyenda, en ella explicaba que la música

siempre había sido su mejor compañera durante las horas de ocio en un barco. Por eso compartía su lista de reproducción: había canciones de todo tipo, la mayoría en inglés, pero también había alguna en italiano.

El blog se llamaba “Pescando Salmones en Alaska”, y tras su presentación a modo de diario de abordo, aparecían fotos suspendidas con un texto a colación. La primera de todas, ella mirando fijamente a la cámara y dando un enorme bocado a un panecillo, ¿era una metáfora? ¿La chica que se quería comer el mundo?

La periodista continuó leyendo el texto, pero sobre todo viendo las

fotografías colgadas. En ellas se veían imágenes muy diferentes, como el sol del atardecer cayendo sobre un océano inmenso, sin nada más en kilómetros a la redonda. O una cubierta repleta de peces, con hombres alrededor. Había fotos de camarotes compartidos, con ropa colgada en ellos de pared a pared. Y de hombres en plena faena, asomados al barco donde colgaban las redes... Laura no podía ni imaginar lo difícil que tendría que haber sido para Elisa hacerse un sitio en ese mundo. Reparó en una de las fotos: enseñaba una cocina estrecha y alargada repleta de pucheros enormes, donde se veía a un cocinero canoso y gordinflón riéndose a carcajadas ¿Quién sería? Elisa

intercalaba explicaciones de los diferentes tipos de barcos y técnicas de pesca que había aprendido, pero nada sobre sus compañeros de viaje. Casi al final había varias fotos de un puente de mando lleno de pequeñas pantallas para navegar: ordenadores, radares, sondas de pesca y cientos de medidores extraños que Laura no supo identificar. Y entre todas ellas había una foto de Mark, sacada en la distancia, mirando hacia el horizonte, concentrado en sus pensamientos. «Era mucho más guapo en persona», pensó Laura, que todavía se acordaba de aquellos ojos verdes.

Repasó el primer borrador del artículo que estaba escribiendo. Con

todas aquellas imágenes y la información que tenía, era más que suficiente para la revista... pero no para escribir su libro. No podía evitar emocionarse al soñar que su historia ya estaba escrita y vendiéndose en las mejores librerías. Así que cuando llegó por fin el viernes, Laura estaba ansiosa por empezar.

Capítulo II: Presentaciones

Quedaron en el bar del hotel donde se alojaban, un sitio discreto pero agradable donde se podía conversar de cualquier tema durante un par de horas. Mientras esperaba, a Laura le dio tiempo a pensar por qué no se alojaban en la casa de los padres de Elisa, si como le pareció el otro día, era una chica de lo más familiar. «Quizás...», se dijo, y así continuaba con su manía de imaginarse un mundo paralelo a su realidad, «no tenían sitio para ellos».

«Seguramente sus padres tenían una casa modesta, con un solo baño y un par de habitaciones. O quizás...», continuó divagando Laura, «a Mark no le parecía correcto, porque era cristiano practicante y no le apetecía ser molestado mientras estuviera intentando hacer más hijos con su mujer. Aunque seguramente ahora lo tuvieran contraindicado». Laura sonrió maliciosamente al pensar esto. «¡En fin! Daba igual por el motivo que fuese, no era de su incumbencia y no iba a gastar tiempo en averiguarlo».

Entonces apareció Elisa dirigiéndose hacia la periodista. Lucía un vestido negro de crepé con cuello en V tan entallado que con él sí que se apreciaba

una incipiente tripita. Laura no solo se fijó en eso antes incluso de que llegase hasta ella, sino que además pudo ver que acompañaba perfectamente el conjunto con un bolso y sabrinas a juego con el vestido. Maquillada en tonos rosados y con el pelo lacío balanceándose sobre su nuca, parecía una mujer totalmente distinta.

—¡Qué guapa! —dijo Laura recibéndola con un par de besos. Era la pura verdad, por eso dolía.

¡Gracias, de verdad! Me quejo porque siempre voy vestida con botas y un chaleco acolchado, como si fuera mi uniforme. Pero cuando tengo que arreglarme, me siento muy ridícula... ni

siquiera puedo llevar tacones, no sé andar con ellos. —Ambas rieron. Para Laura los zapatos de tacón eran un signo de distinción en una mujer, para Elisa un invento del diablo—. Y es que esta noche tenemos una gran cena familiar, así que ya voy vestida para la ocasión. De modo que tendremos un poquito más de dos horas, ¿será suficiente? —Elisa hablaba un poco agitada, realmente parecía agobiarse por tanto protocolo de visitas. Miró el reloj por segunda vez y siguió diciendo—: Esto es un poco estresante para los dos, como si estuviéramos de gira o algo así. Y menos mal que ahora Mark se defiende un poco más con el español, al principio sí que era caótico. Como buenos españoles, todos le

hablaban a la vez, ¡y yo no daba abasto para traducirle! Gracias a mi madre y sus clases aceleradas, ahora hasta discute con mi padre de fútbol. Tendrías que verlos frente al televisor el otro día...

Laura comprendió entonces: a lo mejor simplemente se alojaban aquí para tener un poco de paz y tranquilidad entre tanto compromiso. Se imaginó que él dormiría mirando hacia la puerta y ella hacia la ventana. Todo de lo más natural. Como siempre, su imaginación calenturienta superaba con creces la aburrida realidad.

¿Y Mark? ¿No se ha animado a venir? —preguntó Laura sin poder ocultar sus

esperanzas por volver a ver a su pareja.

A él no le va mucho esto de hablar de sí mismo. Ha salido a correr, está encantado de poder hacerlo a esta hora de la tarde. Creo que es por el clima tan estupendo que tenemos, anima a hacer cualquier cosa menos quedarse encerrado en casa, ¿verdad? Ya sé que es un tópico, pero es totalmente cierto, el sol es lo que más se echa de menos cuando sales de España –le explicó Elisa sin falta de razón.

Laura solo pudo asentir sin conocimiento de causa, y mientras preparaba su grabadora digital, la invitó a tomar algo. Elisa pidió un simple botellín de agua, y sin más testigos que el camarero que les atendía, empezó la

entrevista.

¡Bien! Comenzaremos el artículo con un breve currículum de tus experiencias en la mar, para que nuestros lectores sepan quién es Elisabeth Moreno. Hablaremos desde aquel primer viaje a Alaska para pescar salmones hasta tu actual puesto en Oceanic, la ONG de la que ahora eres abanderada. Todo eso como introducción y encabezamiento, pero para nuestra entrevista me gustaría ahondar un poco más en las peculiaridades de alguno de tus viajes, ¡seguro que tienes muchas anécdotas que contar! —dijo Laura pensando en realidad en más material para su libro—, así que hablemos de la vida en un barco,

¿es tan duro como parece?

¡Y más! –bromeó Elisa—. Empezaré diciendo que la vida en un barco no es apta para todos los públicos, eso creo que es evidente. En los pesqueros no hay ninguna de las comodidades que puedes disfrutar de un crucero, y cualquier parecido con este es pura casualidad. Hay que pensar que ninguno de los tripulantes del barco que navegan contigo están ahí para servirte, así que tú eres responsable tanto de tu trabajo como de tu tiempo libre. Los camarotes, como habrás podido ver en las fotos, son más bien estrechos y normalmente compartidos. Al igual que los baños. Aunque depende del barco, por ejemplo, en los atuneros más modernos hasta

puedes conseguir un cuarto individual con baño y todo. Sin embargo, eso no es lo normal. Solo los capitanes gozan de esos privilegios, que para eso están al mando. En definitiva, creo que sinceramente te tiene que gustar. No es nada cómodo, y no es por una cuestión de género, sino más bien de practicidad. La mar te da libertad, pero también te exige mucho. Si el barco necesita algo, habrá que hacerlo inmediatamente, porque en ese momento es tu prioridad. Porque del barco depende tu vida. Estés haciendo lo que estés haciendo, y aunque no sea tu guardia, cuentas como uno más.

Desde luego me parece una profesión

muy vocacional, y el hecho de que eligieras esta vida por una simple foto es bastante anecdótico, ¿no te parece?

Sí, algún día me gustaría encontrarme con la chica de aquella foto para darle las gracias ¡O contarle mis penas! –dijo Elisa sonriendo. Quedaba más que demostrado que era una chica con bastante buen humor. Seguramente, pensaba Laura con envidia, una de las cosas que más le atraieron a Mark de ella.

Pero supongo que, al no estar en barcos militares, donde a lo mejor la presencia de mujeres puede ser algo más frecuente... en los barcos a los que subes, o mejor dicho subías, posiblemente fueras la única mujer a

bordo. ¿No has encontrado trabas en el trabajo, más allá de las típicas incomodidades, por ese mero hecho?

¡Bueno! –a Elisa parecía incomodarle un poco aquella pregunta, así que se tomó algunos segundos de más en responder–, hay que ser francos, no es normal encontrar una mujer en un barco, sobre todo si faena durante varios meses seguidos. Pero las trabas que puedo encontrar yo son las mismas de cualquier mujer que suela trabajar en un lugar donde normalmente solo hay hombres. No hay problemas de convivencia, si eso es lo que me quieres preguntar. Tienes que saber que no vas a poder poner el secador y las cremas en

el baño, principalmente porque apenas existe sitio para una toalla. Pero una vez que te adaptas tú al medio, y no el medio a ti, no tiene por qué haber ningún conflicto, ¿entiendes? Solo muy de vez en cuando te puedes encontrar con algún intransigente. Como por ejemplo, cuando yo entré la primera vez al barco de Mark, él se negaba a que me uniese a su tripulación... Pero normalmente los capitanes son mucho más razonables que él, ¡gracias a Dios!

¿Ah, sí? ¿Y cómo fue eso? ¿Cómo se puede pasar de que te prohíban subir a su barco a que se casen contigo? –Laura comprobó que la máquina estuviera grabando, ahora empezaba lo bueno. Sin embargo Elisa hizo una mueca antes de

responder:

Se acabaría la batería de tu grabadora antes de terminar de contar esa historia, ¡te lo digo en serio! –Quiso dejar por zanjado el asunto.

¡No, venga! Seguro que tenemos tiempo de sobra. Debe ser una historia muy bonita de contar, ¿A que sí? Como seguramente lo fue ese primer encuentro... ¿fue romántico? –insistió Laura, quizás descubriendo un poco más sus intenciones.

¡No, desde luego que no! –Ambas rieron ante aquella respuesta tan rotunda. Elisa bebió un sorbo de agua y, mirando a un punto indeterminado mientras tragaba, decidió comenzar a

hablar un poco más sobre ella misma y esa etapa de su vida—. Nos conocimos hace tres años, yo por aquel entonces ya no era ninguna pardilla, llevaba más de cinco años trabajando en barcos pesqueros: atuneros sobre todo. Haciendo de todo un poco. Era 2013, acababa de entrar en la fundación. Lo recuerdo perfectamente porque por fin iba a trabajar de lo mío, que era lo que tanto deseaban mis padres. Oceanic estaba empezando, y por eso no contábamos todavía con barcos de investigación propios. Así que a través de subvenciones y un centenar de permisos, conseguimos entrar como parte de la tripulación en determinados pesqueros para hacer nuestras primeras

investigaciones de campo. Mi trabajo como bióloga era bien sencillo, consistía en analizar muestras de las especies recogidas para evaluar su estado: concentración de metales pesados, anomalías metamórficas, estudio de las nuevas diversidades, número de crías capturadas, tasas de mortalidad... y un larguísimo etcétera, ¡no te quiero aburrir! Pero te diré que estábamos obteniendo un gran éxito con nuestros primeros datos reportados a la central, en Londres ya podían hablar con propiedad a la ONU sobre algunas negligencias que se estaban cometiendo, y gracias a nuestro trabajo estábamos comprobado que afectaban directamente

al fondo marino. En definitiva, me sentía muy feliz por trabajar en este proyecto, así que me veía capaz de enfrentarme a cualquier contratiempo, como a un capitán cabezota, por ejemplo. —Elisa frunció el ceño cómicamente al decir esto—. Normalmente firmábamos un convenio donde a cambio de dejarnos utilizar sus instalaciones, obtenían mano de obra. Y como nunca se tiene personal de sobra en un barco, casi siempre era bienvenida... ¡Casi siempre! Hasta que me encontré con Mark. He de decir que iba sobre aviso. La misma mañana en la que iba a zarpar con ellos me sonó el móvil: era Charlotte, la subdirectora. Me llamaba para avisarme de que posiblemente tuviese algunos problemas

al conocer a la tripulación, ya que el propio capitán al enterarse de que era una mujer la que venía se había opuesto rotundamente a que subiera a su barco. Entenderás que me cabrease bastante, lo primero que pensé de él era que era un misógino intolerante, ¡lo nuestro desde luego no fue ni mucho menos amor a primera vista! Es cierto que no vivía ajena a un comportamiento machista y detestable como aquel, pero hasta la fecha no habían sido tan evidentes. La subdirectora me recomendó cautela en estos casos, era una veterana, ya había trabajado en otras organizaciones, y tenía mano izquierda para ese tipo de asuntos. Me dijo que aunque pidiera un

hombre con insistencia, yo trabajaría en ese barco como que se llamaba Charlotte. Para ella ahora era una cuestión de principios. Al parecer en el contrato no se especificaba en ningún momento el sexo de la persona, aquello sería ridículo, y el capitán del barco no estaba ni mucho menos en situación de ir a los tribunales por un incumplimiento como aquel. En ese momento no entendí a qué se refería, pero confié en ella. Decidí enfrentarme a aquella situación plantándole cara al tipo ese, ¿quién se creía que era? Pero Charlotte volvió a templar mis nervios, me dijo que no hacía falta ponerse en evidencia, que simplemente le mantuviese informada tanto de mis actos como de los suyos.

Así podría hacer un seguimiento de la situación, y si hubiese necesidad de denunciarlo, entonces podría hacerlo con los datos suficientes. Y así hice.

—Ante todo —me dijo hablándome muy seriamente—, recuerda que cuentas con nuestro respaldo, ¡no estás sola! ¿De acuerdo? Creo que en su cabeza no paraba de decir: ¡Menuda pareja hemos juntado! Y es que conocía bastante mi mal humor, ya sabes lo que dicen de nosotras: “pequeñitas pero matonas”.

Llegó el mediodía, exactamente a la hora que me habían citado para mi incorporación. Allí estaba yo, frente a un arrastrero de popa congelador de casi 65 metros de eslora de nombre *Zanzíbar*

II. Parecía recién pintado, pero, a decir verdad, no era gran cosa. Ni de lejos el mejor barco donde yo había estado, aunque sí quizás el más limpio.

Cuando subí a bordo no me recibió el capitán, claro está, tampoco lo esperaba. Fue a mi encuentro el segundo de abordó: Guiseppe Smaldore, Peppe para los amigos. Peppe, embajador de la felicidad, me recibió con la mejor de sus sonrisas y un par de fraternales besos. Ese recibimiento me tranquilizó un poco:

Al menos, pensé, ¡no es tan estúpido como su capitán! Si no ya me imaginaba que el viajecito se me iba a hacer muy duro. Tras presentarme, enseguida me preguntó:

Spagnola? –asentí orgullosa, y cuando le dije que chapurreaba algo el italiano, solo le faltó colocarme una tiara de flores por el cuello a modo de bienvenida.

Más tarde me confesaría el muy granuja que nada más presentarnos le vinieron a la mente los dibujos de Heidi. Y lo cierto es que no es el primero que me lo dice, pero lo malo de Peppe es que yo creo que nunca ha dejado de verme así.

Aunque en esos momentos yo no lo sabía, mi querido amigo se había propuesto ser nuestra celestina en su tiempo libre. Antes incluso de llegar ya imaginaba que mi estancia sería un

aderezo estupendo para amenizar sus días, pero después de verme y conocerme, apostaba muy alto por mí. Enseguida Peppe se lanzó sin ningún tipo de escrúpulos a preguntarme todo tipo de cosas, parecía una ametralladora: cuántos años tenía, si tenía novio o estaba casada, si tenía hijos, si llevaba mucho tiempo fuera de casa... ¡no se le terminaba el carrete nunca! Yo intentaba contestar lo más rápido posible mientras lo observaba con atención: un poco regordete, aunque bastante ágil y muy fuerte. Seguramente quería dar una buena imagen a pesar de su avanzada edad, por eso peinaba una buena mata de pelo gris hacia atrás, con una mezcla de gomina y agua de mar. Se

le veía aseado, olía bien y tenía los zapatos limpios. Así que deduje que antes de pescador había estado en la marina, seguramente desde antes de que yo naciera. No podía evitar ser galante conmigo, abriéndome las puertas y dejándome pasar primero. Según decía llevaba cincuenta años navegando, y bajo su humilde opinión, las mujeres eran la mejor tripulación que existía. Disciplinadas, trabajadoras y hermosas... como verás, como buen italiano, mientras me conducía hacia mi camarote no tardó ni un segundo en piropearme. Pero es que de otro modo no hubiera sido él.

Cuando me enseñó mi habitación me

dieron ganas de reír por no llorar. Sabía que el capitán me había tenido que aceptar a la fuerza, y que por tanto, no me iba a dar el mejor camarote, ¡pero aquello era ridículo! Peppe, al ver mi cara de asombro, me confesó que hasta hacía unas horas aquello había sido una especie de despensa auxiliar. Eso explicaba el olor a rancio y madera podrida que se respiraba en el interior de aquel cuartucho. No tenía ventanas, ni mesa, ni sillas, ¡nada! Eran un par de metros cuadrados, los suficientes para encajar un colchón de espuma y poco más. Peppe me indicó dónde podría colgar mi ropa, enseñándome una percha mal atornillada detrás de la puerta... ese era el “poco más” de aquella habitación.

Aquello era inhumano, en serio. No era el primer pesquero que pisaba, y sabía muy bien que las condiciones en las que me instalaban no eran ni mucho menos normales.

—El capitán lo acondicionó especialmente para usted, para que no tuviera que compartir camarote, dijo Peppe. Él de verdad se estaba esforzando en defender a su capitán, y sonreía al terminar cada frase, aunque no hubiese ningún motivo para hacerlo.

—Ya veo, ¡qué amable por su parte!

No compartiría camarote, pero, ¿dónde iba a dejar mi ropa? En ese trastero donde me habían metido tampoco había cajones ni armarios. Y si

cerraba la puerta esa noche, ¿sería sano respirar aquel aire rancio mientras dormía? ¿Es que pretendían intoxicarme? ¿Y el baño? Con un poco de suerte estaría en el otro extremo del barco.

Salí inmediatamente de aquel zulo nada más dejar mi maleta, aquella habitación provocaba claustrofobia con los dos dentro. El móvil me quemaba en el bolsillo, estaba a punto de llamar a Charlotte y explicárselo todo cuando me di cuenta de qué iba ese juego. Si las condiciones de viaje eran pésimas, a lo mejor sería yo misma la que decidiría no ir con ellos... ¡Pues conmigo se había equivocado!

Después supe que las sorpresas no

habían terminado todavía para mí: la sala de máquinas estaba justamente al lado de mi improvisado camarote, con el portón abierto de par en par. Al parecer, según se leía en un cartel, no se podía cerrar por peligro de calentamiento. Así que debería dormir con el ensordecedor ruido de los motores acompañándome todo el viaje, esto prometía a cada segundo. Desde luego, el capitán del *Zanzibar II* había pensado en todo para despedirse de mí en el primer día. Así que a cada minuto que pasaba allí tenía más ganas de conocerlo, ¡menudo cretino!

Guiseppe alargó la visita paseándome por la cocina, comedor y camarotes del

resto de tripulación. Casi una hora más tarde llegamos al puente de mando. Por el poco personal que había conocido haciendo la visita de rigor, me di cuenta de que mi problema se centraría en el capitán. El resto de hombres que trabajaban para él se mostraron amables y bastante simpáticos al verme, así que me sentía aliviada. Después de todo, sería con ellos con los que estaría la mayor parte del tiempo.

—Nuestro capitán se encuentra en el puente ahora mismo ¿Desea usted conocerlo?, preguntó Peppe, como si tuviese la opción de evitar aquel momento, o quizás eso era lo que él pretendía.

A través de los cristales que rodeaban

toda la estancia pude verlo a lo lejos y sentí un escalofrío recorriendo mi cuerpo...

Sí, he de reconocerlo, la primera vez que lo vi me dio miedo. Mi mente ya había empezado a trabajar hacía rato y lo imaginaba como un ogro baboso y miserable, sin embargo, dije sin pensármelo mucho: «¡Estoy deseando conocerle!». Así que entramos juntos, y nada más hacerlo, noté la diferencia de temperatura. Era la primera vez que entraba en un puente con calefacción: ¡el niño cuidaba bien de no resfriarse! No así los que debían entrar y salir de allí, como el pobre Peppe. Así que me hice una idea en seguida de a qué clase de

capitán me estaba enfrentando.

Mark estaba al final de la alargada habitación acristalada, con su más de metro noventa alzados frente al horizonte, vestido con unos chinos y mangas de camisa. Me sorprendió ver que era mucho más joven de lo que había imaginado: ¿dónde estaba mi viejo amargado? Aquello me rompió un poco los esquemas, porque no entendía entonces esa mentalidad retrógrada: podía rodearse de la tecnología más puntera para la navegación y, sin embargo, ¿seguía pensando como en el siglo pasado? Yo no sabía nada de él, simplemente lo que veía en ese momento: que era un tío más bien pijo, altísimo y rematadamente gilipollas.

Aunque estaba de pie, Mark escribía en su portátil con muchísima rapidez mientras caminábamos hacia él. Mantenía las piernas algo más separadas de lo normal para llegar al teclado sin problemas, y sin desviar en ningún momento la vista hacía nosotros, sus ojos tan solo se centraban en una pequeña placa electrónica que había junto al ordenador. Estaba terminando de escribir el número de serie cuando Peppe no tuvo más remedio que interrumpirlo:

—Nuestra invitada especial ha llegado, capitán. Se llama Elisabeth Moreno, ¡y es española! Elisa, él es nuestro capitán, Marcus Ryan... perdón, ¡Mark Ryan!

A pesar de las dulces palabras y entonación de Peppe, Mark ni siquiera levantó la vista de la pantalla. El capitán seguía escribiendo y controlando su ira mientras lo hacía. Me di cuenta de eso porque tenía los músculos en tensión y se le marcaba una vena en la parte izquierda de las sienes. ¡Pues si él estaba enfadado, el sentimiento era recíproco! Pensé de inmediato. No obstante, lo que yo no sabía era que aquella reacción no era por mi culpa, sino por Peppe. Mark le tenía prohibidísimo que utilizase su verdadero nombre, y había elegido precisamente aquel instante tan significativo para traicionarle. Qué

extraño, ¿verdad? Marcus era como le llamaba su madre cuando era pequeño, ¡pero eso yo aún no lo sabía!

Decidí omitir aquel asunto del nombre por el momento para empezar con buen pie nuestra conversación, si lo tenía que llamar de alguna manera sería por su cargo.

—Tengo algunos conocimientos de electrónica, capitán. Puedo ayudar con eso, ver si existe algún problema... - propuse inocentemente. Quería ejemplarizarlo con mi amabilidad y poder demostrar allí mismo que le podía ser más útil de lo que él imaginaba ¡Pero maldito el día en que lo dije! Recuerdo cómo sus labios se alargaron todo lo ancha que era su boca para

terminar formando una sonrisa burlona perfecta. Giró su cabeza hacia mí, y haciendo un barrido con la mirada de pies a cabeza, terminó clavando sus ojos en los míos. Buscaba algún síntoma de debilidad por mi parte, pero no fue así. Pude aguantar su desafío hasta el final: a pesar de mi pequeña estatura, de mis apenas cincuenta kilos de peso y aspecto de eterna colegiala, permanecí inalterable, aunque por dentro estaba muerta de miedo. Creo que si él hubiese levantado la mano allí mismo, me hubiese agachado como un perro al que ya han herido más de una vez. No me había encontrado nunca con alguien que pudiera ser tan intimidatorio. En

realidad, le encanta hacer de malo de la película, es una pose que tiene muy bien ensayada, así que conmigo estaba disfrutando de veras en ese momento.

Laura recordó su presentación en el auditorio, y comprendió a la perfección de lo que hablaba. Era un tipo con una mirada inquietante, desde luego.

¿En serio? –me preguntó Mark mofándose de mí. Y ya sabes cómo suena eso en inglés: “Reallyyyy?”, y quiso hacer que esa “y” me destrozase los tímpanos—. ¡Oh, qué afortunado soy! ¡Pero si la chica es lista y todo! –Exclamó irónico dirigiendo sus palabras hacia Peppe, como si yo no estuviera delante suya.

Mark estudió ingeniería de

telecomunicaciones, además de ser licenciado en náutica y transporte marítimo. Había trabajado más de cinco años para una empresa de tecnología naviera, y desde que se había hecho cargo del barco, ningún técnico salvo él lo había pisado. Aquello que parecía tan obvio, por el exagerado número de cacharros que allí nos rodeaban, no lo consideré al hacer mi ofrecimiento. Así que puedes reírte si quieres, ¡yo lo haría! Fue una de esas ocasiones en las que hubiese estado mejor con la boquita cerrada, ¿pero y yo qué sabía?

—Y dígame, ¿ya se ha instalado, señorita Moreno? ¿Es todo de su agrado? —preguntó Mark con sorna, sin

borrar esa sonrisa irónica de sus labios.

—¡Oh sí, por supuesto! Muchas gracias por hacerme un hueco en su más que humilde barco, es muy generoso de su parte, capitán. —respondí perspicaz, y es que jugaba con ventaja. Sabía que no soportaría que hubiese dicho que su barco era “humilde”, peor que hablar mal en público de sus atributos masculinos.

Mark ya iba a escupir fuego por la boca cuando Peppe me sacó enseguida de allí. Si él lo podía evitar, nuestra relación no empezaría discutiendo acaloradamente. Aunque confieso que me quedé con muchas ganas.

Capítulo III: Zafarrancho

Desde luego que estallaron chispas, ¡pero no de amor precisamente! —dijo Laura tras disfrutar del relato de su entrevistada—. Lo que me cuesta entender, como has dicho, es que no quisiera que entrase una mujer en su barco. Es más, hasta fue capaz de oponerse de esa manera tan firme, poniéndose en evidencia ¿qué motivos podría tener para hacer aquello? ¿Una mala experiencia?

Eso pensé yo, mucho más tarde sabría

la verdad. Al principio, no me interesaba ni lo más mínimo el origen de sus problemas mentales. Para mí que se había endiosado al asumir el mando, y yo había tenido la suerte de subirme a su barco. Sentí mucha pena por la tripulación, sabía de algunos casos parecidos, y no solía haber buen ambiente de trabajo en esos sitios. Ahora bien, yo debería mantenerme al margen. Si quería hacerlo bien y no tener problemas, lo mejor sería evitarlo... pero aquella opción, como comprenderás, no era posible. Sobre todo porque era extremadamente maniático y meticuloso, consiguiendo desquiciarme de cien mil formas diferentes. Por ejemplo, la primera que

me impactó fue con su temido “zafarrancho de los domingos” –dijo Elisa haciendo las comillas con sus dedos.

¡No suena nada divertido, la verdad! –exclamó Laura con cara de sorpresa, en realidad la periodista no estaba muy segura ni de lo que significaba realmente zafarrancho, pero daba igual. Elisa era una de las suyas, le gustaba hablar por los codos, así que la dejaría hablar ahora que había cogido carrerilla.

–Verás, el domingo es normalmente el día más liviano de tareas en la mar. Incluso hay menú especial en el comedor, y se regala un poco más de tiempo libre a la tripulación. Si no

puedes hacer puerto para su relax y disfrute, y nosotros acabábamos de salir, así que no lo haríamos, al menos dejas un poco más de manga ancha al personal. Hasta el momento, así me tenían acostumbrada a mí... Yo esa primera semana estaba deseando que llegase el domingo para remolonear en la cama. Me levantaba con el turno de mañana, sobre las cinco y media de la madrugada, y aún no me había acostumbrado del todo. Así que ahí estaba yo, en mi placentero descanso dominical, babeando sobre la almohada y frotándome los pies solo por disfrutar del placer de seguir en la cama, cuando de repente me despertó un estallido de música clásica. Después me dijeron que

era una conocidísima polca de Johan Strauss. Pero, vamos a ver, ¡una polca! ¿De verdad que aquello era una polca? En ese momento me pareció la música del demonio, solo apta para mi tortura. Definitivamente, ese barco estaba gobernado por un loco. Cuando abrí los ojos como platos no podía creer que estuviese sonando eso por todo el barco, como una llamada de emergencia. ¿Para eso utilizaban la megafonía allí? Me quería morir, pero estaba segura de que Mark esperaba verme levantada y trabajando como al resto de su maltrecho equipo, ¡no tenía escapatoria! Así que me vestí lo más rápida que pude y salí a ver qué era lo que había que

hacer. Vi a los chicos subir a cubierta y hablar entre ellos animadamente, a lo mejor no era tan malo. ¿Sería una yincana? Pero no, estaba muy equivocada. Había que limpiar. Limpiar y ordenar: material de cubierta, baños, cocina... ¡todo! Limpiar y encerar. Limpiar y desinfectar: lo cierto es que jamás vi en todo el viaje ni una sola cucaracha. Limpiar y contar hasta la última tuerca de las sala de máquinas. Limpiarlo todo como si fuera de oro. ¡Ah! Y arreglar las redes, comprobar el estado y fecha de la comida que había en las cámaras y quitar los restos de sal de las superficies. Infinidad de tonterías que yo no había hecho nunca antes en un barco, o al menos no se hacían

semanalmente, ni se movilizaba a toda la tripulación para ello. Nos pasamos la mañana entera limpiando, y yo no hacía más que darme de coscorrones contra el mástil mayor... ¡Aquel tipo estaba mal de la cabeza!

¿Y Mark limpiaba también? –preguntó Laura interesada.

¡Que va! Ese día él se encargaba de hacer inspección. Entraba en los camarotes y les pasaba revista. Todo muy al estilo militar. Por eso todos sus chicos me parecieron tan ordenaditos y limpios al principio... ¡qué engañada me tenían! Nadie me avisó de nada según él había ordenado, y yo esa misma mañana había dejado mi cuarto hecho

una verdadera pocilga, la verdad. Al salir tan rápido no había tenido tiempo ni de hacer la cama, pero eso no era lo peor, había utilizado dos cuerdas para dejar colgadas las toallas y mi ropa interior mojada, ya que no quería empezar mis días dando de que hablar... ¡No sé si me entiendes! A ti puede que te guste llevar tangas de puntillas o sujetadores de satén, pero no hace falta que el resto de tus compañeros lo sepan. —Laura asintió, en realidad ese problema le resultaba bastante familiar—. ¡Así que imagínate qué cara pondría al ver mi camarote! La maleta hacía las veces de mesita de noche, y allí encima estaba mi portátil abierto con música de Frankie Valli sonando todavía. Y mientras el

Can't take my eyes off you le daba la banda sonora a la pesadilla de ver en un gurrño toda mi ropa sucia arrumbada en una esquina, él sí que no podía apartar la vista de aquel panorama: fotos de mi familia y amigos pegadas en las paredes, mis bragas colgando y sin poder abrir la puerta del todo por los zapatos y bolsas que había en el suelo. Un desastre que yo misma había creado y de la que era la única culpable... por eso me sentaría tan mal lo que vino después.

Ajena a todo aquel descubrimiento de Mark, lo vi segundos más tarde aparecer en cubierta como un toro de miura. Con la camisa remangada, el pelo echado

hacia atrás y buscándome descaradamente. Yo estaba sacando brillo a una baranda de acero, y cuando lo vi ponerse frente a mí, me pareció imposible imaginar qué había hecho para que se dirigiera así. «¡Espero que después de limpiar esto no se olvide de pasar por su habitación, Moreno! Esas cuatro paredes también forman parte de mi humilde barco, como todo lo demás, y jamás diría que ahí duerme una señorita». Después de oír aquello, con su perfecto acento irlandés, me dieron ganas de darle con el trapo que llevaba en las manos en toda la cara. ¿Me había perdido algo? ¿Es que había entrado en mi habitación para comprobar cómo estaba? ¿Disfrutaba haciéndome pasar

esa vergüenza delante de toda su tripulación? Aunque parte de esa rabia incendiaria que se estaba levantando en mi interior era por haber sido descubierta tan descaradamente, nadie me había puesto en evidencia como él lo acababa de hacer. Y es que seguramente me moriré sin ser la persona más ordenada de este mundo, ¡pero es que ese pequeño cuartucho era MI espacio! No tenía derecho a entrar en él, aunque estuviera navegando en su barco.

El resto de la mañana la pasé muy enfadada, pensando que no era lógico que pudiese rebuscar en mis cosas personales, y así se lo hice saber a un par de chicos que estaban conmigo. En

parte intentaba defender lo indefendible de mi conducta, pero lo extraño era que el resto de hombres no protestaban y trabajaban muy a gusto con él. ¿Eran todos más ordenados y organizados que yo? No podía ser verdad, quizá llevaban tanto tiempo con él que se habían acostumbrado a sus rarezas. Estaba en un barco de locos, estaba claro.

Después de aquella jornada tan entrañable, en la cual terminé aún más cansada que de costumbre, Guiseppe intentó calmar mis ánimos sentándose conmigo a comer y hacerme practicar así un poquito mi penoso italiano. «*¡Cara Elisa!*». Siempre empezaban así nuestras conversaciones, y es que desde aquel día yo tuve mi asiento reservado

enfrente suya en el comedor. Gracias a él pude comprender muchas cosas del comportamiento de nuestro capitán, ya que Mark parecía vivir muy cómodo dentro de su hermetismo.

En aquella ocasión me quiso hacer entender que ese barco necesitaba mucho mantenimiento, ya que no era precisamente nuevo, y lo de limpiar todas las semanas era una manera de poner a punto los engranajes. De crear una disciplina en la tripulación, de conservar el equipo en el mejor estado posible. Además de la limpieza, se revisaban por completo todos los equipos y maquinaria, se comprobaban los tanques del congelado, las posibles

averías no localizadas. Él, como el resto de su tripulación, sabía de lo que hablaba. Habían sufrido tiempo atrás ciertos avatares que se lo demostraron. Y sin embargo, desde que había entrado Mark como capitán en el *Zanzíbar*, todo iba como la seda ¡Como si hubiese estado haciendo esto toda su vida!

Entonces fue cuando me enteré de que el barco había sido antes de Guiseppe: el *Zanzíbar I*. Lo único que había hecho Mark al comprárselo era darle una capa de pintura, ponerle muchísima tecnología encima y rezar para que siguiera marchando igual de bien durante mínimo veinte años más.

Le comenté entonces que había registrado mi habitación como si fuera

una delincuente, y que no parecía justificable ese comportamiento, por muy desordenado que lo tuviera. Peppe bajó enseguida la voz e hizo el ademán para que me acercase más a él. Yo al principio no entendí mucho aquel gesto, ya que, aunque alguno de los muchachos del comedor nos oyera, ninguno de ellos sabía italiano, así que no era necesario tomar tantas precauciones. Pero él así lo consideró preciso, ya que no toda la tripulación lo sabía. A Mark la vida le había enseñado a ser así de desconfiado, y no era solo conmigo. Desde hacía un tiempo había decidido tomar esa costumbre para evitarse males mayores, después de que uno de los chicos que

contrató el año pasado le escondiera un alijo de droga en el barco. Debido a esto Mark seguía imputado en un caso gordo de narcotráfico, y aún no era seguro que saliera impune. Una vez arrestado, el traficante que había sobornado al chico para que escondiera el alijo en el barco de Mark, no hizo más que afirmar ante la policía que nuestro capitán lo sabía todo desde el principio y que colaboraba con ellos. Quería que él también fuera a la cárcel, y así poder vengarse dentro por haberlos descubierto. La cuestión era que iba a ser difícil demostrar que no estaba incriminado, porque él había hecho precisamente la misma ruta que los narcotraficantes meses antes, y todo

parecía señalarlo. Ante la policía Mark quedaba como un sospechoso más, aunque no tuviera antecedentes. Y su abogado solo había conseguido que lo dejaran seguir faenando hasta el día del juicio, siempre y cuando informara con antelación a las autoridades portuarias de su presencia.

¡Vaya!, me quedé de piedra al saberlo, ¿de modo que ese mal genio le venía desde entonces? Dudaba mucho que Mark fuera a la cárcel. Y si lo hacía, me lo imaginaba limpiando la letrina de su celda con un cepillo de dientes.

Peppe me dijo que más de un capitán había sido enchironado por asuntos de

drogas, ya que era un negocio que movía mucho dinero, así que no las tenía todas consigo. Al menos empezaba a entender lo que preocupaba a nuestro capitán, creo que entonces fue cuando me resigné a que el domingo fuese también para mí el odioso día de limpieza general, simplemente porque había motivos suficientes para ello.

Capítulo IV: Enterrar el hacha

Un barco viejo, un juicio pendiente, una mujer en la tripulación. ¡Se le estaban complicando las cosas a nuestro pobre capitán! –hizo resumen Laura, solo para atizar el fuego a ver si se animaba un poco más la historia–. Seguramente toda esa obsesión por el orden y la limpieza era una manera de mantener todo bajo su control, para poder dormir por las noches, ¡vaya!

Sin embargo, nunca estaba tranquilo. Yo lo oía muchas veces pasar de madrugada a la sala de máquinas con el teléfono vía satélite en la mano, hablando con alguien para intentar encontrar una avería y arreglarla él mismo. En un par de ocasiones me había topado con Mark a esas horas de camino al baño: yo con todo el pelo alborotado y tapones en los oídos, y él sin embargo siempre impecable, no parecía dormir nunca. A veces me miraba, y antes de dejarme paso, me sonreía. ¡Estúpido! Pensaba. A mí en ese momento me daban ganas de preguntarle qué le hacía tanta gracia, pero prefería seguir pasando de él.

Hasta que una noche, entrando en la cocina medio dormida para beber un vaso de agua, me topé con él haciendo que derramase su café recién hecho sobre mi pie descalzo. Y es de a los que les gusta el café hirviendo, ¿sabes?

¡Joooder! –exclamé en español, esto no hacía falta que se lo tradujera para que lo entendiese. Sabía que le había dicho de todo menos bonito.

¡Por Dioosss, Moreno! ¿Pero por qué va descalza?

¿Qué? Pensé yo: ¿Me tiras un café encima y me preguntas que por qué voy descalza? ¡Esto es el colmo, don Perfecto!

–Pues porque como todo está tan

jodidamente limpio, ¡es imposible ensuciarse! Pero no se preocupe, capitán, que yo estoy bien. Solo me ha quemado el pie... —Pero más me quemaba que no me pidiese disculpas nunca.

—¡Venga aquí! —y masculló otras cosas más que yo no entendí. De repente me cogió por la muñeca, me llevó hasta uno de los asientos alargados del comedor, y allí me obligó a que me sentara y extendiese la pierna. Yo le hice caso a regañadientes, y cuando por fin lo vi poniendo una bolsa de judías congeladas sobre mi pie, lo entendí todo—. ¿Mejor? — preguntó. Y lo hizo sin acritud, cogiendo mi pie con delicadeza y apoyándolo sobre su muslo para

sentarse a mi lado.

–Sí, mucho mejor... ¡gracias!

Estaba tan perpleja por lo que estaba haciendo el capitán por mí que se me olvidó todo el mal humor y la rabia contenida de hacía semanas. En realidad, lo del pie no había sido para tanto, pero él continuó aplicándole frío donde había caído el café. Yo, apoyando las palmas de mis manos en el asiento, sencillamente me dejé hacer.

–Creo que le debo una disculpa, y no lo digo por haberla quemado. Después de todo, esto no ha sido mi intención. – Me parecía un absurdo que me hablasen de usted cuando todos en el barco eran mayores que yo, pero en ese instante me

parecía aún más absurdo que Mark no levantase la mirada. Como un niño pequeño avergonzado por su mal comportamiento—. El otro día no me porté muy bien con usted, acababa de llegar y no debí gritarle delante de todo el mundo. Tampoco debí de invadir su intimidad sin su consentimiento, quizás no de esa manera. Espero que me pueda perdonar, no actué correctamente...

No sé por qué pero me imaginé a Guiseppe hablando con Mark sobre esto que estaba sucediendo. En mi mente Peppe le pedía que se disculpase, y Mark le respondía malhumorado que cuando viese el momento oportuno. Pues bien, por suerte para mí, había llegado ese momento.

—¡Vale! —le dije cogiendo la bolsa de judías, porque ya me estaba helando el pie. Él entonces levantó la vista—. Acepto sus disculpas. Pero es cierto que soy un poco desordenada, mi madre ya me lo decía.

—¿Amigos entonces? —preguntó él. Hacer las paces conmigo estaba siendo más fácil de lo que se había imaginado.

—¡Amigos! Pero por favor, sin formalismos. No es necesario que me hable de usted, me considero una más en este barco. Llevo cinco años trabajando en la mar, y no me hace falta que me traten de manera especial para que me sienta mejor.

—¡Y sabe de electrónica! —añadió

rápidamente.

—¡Y sé de electrónica! —Sonreímos los dos. Aún se acordaba de mi torpeza.

—Moreno, no se ofenda, pero yo trato de usted a todos aquí.

—No me ofende, sé que es una manera de mantener la distancia. Tan simple como eso. Pero conmigo no hace falta... porque yo hable de tú, no voy a perder el respeto a nadie.

—¡Eso espero! Pero para mí es una manera de que no perder la educación con la persona que se tiene en frente: cuestión de modales, no de distancias.

Y entonces se acordó de que aún tenía mi pie en su muslo, y lo dejó suavemente en el asiento para poder levantarse.

¿Se había puesto nervioso de repente?

Cualquiera que hubiese entrado en ese momento en el comedor, yo en pijama con el pie sobre la pierna del capitán, cuando menos se habría extrañado un poco.

—Aunque la fama le precede, señorita... ¡Sé que no voy a tener ningún problema con usted! —dijo Mark mientras se erguía como un palo, su postura habitual.

—Ah, ¿sí? ¿Y con quién ha hablado para que le dijeran eso? ¿Con Steven? ¿Con Quisling? Como ya he dicho, todos en la mar se conocen, así que solo nombré a los últimos capitanes con los que había navegado.

—¡Se dice el pecado, pero no el

pecador! –Sonrío de nuevo mientras escondía sus manos en los bolsillos del pantalón. Yo, sin embargo, seguía con mi pierna extendida. El pie aún estaba rojo y olía a café. Puede que en aquel instante ambos estuviéramos disfrutando de aquella extraña situación, porque nos dimos cuenta a la vez de que estábamos sonriendo como dos tontos desde hacía un rato ¡Por fin se enterraba el hacha de guerra entre nosotros!

–De acuerdo, pero estoy segura de que podré demostrarlo aquí también ¡Es solo cuestión de tiempo!

Entonces me di cuenta de que para Mark era tan importante el barco como la gente que trabajaba dentro de él. De modo que no podía ser el patán que yo

imaginaba, quizás lo había juzgado mal desde un principio y empezase a entender a su equipo. ¿Quería eso decir que las cosas marchaban así de bien gracias a su rígida disciplina? Quizás sí, y yo me acababa de dar cuenta. En todos estos años había aprendido que muchas veces la gente prefiere acatar las órdenes en lugar de darlas, simplemente para librarse de los quebraderos de cabeza. Sin embargo, a Mark parecía gustarle esto de complicarse la vida. No sólo conducía a unas veinte personas a través del Atlántico, asumiendo la responsabilidad que todo ello conlleva, sino que además pretendía hacer de ellos unas buenas personas. Algo digno

de elogio.

De pronto se oyó un pitido en la sala de máquinas. Mark se giró hacia la puerta, y olvidando su taza de café, se despidió con un rápido: “buenas noches”.

—Buenas noches —contesté yo, pero él ya se había ido.

Y es que siempre había una alerta que atender al día. Incluso cuando se suponía que todo marchaba bien, Mark estaba en algún sitio metido entre cables, arreglando cosas. Y yo me empecé a preguntar: ¿Pero realmente descansa en algún momento este hombre? Aunque para Peppe la pregunta que me tenía que hacer era otra ¿Y cuándo toca su séptimo día?

Capítulo V: Amberes

Elisa saludó a alguien a lo lejos, haciendo que Laura agudizase la vista para ver de quién se trataba. Ahí estaba Mark, con una gorra oscura y la camiseta completamente sudada, apoyándose en lo alto de la puerta del bar del hotel. Desgraciadamente para Laura, no pensaba entrar. Le hizo una señal a su mujer para indicarle que subía a su habitación, y después se despidió con la mano.

¿Te puedo preguntar algo? –Y solo

por la manera de decir aquella frase Elisa ya imaginaba que sería algo muy personal—. ¡Te prometo que no escribiré sobre ello!

¡Dispara! –respondió Elisa con una sonrisa pícaro, se esperaba cualquier tipo de pregunta.

¿De verdad no se te cayó la lengua al suelo al verlo la primera vez? Pensó Laura en preguntarle, pero después recordó que era su marido y que seguramente no le gustaría que hablase así de él, de modo que tuvo que traducirlo a una versión más recatada.

–¿De verdad que no le encontraste ningún atractivo al principio? ¿Ni siquiera muy por encima?

¡No es que no tenga ojos en la cara, si

eso es lo que preguntas! –Elisa se carcajeó algo nerviosa, al menos no se lo había tomado a mal—. Pero ni siquiera después de haber hecho las paces le consideré más allá de lo que él era para mí, es decir, un capitán. El primer mando de una embarcación tan vieja que no le daba tiempo ni para descansar. ¿Entiendes? Por anteriores experiencias prefería ignorar ciertos impulsos con el personal de a bordo, después de todo yo tenía veintiocho años, y él cuántos, ¿Treinta y muchos? ¿Cuarenta? ¡Era un viejo! Además, yo trabajaba para una empresa externa. No quería sentar precedentes. Por ahora no habían podido hablar mal de mí y quería que así fuese

por muchos años. Aunque...

¡Ajá! De modo que existe un aunque... ¡me gustan igual que los peros! –bromeó Laura.

Mentiría si te dijera que me pasaba desapercibido. Cada vez menos. Recuerdo que una mañana, cuando salí a cubierta, todo el mundo estaba mirando hacia arriba. Mark estaba subido a lo más alto de la cofa para arreglar la antena del radar que se había estropeado, al parecer, una gaviota se había estrellado contra el aparato y lo había noqueado por completo.

¿Y el arnés?- le pregunté a Peppe después de que me explicara lo que estaba haciendo nuestro capitán. Ya tenía asumido que en este barco todo lo

tenía que arreglar él, pero si lo iba a hacer, tenía que guardar la misma seguridad que el resto.

Dai, dai... –Peppe me apartó con el brazo mientras menaba la cabeza, dándome a entender que no era la primera vez que lo hacía y ya era mayorcito para saber las consecuencias de sus imprudencias.

Yo no quería sentirme impresionada por la situación, pero era la primera vez que lo veía sudando la camiseta, por decirlo de alguna manera. Así que cuando se cayó una llave inglesa desde aquella altura y rebotó del golpe en el suelo de metal, la única que soltó un gritito estúpido fui yo. Viendo cómo me

había asustado, Peppe soltó una especie de gruñido desde donde estábamos hacia el capitán. Mark, que como siempre estaba concentradísimo en lo que hacía, solo al rato miró hacia abajo y nos pidió perdón con un gesto. Fue entonces cuando Peppe mandó a todos a trabajar, y yo me fui con él al puente.

Allí se encontraba el único ordenador que tenía internet en todo el barco, donde podíamos enviar correos a nuestra familia, y en mi caso también al trabajo. Yo, como recordarás, debía mantener informada a Charlotte. Era bastante terapéutico escribirle, la verdad. Resta decir que ella mantenía en secreto nuestra correspondencia, y desde su dilatada experiencia me daba

algún que otro consejo, pero por lo normal, solo me enviaba recuerdos y me decía que siguiera trabajando así de bien. Recuerdo perfectamente lo que escribí aquel día, viendo a través del cristal trabajar a Mark con todo el sol de cara, y a Peppe conmigo en el puente de mando.

“Mark fue muy sabio al comprar este barco, o por lo menos le aconsejaron bien. Según cuenta Peppe, en el contrato que firmó solo el primer año estaba obligado a navegar con ellos tras la venta. Mark supo enseguida que tenía mucho que aprender de él en la mar,

así que en un año tendría tiempo suficiente de darle toda la formación que necesitaba, después Peppe recibiría su prometida jubilación. Pero resultó que Mark se convirtió en el hijo que nunca tuvo (Peppe es padre de tres hijas). Según me han explicado, Mark al principio era como una esponja aprendiendo todo lo que él le decía... ¡y no solo en lo referente a cómo llevar el Zanzíbar! De modo que Guiseppe Smaldore, a pesar de haber dejado el mando a un digno discípulo suyo, no ha encontrado todavía el momento de retirarse. No porque desconfíe de Mark, sino porque para él verlo desenvolverse cada vez mejor como

capitán del que ha sido su barco es como una película que espera que pase lenta. Muy lenta...

Y sinceramente, comienzo a entender el por qué.”

Después de escribir aquel correo, me quedé mirando a Peppe mientras pensaba en mis propias palabras. Muchas veces oía a Mark preguntándole:

—¿Tú qué piensas?, ¿podemos intentarlo?

Así que la relación padre e hijo era recíproca. Mark era más humilde de lo que aparentaba ser, al menos con él, y eso le honraba.

—¿No te estarás enamorando de mí? — me dijo en italiano mi queridísimo segundo de abordo después de darse cuenta que llevaba un buen rato observándole—. He de reconocer que estoy bastante bien para mi edad, pero guardando el respeto que se merece a mi señora, te diré que estoy casado *¡Mi dispiace!* —Siempre me hacía reír con tonterías así. Y siguió tatareando canciones de su época, como siempre hacía cuando estaba en su viejo puesto de mando.

Elisa siguió con la mirada perdida una vez terminado su relato. Se notaba en el brillo de sus ojos que aquellos eran muy buenos recuerdos, de los que

costaba salir para volver a la realidad.

Vamos a cambiar un poco de tema, ¿te parece? -decidió interrumpir la periodista-. Antes has comentado de pasada que cada uno era responsable de su tiempo de ocio; ¿y en qué matabas ese tiempo libre en un barco como el *Zanzibar II*? -preguntó Laura para ir atando cabos sueltos.

En poco, la verdad. Pero tampoco puedo quejarme, antes incluso sin tanta tecnología como tenemos ahora, era aún peor. Los pocos DVD que había para poner eran de cuando Peppe era un chaval; películas de Terence Hill y Bud Spencer, y otras perlas del cine, que supongo alguien compró en un rastro hacía miles de años. Muchos se

dedicaban a jugar a las cartas en el comedor, a dormir la siesta o jugar con la videoconsola... realmente por eso creo que te llegas a conocer tanto, aunque no quieras, terminas hablando con todo el mundo por pura distracción.

Yo normalmente siempre estaba leyendo en mi pequeña ratonera. Todo el mundo terminó llamando así a mi minúsculo camarote, y por extensión a mi me llamaron Minnie.

Y no me malinterpretes, no es que no disfrutase de la compañía, pero para la mayoría de las conversaciones que se mantenía en el barco prefería tener la boca cerrada: coches, motos, fútbol, películas de acción, y mujeres, ¡cómo

no! Además de otras barbaridades que reservaban para cuando yo abandonaba la sala, incluyendo hablar de mí misma. Pero, en fin, estaba acostumbrada, al menos me guardaban respeto. De eso ya se encargaba Peppe, que era peor que Mark en ese sentido, ¡tenía ojos en todos lados!

Otras veces, y ya pensando en hacer mi tesis de una vez, preparaba desde mi portátil un estudio sobre el trabajo que estaba realizando. Pasaba horas muertas haciendo eso mientras escuchaba música con los cascos puestos para no oír el ronroneo de los motores, a veces seguía escribiendo incluso cuando era de noche, pero entonces me iba al comedor porque sobre las nueve por norma ya no

había nadie.

En alguna de esas ocasiones Mark bajaba a tomarse un café, como tenía costumbre, y me veía ahí cantando canciones como *Hotel California* y cosas así. Él guardaba silencio para escucharme, y yo que en esos momentos no era consciente de que estaba siendo observada y escuchada, no siempre entonaba a la perfección ¡Qué demonios! Lo diré claramente, se quedaba horrorizado al escuchar mis gorgoritos... ¡Y es que si de algo puedo estar segura es que jamás seré cantante! Pero yo también lo pillé *in fraganti* un par de veces. Aunque en su caso daba más pena que risa.

¿Pena? ¿Por qué? –preguntó Laura intrigada.

Porque a veces lo veía fumando solo en la cubierta del barco, mirándose los zapatos mientras apoyaba los antebrazos sobre la varanda. Me daba la impresión de que lo estaba pasando mal por algún motivo. Pensé que era por lo del juicio que me había dicho Peppe, pero por otro lado me parecía que se debía a algo más...

¿Y no tenías curiosidad por saber qué le pasaba?

Más bien me hubiese gustado tener la confianza suficiente como para que me considerase su amiga y que me hablase de sus problemas, si es que tenía alguno.

Verás, desde que había terminado la carrera iba dando tumbos a lo llanero solitario, y sabía cuánto se puede echar de menos tener a una persona con la que hablar. Un amigo de verdad, ¿entiendes?

Si, supongo que si ¿Y entonces? – quiso saber Laura después de asentir con la cabeza.

Pues que Mark echaba de menos esa persona tanto como yo, solo que para él era mucho más doloroso. Aunque yo eso solo comenzaba a sospecharlo, no lo sabía a ciencia cierta.

A veces se conoce mejor a las personas por lo que callan, en lugar de por lo que dicen –añadió Laura con una sonrisa nostálgica, como si repitiera una frase que alguien le hubiese dicho en

otro momento de su propia vida.

Sí, es cierto. Por eso Mark era tan reservado. –Elisa se quedó pensativa mirando al techo, y después de unos segundos, dijo muy seria–: Supongo que no hablarás de todo esto que te estoy contando, ¿verdad? ¡No tiene nada que ver con Oceanic!

¡Nooo, que va! Esto se queda después en nada, ¡ya lo verás! Un par de anécdotas y poco más. Ya te enviaré el enlace de la entrevista para que la leas y te rías un poco. –En realidad Laura no le mentía. La mayor parte del material que estaba recogiendo esta tarde era para ella, no para la revista.

Es mi culpa, hablo demasiado. En eso

debería aprender más de Mark.

¡No hablas más que yo, te lo aseguro! —Rieron las dos. Laura cruzó las piernas en un gesto muy femenino que Elisa jamás podría hacer suyo. La periodista en realidad estaba pensando cómo formular la pregunta que deseaba hacer desde que empezó la entrevista, así que cogiendo aire escupió finalmente—: Es una historia de película ¡En serio! Imagino que ninguno de los dos tenía previsto enamorarse, pero eso es lo que sucedió, ¿no? Pensarás que soy una entrometida preguntando esto, pero lo que en realidad soy es una romántica empernada y me muero de curiosidad. Así que dime, por favor... ¿Cuándo se convirtió esa amistad en amor?

Buenooo, no sabría decirte... –Elisa se sonrojó al instante, mentía descaradamente.

¡No me lo creo! –dijo Laura con rotundidad.

¡Está bien, está bien! - se echó a reír de manera infantil sintiéndose atrapada por la periodista.

¿No ves como sí lo sabes? –dijo Laura haciendo reír aún más a Elisa, en realidad estaba deseando contarlo.

Sí, tienes razón. Supongo... supongo que todo comenzó en Amberes.

¿Amberes? –repitió Laura, y acercó la grabadora lentamente.

Sí, bueno, verás... ¡te lo explicaré un poco! Mark era un pescador

independiente, quizás demasiado *hippie* en ese aspecto. Él no tenía ningún contrato previo firmado, vendía lo que pescaba, y pescaba lo que quería. Más o menos, como había trabajado Peppe hasta la fecha. Nada legal, si quieres que te sea clara. Seguía los cardúmenes gracias a sus sondas y aparatejos, y junto a la experiencia de Peppe, nunca se iban de vacío. Eso, aunque no le daba ninguna estabilidad económica, le daba más libertad a la hora de coger una ruta de pesca. Normalmente el destino era el Mediterráneo, empezando por los fiordos noruegos y pasando por el Canal de la Mancha. Pero la cosa podía variar según lo que cayera en sus redes: bacalao, merluza, gamba, rodaballo,

rape... y eso en el peor de sus días. La verdad es que estaban en buena racha, pescando piezas de gran envergadura, y superaban casi todos los días los kilos de pesca permitidos. Algo que yo sabía tan bien como ellos, y ni se molestaban en ocultarme.

Fue precisamente por falta de personal y demasiado trabajo que me ofrecí a ayudar al cocinero: Igor, se llamaba. Era como un armario empotrado de cuatro puertas, y sin embargo, cada vez que tenía que pelar cebollas se ponía a llorar como un niño. Muy buena persona, aunque su inglés era francamente horrible. Al final él terminó haciendo de pinche y yo de chef. No es

que se me diera especialmente bien cocinar, o me gustase en exceso, simplemente era una manera más de no estar en mi ratonera. Además, había trabajado en la cocina en otras ocasiones, así que estaba familiarizada con el tema. Piensa que, con mi estatura y peso, ¡nadie me hubiese contratado si decía que era buena en la carga y descarga! Un día me vine arriba con mi nuevo puesto, y quise hacerles una paella de marisco. Pero hablo de una verdadera paella, como la que tú y yo conocemos, y no el arroz pringoso hecho en cacerola que allí estaban acostumbrados a comer. Después de probarla, todo el mundo me felicitó. He de confesar que después he hecho otras

mucho mejores, pero la verdad es que para ellos aquel plato fue un manjar comparándolo con lo que comían a diario. Igor ese día no estaba en la cocina, cada vez más lo mandaban a ayudar en cubierta a la descarga. Supongo que Mark, que no tenía ni un pelo de tonto, se dio cuenta en seguida de que salía beneficiado con el cambio. Así que yo me encargué de cocinar, pero también de limpiar y recogerlo todo después, una vez finalizados los dos turnos de comidas. Estaba segura de que después el capitán se pasearía por la cocina para comprobar cómo lo había dejado, ¡y no le iba a dar el gusto de que me tuviera que dar un toquecito más en

el hombro!

Pues bien, ya estaba terminando de fregar el comedor cuando oí a mi espalda unos pasos que me resultaron familiares: levanté la vista y ahí estaba Mark, mirándome en silencio. ¿Desde cuándo llevaba allí? En realidad, por un segundo me dio la impresión de que me estaba mirando el culo, por eso en seguida me eché mano al trasero, ¿se me estarían viendo las bragas? ¡No, por Dios, qué horror! Aunque, por otro lado, él ya había visto colgadas toda mi colección.

Laura y Elisa escucharon detrás suya las risas del camarero del bar, que aburrido de no tener todavía a ninguna clienta más, no hacía más que dar

paseos a su alrededor para seguir el hilo de la historia.

Venía a dar la enhorabuena a la cocinera por el arroz tan delicioso que nos ha hecho, ¿O debería decir paella? – empezó a hablar Mark como si tal cosa, aunque me di cuenta que se había esforzado en pronunciar bien «paella», que no tiene traducción al inglés y me parece justo que así sea. Supongo que lo habría estado ensayando antes con Peppe... lo cual me hizo pensar que era él el culpable de que Mark estuviera frente a mí en ese momento. Y es que en realidad él siempre estaba detrás de todos estos encuentros.

–Gracias, ha sido un éxito ¿Crees que

debería pedirle al capitán un sobresueldo? ¡Creo que me lo merezco! –dije bailando con el palo de la fregona.

–Es un tacaño, ¡ni lo sueñes! –dijo Mark hablando de sí mismo. No quería entrar en la cocina, seguía allí apoyado en el marco de la puerta, mirándome. Tal vez para no pisar el suelo mojado, lo cual me hizo gracia. Llevaba en la otra mano un plato vacío, donde antes le habían echado una montaña de arroz. Normalmente Mark comía en el puente, y Peppe se encargaba de llevarle y traerle la comida, pero esta vez había venido él personalmente a dejar el plato sucio. Hoy merecía la pena hacer una visita a la cocinera.

–Hacía años que no comía algo tan

bueno... ¡Si la electrónica se le da tan bien como la cocina, cuando quiera puede venir a ayudarme!

¡Buenooo! –dije entre dientes. Aún hoy lamento haber dicho aquello—. Si yo estuviera en el puente, no sonaría ninguna alarma... –exclamé fanfarroneando, a la vez que ponía mis brazos en jarras.

¡Estoy seguro de ello! –dijo incrédulo, pero sin dejar de sonreír. Le sentaba bien relajarse un poco de vez en cuando.

Sabía por Peppe que no había hecho más que controlarme todo el tiempo. ¿No habíamos hecho las paces? ¿No habíamos quedado como amigos?

¿Entonces, por qué seguía desconfiando de mí? Peppe decía que cuando no me veía, no tardaba en preguntar si sabía dónde estaba. No podía evitarlo.

—¡Te echa de menos! —me decía Peppe para chingar. A él todo esto le divertía muchísimo, era como ser testigo en directo de una de esas telenovelas de la tele.

Al menos hago algo bien aquí. ¡Por fin! —respondí a Mark todavía un poco resentida. Que yo fuera una desordenada no influía en mi trabajo para nada. Y sin más recogí el plato sucio de sus manos, volviendo a fregar sobre mis pasos.

Ya pensaba que se habría marchado por donde había venido cuando volvió a hablar con fingida indiferencia:

Como sabrá, Moreno, mañana llegaremos a puerto. Normalmente Guiseppe se encarga de comprar los víveres conmigo, pero esta vez se encuentra indispuerto, y prefiere que sea usted la que me acompañe. Dice que está seguro de que lo hará bien, de que tiene buen ojo. —Escuché detenidamente aquella extraña petición.

¡Si Peppe está indispuerto, yo tengo paperas! —exclamé con cierto desdén. ¡Menudo casamentero estaba hecho!

Tiene razón, no lo está. Aunque no me paso el día entero hablando con él, lo conozco de sobra, pero... ¿pasa algo si así es? Le estoy brindando una oportunidad para salir de aquí durante

unas horas, ¿no cree? –Mientras hablaba lo fui pensando mejor. Amberes era el próximo puerto, una ciudad que me apetecía mucho visitar. El barco no iba a estar allí ni un día entero, así que pregunté si por casualidad me convenía su ofrecimiento.

¿Y nos quedará tiempo para ver la estación central? –A Mark le sorprendió aquella pregunta, pero de igual manera se le veía algo más contento.

¡Sí, por supuesto! –dijo con una sonrisa de medio lado–, creo que incluso nos pilla de paso.

¿Y el Grote Markt? –dije probando hasta qué punto estaba dispuesto a ser amable conmigo. Mark me miró de soslayo, como diciendo: «No se pase,

Moreno, que no estamos de vacaciones».

Primero compraremos todo lo que necesitamos, y después visitaremos la ciudad, ¿le parece? –respondió por fin, dando un paso más adelante, pisando el suelo porque ya estaba seco.

¡Claro que me parecía! En cuanto terminé de allí, salí corriendo para hablar con Peppe y ver lo que hacía falta comprar, pero cuando llegué al puente de mando ya me estaba esperando con una sonrisa de oreja a oreja. Mark se me había adelantado.

¡Amica mia! –Acompañaba aquella expresión con un gesto muy típico de Italia. Yo no era ninguna lista, no quería

nada con Mark, y sin embargo Peppe hacía ver como que mis actos fueran intencionados.

¡Para nada es lo que piensa, Peppe! – Intentaba ponerme serio con él, pero nunca lo conseguía—. Yo ya tenía planeado bajar mañana. Simplemente no quería cambiar mis planes... –Pero a Peppe le sobraban las justificaciones, estaba tan feliz porque su plan hubiese salido a la perfección, que ahora se pasaría el resto del día cantando. Así que con las mismas, cogí y cerré la puerta del puente de un golpe, oyéndolo a través de ella entonar el estribillo de *Dieci ragazze per me... solo per me!*

Capítulo VI: Un paseo en moto

A la mañana siguiente, después de ducharme, arreglarme, y dejar mi camarote totalmente ordenado. Bajé del *Zanzíbar* puntual como un reloj, para que el capitán no tuviera que esperarme ni un segundo. Poco a poco iba conociéndole bien...

He de añadir que en este caso lo de asearme puedo asegurar que era por pura necesidad, no por coquetería. Todo

el barco huele a pescado, y cuando sales de ahí tu olor tira para atrás al resto de gente que está en tierra firme. Es como una mezcla entre pescado, sudor, y sal marina... ¡una peste inconfundible! Así que no quería que me fuesen evitando en la ciudad, algo que ya había experimentado en el pasado.

¡Buenos días, Moreno! –me dijeron por detrás. Yo me había distraído viendo desembarcar contenedores y saludando a los primeros chicos que se bajaban como nosotros a puerto, así que no me había dado cuenta de que detrás de mí estaba el capitán, esperándome.

¡Buenos días! –Cuando me giré no me lo podía creer, estaba sentado en una moto ¿De dónde la había sacado? Al

parecer estaba escondida en la bodega del barco, viajaba siempre con él. Me tendió un casco bastante sucio y me dijo con la mano que me subiera atrás. Primero me costó una eternidad cerrar el casco, porque tenía rota una patilla del cierre; y después otra subirme a la moto, así que cuando por fin le pude preguntar qué moto era la que conducía me respondió con un seco:

¿Ahora también sabe de motos, Moreno? –Y arrancó sin más.

Tenía que aprender que, con él, si no sabías bien lo que decir, lo mejor era que no dijeras nada. Yo no solo no sabía nada de motos, sino que era la primera vez que me montaba en una. Pero te seré

sincera, ese día en Amberes lo recuerdo con mucho cariño. Yo nunca antes había comprado víveres para un trayecto en barco: ciento y pico kilos de arroz, mil litros de agua embotellada, todo lo que estaba diciendo me parecía una barbaridad. Pero mientras yo leía la lista al dependiente de la tienda, Mark asentía, así que supuse que las cantidades eran las adecuadas. Era una tienda de ultramarinos especializada, una nave que se encontraba muy cerca del muelle. Con solo decirles el nombre del barco y nacionalidad, aparecieron el resto de los datos para hacernos una factura. En tan solo unas pocas horas lo tendríamos todo cargado ¡Era como hacer la compra de la semana, pero a lo

bestia!

–¡Perfecto! –exclamé–. Entonces nos podemos ir ya de visita por la ciudad, ¿no? –Mark me miró con falso hastío.

–Aún no hemos terminado –sentenció sin más. Después fuimos a una ferretería, a una carpintería. Cuando entramos en una tienda de informática tipo desguace tan grande como un almacén, empecé a dudar. ¿Estaría jugando con mi paciencia o realmente tenía que ir a todos estos sitios? Ya eran las doce y media de la mañana, llevábamos más de tres horas yendo de un lugar para otro de la ciudad, ¡y menos mal que íbamos en moto! Lo poco que había visto de los edificios y calles

había sido de pasada. Y encima empezaba a lloviznar. Me molestaba que me hubiese engañado de esa manera, iba de paquete a todos lados. Estaba pensando en decirle todo esto mientras vagaba por la tienda, sin realmente mirar nada en concreto, cuando de pronto oí una voz que me decía:

Buenos días, ¿le puedo ayudar en algo? – un hombre casi tan alto como Mark, más o menos de su edad, se puso delante de mí con una sonrisa profesional. No iba vestido con el uniforme de los chicos que se veían pulular por la tienda, pero sí llevaba una placa identificativa con su nombre y una corbata con las iniciales de la tienda, así que supuse que era el encargado del

establecimiento.

No quiero nada, gracias. Yo solo acompaño a... –Pero Mark ya no estaba a mi lado. Al igual que cuando se ponía a arreglar algo, había entrado en su mundo y se había olvidado de todo y de todos. De pronto, y gracias a que no éramos muchos los estábamos allí, lo vi en la sección de software—. ¡Ese hombre de allí!

¿Ese tipo pelirrojo? –me dijo el hombre señalando a Mark. Yo asentí con la cabeza como una niña buena—. Pues bien, a aquel tipo lo acabamos de pillar por las cámaras metiéndose varias cosas en el bolsillo, así que lo vamos a detener en cuanto salga por la puerta,

¿es usted acaso su cómplice? –Me quedé muda y pálida ¿Había entendido bien? ¡No podía ser verdad! ¿Estaba diciéndome que Mark era un ladrón? Miré al encargado perpleja, y dije con un hilillo de voz:

No puede ser posible, ¡se han equivocado de persona! –Entonces apareció Mark por detrás del encargado, cogiendo el brazo de aquel tipo y retorciéndoselo. ¿Estaba viendo bien? Al parecer me había visto señalándole desde lejos y hablando con aquel tipo, y viendo la cara que estaba poniendo por momentos, salió en mi ayuda. ¿Pero era necesario retorcerle el brazo?

¿Qué está pasando aquí? –preguntó Mark mientras seguía forzándole el

brazo. El pobre hombre empezó a zarandearse mientras se reía, intentando sin éxito zafarse de él. Al segundo pasaron de intentar matarse el uno al otro, a abrazarse jovialmente como viejos amigos. Aunque me costó asimilar aquel espectáculo en la mente, me sentí aliviada al saber que todo había sido parte de una broma pesada.

¡Que sea la última vez que traes a una chica a mi tienda y no me la presentas! – reprendió a Mark.

¿Pero qué dices? ¡Si es Peppe vestido de mujer! –contestó haciéndose el gracioso. ¿Cómo? ¿Haciéndose el gracioso? Pero si hasta tenía sentido del humor mi capitán...

Después de todo, mi viajecito por la ciudad no iba a ser en balde. Al parecer habían estado juntos en el equipo de baloncesto de la universidad: de ahí tanto coleguismo exacerbado. Él se había dedicado al comercio, y Mark a la náutica. Ryan, como lo llamaba su amigo, disculpó los modales de su compañero cuando empezó a disfrutar avergonzándolo delante de mí.

¿Ahora tienes bióloga y todo en el barco? ¿Pero es que alguien se ha creído de verdad eso de que eres capitán? ¡Qué bien mientes, cabrón! —Era bastante simpático, y misteriosamente Mark parecía contagiarse de su estado de ánimo, descubriéndose ante mí una

nueva e inesperada faceta suya. De modo que permanecí muda mientras los observaba conversando animadamente, me costaba entender que aquel tipo fuera el que nos ponía una polca todos los domingos para salir a cubierta a limpiar. —¡Escucha, Elisa! —enseguida Liam, el amigo de Mark, se hizo con mi nombre y empezó a tutearme, tratándome como si yo también fuera una de sus viejas amistades—, este tipo no sabe lo que es trabajar duro, ¿entiendes? En la vida ha dado palo al agua. En la universidad, mientras todos estudiábamos, él se pasaba las tardes jugando al baloncesto ¡Y luego sacaba las mejores notas! Todos le odiabámos, ¿recuerdas, Ryan? —Y le dio un codazo a Mark en el

estómago mientras me ofrecía el brazo para ir con él por la tienda. Era bastante insólito para mí ver reducida a la mínima expresión la autoridad de Mark. Acepté de buen grado el ofrecimiento de su amigo y, cogiendo su brazo como una dama, le dimos la espalda y empezamos a caminar—. Disculpa la broma de antes, pero es que Mark nunca viene acompañado, y quería hacérselo pasar un poco mal. ¡Pero que no te engañes, ¿eh?! Ahora se hace el duro y eso, pero todo es fachada. Lo hace para que no te des cuenta de que le gustas... —dijo esto último en un susurro para que Mark no lo oyese, y después continuó bromeando—: Mark es como un niño

pequeño, ¿sabes? ¡Le encanta comprarse juguetes nuevos! Por eso seguimos siendo tan amigos, solo gracias a él mantengo este negocio –exclamó en voz alta.

–¡Y que lo digas!–masculló Mark con la mano todavía en el estómago, dolorido por el golpe de su amigo.

Por fin descubría una cara más humana de mi capitán, que seguía siendo un enigma en muchos sentidos. Finalmente, cuando me alejé un poco para que hablaran con tranquilidad de programas y equipos, pude observar en un instante cómo cambiaban el tono de su conversación. Liam me miró un par de veces, seguramente para comprobar que no era capaz de oírles. Así que me

giré en redondo, para ni siquiera verlos, pero dio la casualidad de que me puse justamente delante de un espejo, y en el reflejo los podía seguir viendo a los dos. Dejaron de sonreír relajadamente, y empezaron a hablarse con seriedad en el rostro. Al principio pensé que simplemente estaban hablando de características técnicas, pero entonces Liam le cogió del hombro, como consolándole. Reforzó ese gesto dando más fuerza a sus palabras, sin apartarle la mirada. Mark mantenía agachada la cabeza mientras veía los *dummies* de móviles última generación. Le escuchaba y asentía. Solo de vez en cuando se detenía para contestarle algo

mirándolo con cierta tristeza ¿De qué estarían hablando? Como quien pela una cebolla, no hacía más que ver capas y más capas de misterio alrededor de Mark. Y si hubiese podido escucharlos, aunque hubiese sido un poquito, me habría ayudado mucho más a entenderlo.

Al rato, uno de los jóvenes vendedores interrumpió a Liam para preguntarle algo, y de inmediato salieron los dos disparados para la oficina. Aproveché ese momento para acercarme de nuevo a Mark, ya que en ese momento solo estaba mirando móviles.

Bueno, Ryan. ¿Cuántos trastos de estos te vas a llevar? –La verdad es que nunca lo había llamado por su nombre, y mucho menos por el apellido. Pero

quizás respirando ese ambiente distendido que se había creado gracias a su amigo, aquello me salió solo.

¡Mal empiezas, Moreno! –me dijo sin quitar la vista de los accesorios para móviles. De repente había vuelto el Mark Ryan que yo conocía, con la misma cara de pocos amigos.

Capitán, ¿cuántas tiendas más nos quedan por visitar? –Con mi pregunta conseguí extrañamente que me hiciese caso. Levantó la mirada, y al ver mi cansancio en la cara, me preguntó enseguida:

¿No se supone que a las mujeres lo que más le gusta es ir de compras?

¡Pero no este tipo de compras!

Además, ¿es que acaso yo soy como el resto de mujeres? —respondí rápidamente.

No, desde luego que no. En eso tiene razón... —dijo mientras se adelantaba hacia la caja. Nos despedimos de Liam antes de salir de allí, y este aprovechó una vez más para señalar lo agradable que había sido para él verme allí, acompañando a Mark. Esta vez no sé si lo decía en serio o en broma, pero de igual manera agradecí su cordialidad. Entonces aprovechó para recomendarnos un nuevo restaurante italiano que habían abierto al final de la calle, y guiñándome el ojo, le aconsejó a Mark que fuese un caballero y me invitara por las molestias de tener que

aguantarlo. Cuando salimos había parado de chispear, pero el suelo estaba mojado y el cielo de un gris tan oscuro que no auguraba nada bueno.

¡Vamos! –dijo Mark saliendo disparado hacia su moto, subiéndose la cremallera de la cazadora de cuero, y en dirección contraria a la que había dicho su amigo que estaba el restaurante.

¿Pero es que no vamos a comer? ¡Yo tengo hambre! ¡Ehhh! ¡Hoooola! –A veces me desesperaba su falta de modales. No era lo que se dice un galán, ni mucho menos.

¿La señorita no quería ver la ciudad? –me gritó frenándose en seco en medio de la calle. Y tras un gruñido de

exasperación por mi parte, me obligó a seguirle.

Fue arrancar el motor y empezar a llover de nuevo, pero esta vez con más fuerza que antes. Mark salió de allí como alma que lleva el diablo, y de no ser porque ya me había explicado antes que me debía agarrar a los asideros laterales de la moto, me habría caído por el camino sin que él se diera cuenta. Sentí cada puñetero adoquín en mi culo, cada bache de la carretera. Parecía que nos perseguía alguien: metiéndose por callejuelas, cruzando vías principales y haciendo giros imposibles para esquivar semáforos y atascos. En menos de tres minutos estábamos enfrente de la estación. ¡Increíble! ¿Habría trabajado

antes en una mensajería en esa ciudad o algo así? Cuando por fin paró, le di un pellizco en el costado queriendo hacerle todo el daño que pudiera, pero gracias a la cazadora apenas notó mi enfado.

¡Aaauuu...! –exclamó, más que de dolor de sorpresa. Ni siquiera le había dado la oportunidad de quitarse el casco, de modo que al girarse y mirarme sin entender nada, me fijé en sus ojos verdes.

¡Que sea la última vez que me llevas así! Prefiero ir andando y empaparme a tener un accidente por culpa tuya, ¿me has oído? –Estaba tan enfadada que me bajé de la moto casi de un salto. Mark, sin embargo, no respondió. Ni siquiera

para quejarse de que yo fuera una exagerada. Yo esperaba una réplica, una explicación, aunque fuera de lo más tonta. Sin embargo, no dijo nada, ¡nada! Y estuvimos así, mirándonos en silencio unos segundos, mientras la lluvia nos mojaba. Entonces reaccionó quitándose el casco en silencio, cogiendo el mío de mis manos, y tras guardar los dos en el asiento se limitó a decirme:

Aquí podremos comer hasta que deje de llover... –Y se fue hacia la estación sin esperarme. ¿Lo entiendes ahora? Era ese tipo de cosas las que me enervaban, no entendía esas reacciones. ¿Qué pensaba cuando me miraba así? ¿Por qué para él era más fácil callarse que discutir conmigo?

Caminando hacia el interior del edificio de la estación central de Amberes me olvidé un poco de todo este disgusto. ¿Has estado alguna vez allí? Muchas veces la gente que viaja a Bélgica está en Bruselas, Brujas, Gante... pero se olvidan de esta joya de ciudad, ¡te la recomiendo! Y si vas en tren, es espectacular nada más llegar, porque el interior de la estación te deja con la boca abierta. Es un entramado de hierro y vidrio que te transporta al siglo pasado, con una cúpula enorme. Preciosa, en una palabra. Yo desde que había puesto un pie allí no paraba de hacer fotografías con una Canon que me había traído para la ocasión, mientras

Mark a mi lado me miraba resignado. Pero sabía que fingía porque había relajado el rictus de su cara, caminaba más tranquilo, y hasta le volví a ver con las manos en los bolsillos. Y es que, si observas atentamente a alguien, puedes aprender mucho de él ¡Y con Mark yo hice un master en comportamiento masculino! Finalmente, como prometió a su amigo, hasta me invitó a comer: bocata y refresco. En fin, no esperaba mucho más de él.

Comíamos en silencio, como casi todas las parejas que estaban en esa cafetería, pero para mí era una situación insostenible: ¿cómo podían aguantar tanto tiempo sin hablarse? Por el contrario, y como era normal en él,

Mark no parecía incómodo mirándome sin decir nada. De hecho, creo que a pesar de todo estaba disfrutando de la visita a esta estación... ¿y de mi compañía?

Así que pensé que aquel era un buen momento para saber algo más de él. Saqué fuerza de flaqueza y le pregunté con espontaneidad:

—Si eres irlandés, ¿por qué nunca te he visto beber una cerveza?

¿Cómo? —preguntó mientras masticaba su bocadillo. Realmente sí que me había escuchado, solo que no sabía si lo que acababa de oír era lo que realmente le había querido preguntar.

Peppe me dijo que eras irlandés, así

que... ¿no se supone que os encanta la cerveza? ¿Por qué no te has pedido una Guinness, por ejemplo?

¿Por qué no ha venido hoy vestida con su traje de flamenca? –respondió al segundo cortante como una cuchilla de afeitar.

Tienes razón, me lo he dejado en la maleta. Junto a las castañuelas y el abanico... –añadí haciéndole sonreír *¡Touché!* Me encantó comprobar que era más fácil de lo que yo creía verle feliz, ¿o es que conmigo era algo inevitable?

–Capitán- quería seguir mi pequeño interrogatorio- ¿puedo hacer una pregunta más?

¡Sorpréndame! –dijo sin más. Y siguió masticando.

¿Por qué no quieres que te llamen Marcus? ¿Qué tienes de malo? ¡A mí personalmente me parece muy bonito! – De nuevo le sorprendía mi curiosidad. Posiblemente me tachase de entrometida, pero me daba igual lo que pensara de mí a estas alturas.

¿Ah sí? –dijo sonriendo mientras se limpiaba las manos con una servilleta–. Pues entonces tiene mi permiso para ponérselo a sus hijos.

Venga, en serio ¡Dime por qué! – Mark guardó silencio una vez más, mirando la mesa donde estábamos. Yo apenas había dado un mordisco a mi bocadillo, y él acababa de terminarse el suyo. Cogió mi cámara de fotos y,

jugando con el objetivo, me ordenó mientras enfocaba:

Si lo cuento..., después no habrá más preguntas. –Y se separó un poco para mirarme por última vez detrás de la cámara antes de hacer la foto. Yo asentí, y cogiendo el bocado entre mis manos, le di un buen bocado. En ese momento disparó. Estaba tan emocionada por escuchar algo más que monosílabos por su parte, que tampoco me importó. Mark sonrió al ver el resultado: esa foto está en la cabecera de mi blog, ¿la has visto?

¡Ah, sí, es verdad! –Recordó Laura. “*La chica que se quería comer el mundo*”.

Mark siguió así un par de segundos

más, haciendo fotos a la gente que pasaba, en lugar de a la estación, como había estado haciendo yo. A unos niños que jugaban delante de nosotros, a una madre dando de comer a su bebé, al camarero mientras hacía los cafés... Entre foto y foto comprobaba con paciencia cómo masticaba, y tras dar un segundo y tercer bocado, se dio finalmente por vencido.

—¡De acuerdo!—Y cogió aire como si fuera a hacer un gran esfuerzo. No le apetecía nada en absoluto hablar de sí mismo, ¡pero yo estaba cumpliendo mi promesa! Así que, dejando la cámara a un lado con cuidado, comenzó a sumergirse en sus recuerdos—. Para

empezar, le diré que Peppe no le ha informado correctamente... –Se miró distraidamente las manos mientras decía esto—. Mi padre es irlandés, sí. Pero mi madre es alemana. Fue ella la que insistió en ponerme ese nombre, ya que era el nombre de su padre, pero poco más hizo por mí y por mi hermana. Yo apenas tenía doce años cuando nos abandonó. Ella se había casado embarazada, y por mi culpa había dejado a un lado sus deseos de ser actriz o cantante... no he llegado nunca a saber muy bien lo que quería ser. Pero supongo que no todo el mundo nace para ser padre. Cuando se vio convertida en una ama de casa con dos hijos pequeños, supo demasiado tarde que se había

equivocado completamente. Mi padre estaba tan enamorado de ella que nunca la imaginó capaz de hacer tal cosa. La estuvieron buscando, pero nada. Mi padre se fue desmoronando poco a poco, entrando en una profunda depresión, y al final la única manera de verlo sonreír era con una cerveza en la mano... –Mark me miró un instante a los ojos, pero enseguida volvió a esquivar mi mirada. Aquella confesión resultaba muy violenta para él—. Así que gracias a ella me olvidé de tener una infancia feliz, ya que siempre tenía que cuidar de mi hermana. Tuve que empezar a trabajar enseguida para traer dinero a casa, porque a mi padre lo despedían de todos

los trabajos. Aunque lo peor era tener que recogerlo de los bares, ya sabes, cosas de borracho empedernido... ¡demasiado para un crío adolescente! – Contaba todo aquello con cierto resentimiento, como si fuera otro el chico que lo había pasado tan mal cuando era joven.

¡Lo siento! No sabía nada –me disculpé algo tarde. Su semblante ahora era muy triste. Me sentí un poco culpable por haberle hecho recordar su infancia, y por otro lado me resultó extraño que me hubiese querido contar algo así ¿Confía tanto en mí? De cualquier forma, ahora entendía que se le diera tan bien cuidar de todos nosotros, lo había estado haciendo

prácticamente toda su vida.

Sí, bueno. ¿Ha terminado ya? – preguntó cambiando de tema radicalmente–. ¡Pues vámonos! Aún podemos ver algo más de esta ciudad – Y así sin más, dio por zanjada toda conversación.

Capítulo VII: Escocés vs irlandés

Cruzamos la ciudad hacia el Grote Markt, pero esta vez sin poner en riesgo nuestras vidas. La luz del atardecer jugaba con los tejados en escalera de las fachadas que nos rodeaban, y hacía brillar aún más el agua de su fuente central. La lluvia nos había dado otra pequeña tregua, así que pudimos apearnos una vez más para que yo tomara fotos de la plaza con

tranquilidad. Empezaba a hacer frío, pero no me importaba. Estaba disfrutando del encanto íntimo de una ciudad como Amberes, que solo era valorada por unos pocos turistas como nosotros en ese momento.

Quería que Mark posara para mí cuando encontró una excusa perfecta para no hacerlo al oír su móvil: era de la tienda de ultramarinos; el camión del reparto había sufrido una avería y tardarían una hora más en hacer llegar nuestro pedido al barco.

¡Estupendo! –exclamé con entusiasmo imaginándome más sitios para visitar. Y nada más decir aquello, un estruendo procedente del cielo nos hizo mirar a todos hacia unas nubes cada vez más

oscuras. ¿Aquello había sido un trueno? ¡Parecía que se nos iba a caer el mundo encima! Fue cuestión de segundos, y ya estaba lloviendo de nuevo, pero esta vez en forma de diluvio universal. Todos los que estábamos en la plaza huimos despavoridos, ¡qué manera de llover! Vi a Mark correr calle arriba sin avisarme, y le seguí cubriendo mi cámara y maldiciendo su falta de consideración. Dobló por una esquina de la misma plaza, y cuando conseguí llegar hasta allí, unas manos tiraron de mi brazo. Era Mark, estaba bajo el resguardo del portal de una pequeña whiskería, y sin apenas poder coger aire para decir algo, entramos en ella.

El sitio estaba muy bien ambientado, y en un día tan gris como aquel daba gusto estar en ese ambiente tan cálido y concurrido. Olía al barniz de la madera, a cerveza y a humedad. Puede que fuese una mezcla extraña, pero enganchaba. Supongo que a Mark le gustó también porque recordaba un poco a un pub irlandés.

Había una gran barra de madera maciza presidiendo el local haciendo una U perfecta, donde varios camareros se movían en su interior. A ambos lados había bancos enfrentados, con sus respectivas mesas en medio. En cada mesa había una velita encendida junto a un macetero con flores, lo que hacía que

todo fuera aún más encantador. Sonaba *Mr. Jones*, de los Counting Crows de fondo, y un grupo estaba preparando su equipo para tocar esa misma noche. Una chica alta, rubia y muy mona se acercó a nosotros y nos guio hacia un par de asientos libres, justo debajo de una ventana. Y mientras nos repartía las cartas, nos recomendó la actuación de esta noche.

¡Es una pena! –dije refiriéndome a la actuación. Hacía mucho tiempo que no escuchaba música en directo.

Humm... –murmuró Mark con la cabeza escondida en la carta. Yo pensaba que nos habían repartido los menús, por eso ni la había abierto. Pero al verlo tan interesado leyendo aquello,

decidí abrir también la mía para conocer cuál era el objeto de su ensimismamiento.

Era una carta de whiskies, un listado de varias páginas con marcas cuyos nombres seguramente olvidaría en cuanto dejase de leer.

No sabía que hubiesen tantas marcas, la verdad... –En parte me sentí aliviada de haber entrado en una whiskería de verdad, y no en un burdel. Entonces me pregunté seriamente si no sería Mark un habitual de este local: La verdad es que le pegaba bastante, un poco inhóspito por fuera pero sorprendentemente acogedor por dentro. Sí, seguramente no sería la primera vez que entraba aquí.

Me lo podía imaginar en la barra, enfundado en su chupa de cuero, como ahora, bebiendo solo mientras la camarera rubía le hacía ojitos. Y después de pensar aquello desperté de mis ensoñaciones con un gesto de repulsa.

¡Bah! La mayoría son escoceses, es una verdadera pena. ¡No hay nada como el whisky irlandés! –exclamó cerrando la carta a golpe de mano, llegando a asustarme un poco con aquel gesto.

Bueno, eso lo dirás tú. ¿No crees? – No pude más que sonreír ante tanta fanfarronería—. En realidad, el whisky famoso es el escocés, y por algo será...

¡Moreno! –dijo mirándome intensamente, queriendo borrar de mis

labios esa sonrisa.

¡Ryan! –respondí osadamente, provocándole una sonora carcajada .

¿Qué apostamos? –me retó animado.

No me apuesto nada, ¡no me gusta el whisky! Sabe a madera –Mark me miró escéptico ante aquella afirmación y, dispuesto a educar mi paladar, contestó amenazante pero divertido.

¡Eso es porque no ha probado ninguno de verdad, Moreno! –Y llamó a la misma camarera rubia de antes, que no había apartado la vista de nosotros. Bueno, en realidad no le había quitado el ojo de encima a Mark. ¿Se conocían de antes o eran cosas mías?

No sé cómo se las arregló, ni lo que

le dijo realmente a aquella chica que estaba feliz por estar en nuestra mesa, pero en cuestión de segundos había tres vasos de chupito delante de mí, llenos cada uno con un líquido avellanado más o menos oscuro. Me explicó que uno de ellos era un bourbon de Kentucky; otro un whisky escocés; y, por último, un whisky irlandés bastante conocido. La prueba que me proponía consistía en probarlos todos y decir cuál de ellos me gustaba más. Según Mark estaba segurísimo de que elegiría el irlandés, pues como no se cansaba de repetir: «Era el mejor del mundo, sin lugar a dudas».

¡No sigas, Mark! ¡No voy a beber! No me gusta el whisky. Ni el irlandés, ni el

escocés, ni ningún otro... –Un relámpago iluminó el local, haciéndome callar por un segundo. Mark sonrió maliciosamente.

Con esta lluvia no voy a ir a ningún sitio más, ahora toca descansar. Y como queda una hora larga antes de zarpar, algo habrá que consumir si queremos quedarnos aquí...

¿Y por qué solo tengo que beber yo? ¿Por qué no lo haces tú? –le pregunté extrañada.

Yo no bebo. Soy el único irlandés del planeta que no lo hace –dijo irónicamente, guiñándome un ojo y haciéndome reír a míhb c con aquél gesto.

¡Mentiroso! –le dije entre dientes. No me lo creía para nada. Seguro que no quería volver al barco con el aliento apestando a alcohol, por miedo a lo que pudiera pensar Peppe—. ¡Eso es porque no quieres volver haciendo eses! –dije siguiéndole la broma.

–Si cree que puedo emborracharme con solo tres chupitos, es que no han servido para nada esos años rodeada de pescadores... –Me sorprendió con esa respuesta, haciéndome callar definitivamente.

Seguí mirando con cierta desconfianza aquellos vasitos que parecían de juguete, en el cristal de cada uno estaba grabado el nombre de la

botella de la que procedían. Cogí el primer chupito con delicadeza para no derramar ni una sola gota, lo acerqué a mis labios, pero en el último momento retrocedí para preguntar:

¿Pero y qué gano yo con todo esto?

¡Oh, por favor! —exclamó Mark desesperado, poniendo los ojos en blanco y dejando su espalda caer sobre el duro respaldo de madera.

Abiertamente me quieres emborrachar con algún objetivo, no sé cuál todavía, pero antes de que lo consigas yo también quiero algo. ¡No saldré de aquí sin las manos vacías!

¡Mujeres! Moreno, esa cabecita tuya da demasiadas vueltas... No tengo ningún objetivo en mente, por extraño

que parezca, simplemente me quiero divertir un rato.

¡Divertirte a mi costa! –Mark estaba sentado en actitud relajada frente a mí. A pesar de nuestra conversación, estaba disfrutando de aquel momento en compañía. Había desaparecido por completo el gesto adusto en su rostro, ahora solo había espacio para una sonrisa simpática y una mirada tierna. De repente, se le iluminó la cara:

¡Ya sé qué haremos! Si gana, yo me dejaré los formalismos. ¿Contenta? Así finalmente podremos tratarnos de igual a igual.

¡Para nada! Eso no me sirve, yo ya te considero igual. ¿Y por qué no que me

dejas tu ordenador para trabajar? – Aquello sí merecía la pena ganarlo—. Solo cuando no lo necesites, claro. – Hablaba solo de uno de los cincuenta ordenadores que tenía Mark en el puente de mando, el que tenía acceso a Internet y pantalla de 24 pulgadas. Lo necesitaba para hacer los gráficos en la presentación de mi tesis.

No, no estoy dispuesto a soportar uno de esos conciertos tuyos. Porque es eso lo que haces mientras escribes, ¿no? ¡Cantar! O eso es lo que piensas que haces, ¡te aviso que los Eagles ya han puesto una demanda contra ti! – me puse roja como un tomate de pura vergüenza.

¡De acuerdo, de acuerdo! Si bebo me dejarás el ordenador, pero prometo no

cantar. Ni en inglés ni en español ¿Trato hecho? –Y tras un vivo apretón de manos, me quité la chaqueta, me remangué el jersey y bebí del primer chupito todavía un poco sonrojada

–¡Puuuaggg! –Aunque él dijera que no, a mí aquella bebida me sabía a madera, me pasaba por la garganta ardiendo como si fuera fuego y me dejaba una lengua áspera como la lija. Se me iba a hacer más difícil de lo que imaginaba este reto—. ¿Y no puedo echarle agua, o cubitos de hielo?

¡No! Desvirtúa el sabor. ¿Qué te ha parecido? –Mark no perdía detalle de mis caras de asco sin dejar de sonreír. Con el pelo alborotado, las mejillas

sonrojadas por el calor del local y enfundado en aquella cazadora... empecé a darme cuenta qué veía en él nuestra rubia camarera.

¡Puaggg, Mark. Esto es asqueroso!

¡Ahora prueba este! –me ofreció el segundo chupito. Yo habría preferido distraerme con cualquier otra cosa, pero en el local ni siquiera tenían una diana para jugar a los dardos. De pronto vi una televisión encendida en una de las esquinas del local, y se me ocurrió un tema perfecto para despistar la atención de Mark:

¿Contra quién está jugando el Chelsea...? –En realidad ni siquiera estaba puesto el fútbol, pero conseguí que Mark girase en redondo su cabeza el

tiempo suficiente como para poder derramar el contenido del segundo chupito en la maceta que teníamos encima de la mesa. Cuando se volvió hacia mí, yo fingí haber tragado—. ¡Este creo que es más asqueroso todavía...! — No sé por qué no se creyó en absoluto que ya me lo hubiese bebido. Y luciendo una sonrisa tipo Garfield al comprobar cómo le había engañado, volvió a llamar a la camarera que no tardó en servirnos otro chupito de la misma marca. Esta vez la chica, al dejar el vaso, nos dejó bastante claro lo que pensaba acerca de Mark: se tocó el pelo en actitud coqueta nada más llegar, y al marcharse se pasó la lengua por los labios...

¿Qué pasa? –le pregunté al darme cuenta de que Mark me estaba observando atónito. No había podido evitar seguir a la muchacha con una mirada asesina mientras se alejaba de nuestra mesa.

Nada... –respondió sin más, pero su cara lo decía todo.

Tú también te has dado cuenta, ¿verdad?

¡Yo no me había dado cuenta de nada hasta que te he visto! –dijo por fin.

Esa ni siquiera te ha llamado de tú y ya te ha perdido todo el respeto...–le dije después de beber y saborear el segundo chupito. Como lo hice enfadada, solo consiguió encenderme

aún más—. Así que mucho cuidado con ir al baño ¿me has entendido? — continué diciendo toda segura, y acto seguido no pude creer que fuera yo la que estuviera hablándole de aquél modo, así que me obligué a callar de inmediato.

¿Y qué pasará si voy al baño? — preguntó quitándose la cazadora de cuero y apoyando los codos en la mesa, fingiendo escandalizarse por mi último comentario. Adelantado frente a mí, mirándome divertido, solo conseguía acalorarme aún más. Vestía una simple camiseta de manga corta, y algunos mechones de pelo mojado le caían por la frente. De repente sentí vergüenza de estar pensando en él como no lo había hecho antes, así que bajé la vista y me

fijé en sus manos para distraer la mente: grandes, fuertes, pero con demasiadas grietas y cortes... Subí lentamente la mirada. En el brazo derecho se intuía un tatuaje que seguramente empezaría a la altura del hombro, de color rojo anaranjado. No conseguí adivinar nada del dibujo, aunque nunca me lo habría imaginado: un ave fénix, un ser mitológico que resurgía de sus propias cenizas. Curioso, ¿verdad? Mark había seguido todo el recorrido de mis ojos en silencio, y por raro que pudiera parecer, estaba disfrutando de mi atenta observación. Al verme descubierta, aparté definitivamente la mirada de él sintiéndome un poco estúpida. Decidí

que lo mejor iba a ser mostrar indiferencia, y seguir como si no me hicieran ningún efecto esos ojos verdes que ahora destacaban aún más con aquella vieja camiseta.

¡Si yo tengo que decírtelo es que no has aprendido nada en estos años de capitán! –contesté por fin, burlándome de él. Mark se frotó los ojos para tratar de ocultarme que aquel comentario le había hecho gracia. Sin duda estaba aún más guapo cuando sonreía, lástima que hasta entonces no lo hubiese hecho más a menudo.

¡Venga! Te queda el último ¡Ánimo! – dijo señalando el tercer chupito y cambiando de tema. Pero a mí me parecía más divertido seguir con aquella

conversación y darle una tregua a mi estómago.

¿Te parece guapa? –pregunté apoyando los codos en la mesa, como había hecho él. Y por un segundo en aquel bar, bajo aquella luz tan tenue, parecíamos una pareja de verdad. Hablándonos en susurros, analizando nuestras miradas para saber qué queríamos decir realmente.

¿Quién? ¿La rubia? –dijo girándose de nuevo para verla ¿Sería posible que no la hubiese visto todavía?

¿Qué haces? ¡No te gires! Ahora se pensará que le gustas... madre mía, ¡qué mal! –Yo me agaché y oculté mi cara con las manos, pero a través de mis

dedos lo pude ver disfrutando del momento, carcajeándose en silencio mientras se rascaba la cabeza para despistar. ¡Dios mío! ¿Este era el Mark Ryan que yo conocía? ¿En qué momento me habían hecho el cambiazo? Estaba siendo un gran día, no solo había descubierto la ciudad de Amberes, sino al verdadero hombre que tenía en frente.

¡Bah, no es mi tipo! –dijo volviéndose hacia mí. Y por un momento pensé que iba a continuar hablando, pero simplemente se quedó mirándome a los ojos... “¡Vale, para Mark, para!” me dije. Si estaba intentando hacerme sentir incómoda, lo estaba consiguiendo.

¡Pues para ella tú eres el suyo! –

respondí apartando la mirada y señalándole a la chica.

Bueno, pues tendrá que probar suerte en otra parte, ¡yo las prefiero morenas y bajitas! –Y lo dejó caer así, en un tono suave y totalmente desconcertante para mí. No supe qué decir después, ¿se me estaba insinuando o quería quedarse conmigo? Opté por lo segundo para no acalorarme más, y cogiendo el tercer chupito, bebí de un trago hasta el final... ¡Serendipia! Pues la verdad es que este último brebaje no estaba tan malo, incluso podría haber bebido más sin esforzarme mucho.

–¿Qué me dices? –Mark esperaba mi respuesta. No había hecho ¡puag!, así

que ya se olía la victoria.

–Hubiese preferido cien mil veces haber hecho una cata de cerveza o vino, pero en fin... ¡Tienes razón! De los tres éste es el mejor. O al menos, es el que más me gusta... –Mark lo celebró levantando los brazos como si hubiese hecho canasta. Haciendo aún más visible el buen estado de su anatomía, algo que preferí obviar por el momento.

En ese momento su móvil vibró en la mesa, era Peppe: ya podíamos volver.

–¡Ohhhh! –la verdad es que daba pena irse de allí, ahora que estábamos tan bien. Sé que Mark compartía ese sentimiento, aunque como siempre, él prefería callar.

Cuando salimos caía una fina lluvia

que apenas se notaba. Mark me tuvo que volver a ayudar a cerrarme el casco por culpa de esa maldita patilla rota, aunque en esta ocasión bromeó diciéndome que no hacía falta que le ocultara mi estado de absoluta embriaguez... ¡qué tonto! Me gustaba saber que también podía ser gracioso cuando quería. Y mientras le tenía a unos pocos centímetros de mí intentando abrocharme el casco, doblando ligeramente sus rodillas para que no nos separaran los mismos cinco palmos de altura de siempre, me sentí muy cómoda al oler ligeramente su perfume. Estaba tan cerca de él que casi habría podido rodear su cuello con mis brazos... pero antes de que mi mente

comenzase a imaginar aquel momento con todo lujo de detalles, algo me hizo frenar en seco la película que me estaba montando.

¡Oh, Dios! –caí en la cuenta enseguida, como quien acaba de cerrar la puerta de su casa y se echa las manos a la cabeza porque se ha dejado las llaves dentro- ¡Mayday, mayday, mayday! ¡Mark me estaba empezando a gustar demasiado! Peor aún, había algo más: ¡me estaba enamorando de él!

De camino al puerto, sentada detrás en la moto, me quise quitar de un manotazo aquella estúpida idea de la cabeza ¡Si Charlotte me oyese! Pensaría que estoy enferma, drogada o sufriendo una extraña versión del síndrome de

Estocolmo. Pero supongo que había estado evitando tanto tiempo este sentimiento que cuando me descubrí pensando en él, me sentí avergonzada y emocionada a la vez. Mark era una persona de carne y hueso, con su pasado y su historia, con amistades con las que bromeaba y hasta podía hacerme reír... Había descubierto a otro hombre. Uno distinto cuyo atractivo no residía únicamente en su aspecto físico. Aunque de repente, hasta el reflejo rojizo de su pelo me parecía irresistible.

Pero enseguida me obligué a despertar de mis ensoñaciones. Cometería un gran error si continuaba pensando de esa manera: Mark era un

hombre hecho a sí mismo, que no tenía tiempo para romanticismos. Parco en palabras, estricto, organizado ¡tan diferente a mí! Era como intentar atravesar una coraza de hierro con un fino hilo de seda. No estaba hecho para cosas tan banales como el amor. Tenía, ¿como decirlo? ¡Otras cosas en que pensar! Lo último que querría ahora era verse involucrado en una relación. Y, sin embargo, recordando sus comentarios en la whiskería, pensé ilusionada... ¿estaría él también sintiendo algo por mí?

¡Vamos, vamos, vaaamos! Moreno, sube al barco enseguida o me iré sin ti...—me gritó Mark algo enfadado desde la pasarela haciéndome despertar de un

salto. Ya habíamos llegado al barco, y él había dejado la moto en la bodega, pero yo aún seguía enfrascada en mis propios pensamientos.

Verlo de nuevo enfundado en esa falsa actitud déspota fue como si todo lo vivido en Amberes hubiese sido parte de un sueño que tuviese que dejar atrás. Y mientras pasaba por su lado me llamé boba por pensar en él de aquella forma, estaba claro que no pensaba en mí ni lo más mínimo...

Capítulo VIII: Para Elisa...

¡No me lo creo! –Laura se sacó el bolígrafo de la boca y asustó a Elisa con aquella interrupción, haciéndola volver de repente a la cafetería de aquél hotel donde se encontraba frente a ella—. Es evidente que como decía su amigo, ¡estaba haciéndose el duro! Él disfrutó tanto como tú de aquella tarde, hasta se te insinuó... ¿qué más querías? –La periodista estaba fascinada por la historia, había vivido ese último encuentro como si lo hubiese sufrido en

sus propias carnes, y ahora ni podía pensar en cambiar de tema. Esa emoción la llevaba a querer saber más, perdiendo un poco la lógica de su entrevista.

Bueno, ¡lo siento por no haber sabido leer las señales! –Elisa respondió a Laura algo molesta por haber convertido su relación en el leitmotiv de aquella conversación, sin saber muy bien cómo ni por qué.

Perdona, perdona. Tienes razón... –reculó la periodista. Si Elisa cogía y se iba, adiós entrevista, adiós libro, adiós a un futuro prometedor como escritora.

Piensa que fue volver al barco y distanciarse de nuevo –Elisa comenzó así a explicarse, arrepentida de su anterior respuesta. En el fondo, ella

disfrutaba recordando todas aquellas conversaciones, todas esas emociones ya vividas que ahora parecían muy lejanas—. Como he dicho, Mark vivía muy cómodo en el hermetismo de su rutina diaria. A veces me regalaba un guiño distraído a modo de saludo cuando nos cruzábamos por los pasillos, o imitaba el saludo militar desde el puente cuando me veía trabajar en cubierta. Pero aquello yo no lo consideraba especial: una broma tonta entre compañeros de trabajo, nada que fuera más allá de una simple amistad.

¡Bueno, por algo se empieza! —masculló Laura—. Al menos ahora lo veías como un amigo, no como un

gilipollas.

No te confundas, Mark a bordo tan solo se dirigía a mi cuando tenía algo que decir, y en la mayoría de esos casos prefería que fuera Peppe el que me lo dijera. Así que desde que salimos de Amberes nuestra relación volvió a congelarse como si viviéramos en Oimiakon. De amigos nada, cada uno en su sitio. Él al mando de su tripulación, y yo a pelearme con mis peces: en sus diferentes formas, tamaños y medidas. Al fin y al cabo, era eso a lo que había venido, ¿no?

Elisa se quedó mirando a Laura, y esta temió que zanjase ahí el tema. ¿Aquella pregunta abierta venía por ella? Debía tener cuidado, no

apasionarse tanto con aquella historia entre ellos dos. Después de todo, no era la entrevista para una revista del corazón. Así que prefirió dar un rodeo en lugar de volver a ir directamente al grano:

Por lo que has comentado anteriormente, hay algo que no me cuadra en tu historia. Has dicho que ni se moletaban en ocultarte sus acciones ilegales. Pero tú habías sido contratada para hacer un informe de cómo faenaban, y si durante tu estancia eras testigo a diario de irregularidades, ¿no tenían miedo a que se les sancionaran? ¡Podían quitarles la licencia! ¿No es así?

Ojalá... –Elisa se relajó. De nuevo hablarían solamente de trabajo—. Por desgracia yo no soy ningún policía, ni en Oceanic se firman directamente las leyes en defensa de la protección del fondo marino. Y, por otro lado, el *Zanzibar* era sólo un arrastrero de popa más en el inmenso océano, triste pero cierto. Como sabrás, la pesca de arrastre es una de las más invasivas que existen, al ser tan poco selectiva. De hecho, en la mayoría de los países está regulada, pero en muy pocos está prohibida. Mark había aprendido de un viejo en el oficio como Peppe, que había sido patrón cuando nada se había escrito sobre la protección de especies. Para ser más

clara, digamos que su lado más napolitano salía a flote cuando veía cómo repartían las cajas para los arcones congeladores. Sabía lo que pasaba en las bodegas: nada se despreciaba, muy poco de lo que recogían se devolvía al mar. Todo tenía su comprador, y ellos solo tendrían que ponerle precio.

¿Y no le pediste explicaciones? — preguntó Laura algo más interesada.

¿A quién? ¿A Mark? ¿A Peppe? ¿A los chicos? ¿Y de qué me serviría? Tan solo para echarme del barco, o crear un ambiente enrarecido entre nosotros. Yo estaba allí para recopilar datos y extrapolarlos. Me tenía que refrenar a diario, como si estuviera grabando un

documental de naturaleza: mi función era la de una mera espectadora de los hechos. Eso era lo que me decía cada día, hasta que exploté.

¿Explotaste? Por favor, ¡explícate! – repitió Laura con curiosidad, levantando las cejas hasta la altura del flequillo.

No es para nada usual, pero a veces sucede en el mar. Una madrugada dieron la señal de alarma y llamaron todos a cubierta. Una cría de cachalote moribunda se había quedado atrapada en las redes, lo que estaba poniendo en verdadero peligro a toda la tripulación. En su agonía, el animal que trataba de desembarazarse de aquellas ataduras con todas sus fuerzas estaba

haciéndonos zozobrar, hundiendo la popa más allá de la barandilla. Como no hicieran algo pronto, aparte de los destrozos que estaba ocasionando en el barco y las redes, podríamos volcar... no seríamos nosotros el primer caso de una desgracia así. Fue pasar esa idea por mi mente y ver a Mark como una exhalación cruzándose delante de mí. Llevaba un arpón eléctrico en su mano derecha, y lo agarraba con tanta fuerza que tenía todos los músculos del brazo en tensión. Me fijé también en su cara: impassible, sin ningún remordimiento por su parte cuando se puso tan cerca del animal que casi pudo oler su aliento. Y esperó un segundo, tiempo suficiente para que no hubiese distancia para el

error, y después le disparó en la nuca. Sin ninguna contemplación, mostrándome ser el hombre más frío de la faz de esta Tierra. La pobre cría de cachalote no tardó en morir o descansar, porque ya estaba más muerta que viva cuando se cruzó en nuestro camino... y se terminó aquella escena con toda la cubierta de sangre. Una sangre tan roja e intensa que solo ayudó a encender mis ánimos, así que me interpuse en el camino de Mark de vuelta al puente y le abofeteé. Algo que ya te adelanto fue totalmente estúpido por mi parte, ya que por la diferencia de altura apenas pude rozarle... también porque él me cogió del brazo al vuelo, y mirándome a la

cara, me preguntó:

¿Pero qué haces?

¿Qué haces tú, asesino? ¡Has matado a esa pobre cría de ballena! Ahora ya no tengo ninguna duda, mereces pudrirte en la cárcel, nada justifica lo que acabas de hacer... –Mark estaba completamente salpicado por la sangre de aquella ballena que él mismo había rematado. Yo sabía que, si no hubiese estado moribunda, aquella pobre bestia no hubiese expirado de un solo arponazo. Yo sabía que Mark no había sido el verdadero culpable de su muerte, pero lo que no podía soportar es que hubiese sido capaz de dispararle sin remordimientos. Jamás pensé que sería capaz de encararme con él de esa

manera, y mucho menos en aquellas circunstancias, pero cuando ya imaginaba que me tiraría por la borda para dar por terminada nuestra discusión... el capitán Ryan tomó de nuevo el control de la situación con toda la paciencia del mundo. Me cogió del brazo y, casi haciéndome volar de nuevo hasta donde estaba la cría moribunda, me dijo:

¡Escúcheme bien, señorita bióloga! Este bicho llegó aquí más muerto que vivo, y si nadie le hubiera pegado un tiro a tiempo, habríamos terminado todos en el agua... –La tripulación, que había sido testigo de toda aquella escena esperpéntica, sonrió ante la respuesta de

su mando. Estaban todos con él, yo había quedado como una imbécil, pero no podía evitar pensar que en medio de nosotros dos había un cádaver desangrándose.

¡Pues ya me puedes poner la *Para Elisa* de Beethoven, que jamás voy a limpiar esto! —La risotada a continuación fue de campeonato. Yo lo último que quería en aquel momento era ser graciosa, pero qué desgracia la mía, hasta el mismísimo Mark no pudo evitar reírse en mi propia cara. ¡No veas lo rabiosa que me puse entonces!

¿Y qué hiciste?

Le habría vuelto a abofetear. Pero viendo el resultado de mi primer intento, desistí de ponerme más en ridículo. Así

que me fui a mi camarote y me encerré allí todo el día. La verdad es que estuve casi todo el tiempo durmiendo hasta que de pronto escuché una sinfonía muy familiar. Era la *Para Elisa* de Beethoven ¡Menudo imbécil estaba hecho! —pensé—, y abrí la puerta de inmediato esperando encontrármelo de frente para escupirle por lo menos. Pero cuando lo hice ya no estaba, solo había una bandeja con una cajita de música de donde salía aquella música, un plato de sopa caliente y un libro viejo.

¿Qué libro? —preguntó Laura intrigada.

Moby Dick, ¡como no! Mucho más tarde supe que era uno de sus libros

preferidos. Como había estado todo el día durmiendo, me pasé toda la noche leyéndolo. Recuerdo que tenía las páginas de pergamino, y de vez en cuando paraba la lectura para meter la nariz entre ellas y olerlo: ¡olía a él! Mientras leía creí entender lo que me quería decir... no había maldad alguna en sus actos, no era como el capitán Ahab que es capaz de llevar a sus hombres a perder la vida por una obsesión. Si no todo lo contrario, había tomado la decisión necesaria para defender su barco y la gente que había en él. De nuevo me intentaba mostrar quién era él en realidad.

Capítulo IX: Don perfecto

Después de aquél incidente, volvió a instaurarse la rutina entre nosotros. En esos días me gustaba trabajar en la cubierta principal, cerca de las escalinatas. Desde ese punto tenía buena perspectiva del puente, y si no había mucho sol, podía ver a Mark en su interior. Una tarde, uno de los chicos más jóvenes que trabajaba con nosotros salió corriendo escalera arriba diciendo que quería hablar con el capitán. Vi cómo entraba en el puente y se dirigía

enseguida hacia él. Este se puso a escuchar con atención al muchacho, dejando lo que estaba haciendo para otro momento. Entonces, me hice un poco a la idea de que ser capitán en este barco debía resultar realmente agotador: cuando no era una alerta técnica, era una emergencia personal.

De pronto Mark dibujó una gran sonrisa en sus labios, y le dio un fuerte abrazo al chaval. Debía de ser una muy buena noticia, ya que nunca le había visto celebrar algo con su gente de esa manera. Y así era. Edwin, que así se llamaba el chico, acababa de informarle de que había sido padre hacía tan solo unas pocas horas. Su hijo se había adelantado casi un mes, y le pedía como

favor especial al capitán unos días para estar con su mujer en casa. Ya que no había podido presenciar el nacimiento de su primer hijo, quería al menos ver la cara a la criatura.

Aquello que pedía Edwin no era tan sencillo: resultaba que su contrato era por temporada, y técnicamente debía seguir con nosotros hasta el final de la travesía. Mark hacía muy poco que había dejado Amberes, así que no teníamos previsto volver a pisar puerto hasta llegar a Cartagena, en mi querida España. ¿Iba a tomarse la molestia de pedir amarre en el puerto más cercano solo para dejar ir a aquel muchacho que acababa de ser padre? Aquello costaría

un dineral, y Mark no podía permitírselo. Además, eso le obligaría a quedarse con un hombre menos. Y aquello sí que no entraba en sus cálculos. Sabía por experiencia que en el *Zanzibar II* iban muy, pero que muy cortos de personal, por eso en parte me había ofrecido a ayudar en las faenas del barco. Así que lo vieras por donde lo vieras, el permiso de Edwin iba a resultar muy caro para el capitán ¡Sin embargo, a él no le costó mucho decidirse! En ese momento estábamos bordeando Reino Unido, así que Peppe le aconsejó a Mark que Dover sería el puerto más indicado para fondear y que fueran a por el chico en una zodiac. Y dicho y hecho, hacia allí nos dirigíamos,

cambiando inmediatamente de rumbo.

Esa noche, después de celebrar la enhorabuena con cerveza a falta de champán, Peppe me confesó que en los días venideros iban a pasarlo bastante mal. Edwin era un gran chico, de los que daba gusto ver trabajar, y el resto del grupo lo iba a echar en falta.

—Tenemos un capitán demasiado blando para ciertos temas, me temo —decía Peppe lamentándose—. ¡Pero él ya sabe de qué pie cojea!

—¿Qué quieres decir con eso? —le pregunté enseguida, sabiendo que estaba impaciente por explicarse.

—Sabe que su decisión se hará notar de inmediato aquí abajo, pero dice que

él mismo ocupará el puesto de Edwin si hace falta...

¿Que Mark se pondrá a trabajar aquí abajo como uno más? –le pregunté desconfiando de sus palabras, ya que hasta entonces solo lo había visto bien calentito en el puente o arreglando chismes, pero nunca en las faenas más sucias.

Como uno más no, ¡como el mejor! –exclamó Peppe mientras se le iluminaba el rostro al decirlo.

Pero hasta que no lo vi en cubierta en plena descarga, manipulando las redes y moviéndose con sus muchachos como si fuera otro el capitán, no me lo creí. La verdad es que hasta yo misma me quedé impresionada de su buen hacer, y

también en ese aspecto me había equivocado al enjuiciarlo. Pensaba que no sabría ni utilizar una caña, y ahí estaba, manejando la grúa de arrastre como si lo estuviese haciendo todos los días.

Para Peppe, sin embargo, aquella escena era una diversión más. Bajo su humilde opinión, él no habría dejado irse al muchacho. Aunque claro, ¡eso decía él! Lo que no podía negar era que estaba inflado de orgullo por ver a Mark cumpliendo su promesa, y todo para no ver resentido al grupo. Más que nunca estaba demostrando ser un verdadero capitán en la mar, y por eso le respetaban tanto él como el resto de la

tripulación.

No muchos mandos consienten en trabajar con su equipo en determinadas circunstancias —añadió Laura por experiencia.

Pero estar en dos sitios a la vez le estaba pasando factura. Aunque todas las mañanas me dedicaba un brioso «¡buenos días, Moreno!», y se tocaba la visera de su gorra a modo de saludo, también lo veía resentirse del brazo derecho mientras subía al puente al atardecer, terminada ya su jornada de pesca. Así que una noche de esa misma semana, cuando terminamos Igor y yo con el turno de cenas, me subí al puente con un café bien caliente y un antiinflamatorio.

¿ Para mí? –me preguntó cuando coloqué la taza enfrente de él y dejé la pastilla al lado.

Un solo sin azúcar y un antiinflamatorio para ese brazo... –dije sentándome delante del ordenador donde iba a trabajar. Esa era mi excusa para estar allí a esas horas.

¡Muchas gracias! –exclamó realmente agradecido. Pero no le extrañó que me hubiese dado cuenta de que le dolía brazo, simplemente se tomó la medicina. Con aquel pequeño gesto me había delatado, ahora yo tampoco le quitaba ojo de encima.

En la pantalla donde me disponía a continuar con la presentación de mi tesis

estaban abiertas una carta náutica y un par de aplicaciones más, así que antes de empezar pedí permiso para minimizar todo aquello.

¿Puedo?

Mark me miró y después negó con la cabeza.

¡Oh, venga ya! –le grité disgustada.

Después de unos segundos meditándolo, se dio impulso con ayuda de sus pies, haciendo rodar la silla de ruedas en la que estaba sentado para ponerse justo a mi lado. Una vez allí, apoyó sus largos brazos en la mesa para alcanzar el teclado, obligándome a retirar los míos.

Ya decía yo... –murmuró mientras cliqueaba cerrándolo todo. Y volví a

celebrar el simple hecho de tenerlo tan sumamente cerca.

Al ver que me estaba haciendo caso, y que me iba a dejar el ordenador para poder trabajar, saqué de mi bolsa unos cascos además del USB.

¿Es que voy a necesitar también unos tapones? –preguntó apartándose de mí como si fuera una apestosa.

Le saqué la lengua y me hice dueña del teclado mientras él volvía a ocupar su puesto. Principalmente buscaba artículos que tuviesen relación con mi trabajo para poder después contrastar datos. Sonaba *What'd I Say* por los auriculares, y estaba tan inmersa en la música que no me daba cuenta de que

Mark estaba viendo desde su silla todo lo que hacía. De pronto, cansado de ver cómo tardaba más de media hora en hacer un gráfico, movió de nuevo su silla hasta pegarla a la mía. Sin embargo, esta vez solo me di cuenta de que estaba a mi lado cuando noté su mano quitándome el ratón.

¡Lo siento! –Pude oír cuando me quité la música de los oídos de un tirón de cables—. Te he estado llamando un par de veces pero ni te has enterado. Tienes la música demasiado alta. ¡Eso no es bueno! –Y mientras me sermoneaba no dirigió su mirada hacia mí, sino a la pantalla. No podía salir de mi asombro. ¿Pero qué hacía allí? ¿Es que se había pensado mejor lo de dejarme el

ordenador? ¡Pues vaya manera más sutil de quitármelo! Me aparté un poco, y cogiendo mis apuntes, hice ademán de levantarme, pero él me sentó de nuevo, tirando de mi brazo hacia abajo.

¿Y ahora qué pasa? –pregunté sin entender qué quería.

Pues pasa que te voy a explicar un par de trucos que te servirán para lo que estás haciendo, pero para eso necesito toda tu atención, ¡así que fuera esa música! –Y así empezó su crítica constructiva, por decirlo de algún modo.

Primero habló de mis gráficos, que eran simples y aburridos. ¡Por no hablar del tiempo que tardaba en hacerlos! Me removí en la silla, haciendo notable mi

malestar ante aquellos comentarios. Entonces Mark cogió el monitor y, girándolo un poco más hacia mí, me dijo para arreglarlo:

Pero sé que aprendes deprisa, así que atenta, Moreno. –En un instante tenía tablas de todos los datos que había ido recogiendo: salinidad, ph, temperatura... y como si fuera un truco de magia que yo fuera incapaz de descubrir, hizo con ellos todo tipo de gráficos: en colores, tridimensionales, con animación.

Muy bonito –le dije para que dejara de chulearse delante de mí. Yo también sabía algo de ofimática y no me iba pavoneando por ahí.

Luego se metió con el diseño de mis

diapositivas. Decía que debía remarcar mejor las ideas principales, dejando lo secundario para otro momento. Más tarde le tocó al tipo de letra, después a las imágenes que había insertado... ¡En fin! Ahí estaba en escena el perfeccionista Marcus Ryan. Cambiándomelo todo de pies a cabeza. Finalmente, lo único que recordaba esa presentación a la anterior eran el título y mi nombre. Era tan escrupuloso que tras leer el primer borrador de mi tesis, modificó en el texto expresiones que sonaran mejor o fueran más comunes. Borraba párrafos completos delante de mis ojos y los volvía a reescribir dándole un nuevo matiz con una

facilidad pasmosa. Le faltó ponerme una D en rojo y mandarme para la repesca de septiembre.

Yo no sabía qué decir, por una parte estaba agradecida por su ayuda, pero por otra su minuciosidad me estaba enervando un poco. En realidad, ¿me había preguntado si quería hacer todo eso con mi trabajo? Sin darme cuenta me puse a mover nerviosa la pierna debajo de la mesa, mientras él seguía con su curso avanzado de informática y gramática inglesa, tardando menos de una hora en rehacer lo que yo llevaba meses componiendo... Ahora entendía a Liam cuando dijo que todos sus amigos le odiaban en la universidad.

Quieres parar de hacer eso con la

pierna; ¡me estás poniendo nervioso! – terminó diciendo poniendo su mano en mi rodilla. Aquella frase me hizo saltar finalmente de mi asiento.

¿Que yo te estoy poniendo nervioso? ¿Y tú a mí qué? ¿Es que te crees don perfecto? ¡Déjame trabajar en paz! – Pensándolo fríamente, yo me hubiese mandado a la mierda en ese mismo momento. ¡De verdad! Y es que era ya de madrugada, se suponía que Mark estaría toda la noche en el puente y por la mañana se iría a trabajar en la cubierta de nuevo. Lo lógico era pensar que habría dormido algo por la tarde, pero yo a esas horas lo había visto hablar por el teléfono vía satélite con su

abogado mientras paseaba de proa a popa, como siempre. Revisando la cubierta mientras hablaba. Lo que vengo a decir con todo esto es que estaba tremendamente agotado, además la pastilla que le había dado le estaba dando sueño, y sin embargo seguía ahí conmigo. Con los ojos rojos, la espalda hecha polvo, pero sin quejarse lo más mínimo. Él se había dado cuenta desde el primer momento que yo no paraba de mover la pierna, pero con la paciencia del santo Job, no había dicho nada hasta que le había sido imposible. Y yo ahora le soltaba todo eso de que era don perfecto... ¿A que tú también me hubiese mandado a freír espárragos?

Laura asintió sin dudarlo, y ambas

sonrieron después.

¿Pero sabes lo que hizo él? Mirarme a los ojos, ladear la cabeza e inspirar. Después, tras tres segundos mentales, dijo mientras espiraba:

De acuerdo, Moreno. Su turno. ¡Demuéstrame lo que ha aprendido! –Y me devolvió el teclado. Estuvo allí media hora más. Yo estaba tan abochornada por lo que acababa de decirle que no daba pie con bola. Se notaba por el tono de su voz que le había sentado mal lo que le había dicho, pero no había sido mi intención, y ahora no sabía cómo resolverlo. Me puse a seguir cambiando cosas siguiendo el patrón que él me había dado, pero en sus manos

todo parecía ser más fácil, y se hacía casi solo. Al principio me fue corrigiendo algunos detalles que todavía pasaba por alto, pero poco después no tuvo nada más que añadir, así que se acomodó en su silla viéndome trabajar. Al final, solo me miraba a mí en lugar de a la pantalla...

De pronto saltó una alarma de avería en la sala de máquinas, ¿cómo no? Mark tuvo que irse a ver qué era lo que pasaba, pero antes de que se marchara del puente fue mi oportunidad para disculparme y agradecerle su ayuda:

Mark, perdóname si te he molestado antes, no quería decir lo que he dicho. En realidad te agradezco mucho lo que has hecho, mi trabajo ha mejorado

muchísimo gracias a ti. De verdad. Se van a dar cuenta de que me han ayudado a hacer los deberes... –rio quedamente al oírme decir eso, ahora el marcador estaba empate. Así que utilizando mis propias palabras, dijo:

¡Al menos hay algo que hago bien! – Disfrutaba devolviéndomelas, una a una. Y cuando parecía que ya se iba a marchar, se acordó de algo más y añadió–: Y acuérdate de escribir bien mi nombre en los agradecimientos...

Capítulo X: La tormenta

Elisa iba a añadir algo más cuando se oyó un estruendo en la cafetería donde se encontraban. El camarero empezaba a tener faena de verdad, y con las prisas, se le había caído una bandeja llena de copas de gin-tonic. Laura miró su reloj, quedaba menos de media hora para terminar la entrevista, y todavía le quedaba mucho de que hablar. ¡Debía aligerar más con las preguntas!

Una cosa más que me gustaría saber: en todo el tiempo que has estado

trabajando en los barcos, ¿no has sentido miedo? No sé, se oyen tantas cosas: secuestros de atuneros como el *Alakrana*, o esas tormentas del norte que ponen en serio peligro a todos los pescadores... ¿Has pasado por algo parecido?

Una vez un viejo pescador me dijo que eso era como el que coge un avión y no para de pensar en lo que le puede pasar, pero al final se muere en su casa de un resbalón en la bañera. ¡Por supuesto que hay peligros en la mar! Pero si no hay riesgo, no hay recompensa. Y sin embargo, no pienses que los capitanes se hacen los valientes. Suya es toda la responsabilidad si su barco se hunde, o si le pasa algo a la

tripulación. A pesar de la mala fama que tienen últimamente, son la mar de meticulosos en cuanto a prevenir accidentes que pongan en peligro la seguridad en el barco. Así que lo miden todo antes de dar un solo movimiento en falso, y en el caso de Mark, lo medía como tres veces o más. Pero sí, con tantos años navegando ves de todo un poco: pequeños incidentes con las artes de pesca, cortes bastante feos. Un par de veces he sido testigo de la actuación de Salvamento Marítimo, cada vez más importante en estos días por desgracia. Pero supongo que la situación en la que pasé más miedo fue casualmente en el *Zanzíbar*. ¡Mira por dónde, volvemos a

mi barco favorito!

Pues volvamos hasta allí entonces, por favor... –añadió Laura.

Era el cumpleaños de Guiseppe. Cumplía sesenta y tres años, aunque él no paraba de decir que eran treinta y seis. Y pidiéndole permiso al capitán, decidió hacer él mismo una cena especial italiana, con postre casero y todo. Pasamos toda la tarde sin salir de la cocina, él cantando *Si è spento il sole* y cocinando; mientras yo, más que ayudarle, le observaba maravillada cómo hacía pasta fresca. Me confesó entre chascarillos aquel día que solo había tenido tres pasiones en su vida: la mar, la comida y las mujeres. Desde niño supo que si quería disfrutar de

ellas, tendría que aprender a manejarlas. Por eso, ya desde los siete años se metía con su abuela a cocinar; con apenas catorce se hizo marinero, pero a pesar de dos matrimonios y tres hijas, reía, las mujeres seguían siendo un verdadero rompecabezas para él.

Estábamos de cháchara, como siempre, mientras afuera el viento se hacía cada vez más violento: en menos de diez minutos habíamos pasado de treinta a cuarenta y dos nudos, pero eso sólo lo habían notado en el puente y la cubierta. Abajo seguíamos absortos en los preparativos de la fiesta, sin saber nada del temporal que se nos acercaba. De repente, notamos como el suelo se

levantó bajo nuestros pies, casi haciéndonos caer a los dos, para después volver a bajar de un golpe seco. Se oyó un crujir por todo el barco, como un lamento sordo de metal. Toda la cacharrería que había colgada: sartenes, cacerolas, incluso algunos vasos, cayeron al suelo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté de inmediato a Peppe bastante asustada. Una ola, me dijo con la mirada perdida en el techo de la cocina. La primera ola que Mark no había podido esquivar, de un mar que se había embravecido demasiado, haciéndole perder el control en el mando. Sabía que algo grave pasaba porque nunca antes había visto así a Peppe. En guardia, como un perro

de caza. Yo iba a empezar a recoger todo aquel desastre cuando me dijo que lo dejara, y sin más explicaciones, me mandó a mi camarote con un chaleco salvavidas que sacó de debajo de los asientos del comedor.

¿Pero puedo ayudaros en algo? – pregunté muy inocente al ver a la poca tripulación que quedaba en sus camarotes subir rápidamente. Peppe me cogió del brazo con fuerza por toda respuesta, llevándome casi en volandas al otro extremo del barco. De repente, otro azote del mar volvió a desestabilizarnos, y algunos cacharros de la cocina que todavía quedaban colgados terminaron por caer al suelo a

nuestras espaldas.

¡Esto no es nada, hija mia! Será una tormenta pasajera, pero tú no salgas de tu camarote hasta que yo te lo diga. Hazme ese favor. –Peppe me llevaba a toda prisa por el pasillo, por algunas ventanas de los camarotes podía ver la espuma de mar brillando sobre el cielo negro, pero poco más.

Cuando cerró la puerta de mi camarote me quedé inmóvil, como un ratón en su ratonera, ¡nunca mejor dicho! Al no tener ventanas, no podía saber nada del mundo exterior, solo los sonidos que me llegaban de fuera. Oía a Mark dando instrucciones con ese potente chorro de voz que tenía, y a Peppe discutir con él una vez que llegó

al puente y se quedaron solos. Escuché el arrastrar de cuerdas en cubierta, y los golpes metálicos de la grúa de pesca en la popa. La tripulación corriendo de un lado a otro, y el crujir de un barco viejo que no sabe muy bien si podrá salir sano y salvo de esta... Pero sobre todo oía la rabia del mar contra nosotros, haciendo que me temblaran las rodillas como si fueran gelatina. Un enérgico vaivén me hacía pensar que íbamos a la deriva, a veces no había tecnología suficiente para luchar contra los elementos ¿Llegaríamos a chocar contra las rocas de la costa? No. Estábamos bastante alejados de la orilla, precisamente por eso nunca antes había pasado por una

tormenta así... estaba aterrada porque en mi mente todo era aún más caótico todavía. ¡Si al menos pudiese ver lo que pasaba! Oí un golpe muy fuerte de algo estrellarse contra la cubierta, gritos, y se fue la luz, quedándome a oscuras de repente. Aquello ya fue imposible de aguantar para mí. ¡Me sentía tan inútil por no poder ayudarlos! Pero tenía que ser realista, cualquiera de ellos tenía más fuerza y experiencia que yo. Con el golpe de la primera ola caería al suelo enseguida, siendo otro problema más a resolver para el resto.

El tiempo a oscuras pasó muy lento. Seguí oyendo a Mark hablar, su voz se oía justo encima de donde yo estaba. Sabía que él sabría sacarnos de aquello

sin problemas, pero las dudas empezaron a surgir y al final no pude evitarlo, abrí la puerta de mi camarote. El pasillo solo estaba iluminado por las luces de emergencia, dando un aspecto aún más tétrico al interior del barco. Caminé con dificultad hacia la salida, solo quería preguntar si podía serles de ayuda en algo y saciar mi curiosidad, ver la magnitud de a lo que nos estábamos enfrentando. Si iba a morir, no quería que fuera sola y a oscuras... Ya estaba a unos pasos de la puerta cuando esta se abrió repentinamente, entrando Mark casi empujado por la fuerza del viento. Cerró enseguida y se sacudió el agua como un perro,

echándose el pelo para atrás con las manos.

¿Ibas a salir? –me dijo dibujando una sonrisa al verme enfundada con mi chaleco salvavidas. Estaba totalmente calado, le goteaba hasta la nariz. Pero a pesar de ello le hubiese abrazado para quitarme el miedo del cuerpo.

Se fue la luz, me quedé a oscuras, y yo.... – acerté a decir entre balbuceos.

¿No me dirás ahora que tienes miedo a la oscuridad, verdad, Moreno? –A Mark le parecía muy gracioso verme tan asustada—. Ven conmigo, puedes quedarte en mi cuarto si quieres. Allí al menos hay un poco más de luz... – Fuimos hacia su camarote, al final del pasillo. Yo nunca había estado antes en

él, así que cuando lo abrió no pude evitar sentirme un poco abrumada. Era enorme comparado con el mío. Aparte de la cama, que parecía de matrimonio, tenía doble ojo de buey, una buena mesa de escritorio donde había una lámpara encendida, armarios, una pequeña cómoda con cajones y ¡hasta un cuarto de baño para él solo! Era una pena que apenas estuviese allí durante el día.

Me pegué al cristal de la ventana para ver lo que había en el exterior mientras él se cambiaba de camiseta y calzado, pero al haber luz en el interior, no se veía nada salvo nuestro reflejo. Así fue como lo descubrí secándose con una toalla el pelo, la cara y los brazos.

Seguramente iba a entrar a comprobar el estado del cuadro eléctrico, por eso necesitaba estar totalmente seco. Me fijé entonces en el tatuaje, pero antes de que él se diera cuenta aparté la mirada enseguida, no podía evitar sentirme un poco incómoda al ser testigo de aquella escena. Para mí no dejaba de ser interesante a pesar de estar en medio de una tormenta. Mark, reparando de repente en mi presencia, me dijo para no hacerme sentir más violenta en su camarote:

Voy a ver si puedo devolver la luz y averiguar por qué han saltado todas las alarmas. Pero si empiezas a oler a pollo chamuscado, ¡le dices a Peppe que se quede con “su” barco! –Al terminar esa

frase me cerró la puerta en las narices: era su manera de decirme que no intentase salir de nuevo.

Me senté en su cama para poder mirar mejor hacia fuera, tapando la luz del interior con mis manos: era una borrasca increíble lo que teníamos encima. Después, cansada de no ver nada, me levanté de un salto y me puse a husmear en su habitación. Era una oportunidad excelente para saber algo más de Mark. Sonreí al ver la ropa que había colgada en perchas, perfectamente planchada. Me sorprendió el buen olor de sus toallas, ¿olían a naranjas? Abri todos los libros que había en una de las estanterías, la mayoría de *Patrick*

O'brian... y solo al final de mi pequeña investigación me di cuenta de varias fotos colgadas que había junto a la cabecera de la cama. Una de ellas con un par de niñas riéndose aún más pelirrojas que Mark ¿Sus hijas? Pensaba que ni siquiera estaba casado... aunque claro, nadie me había dicho lo contrario. Quizás había dado demasiadas cosas por supuesto.

- Qué tonta eres, Elisa... –me dije en voz alta mirando de nuevo la foto de las niñas y pensando en aquél ave fénix dibujado en su brazo derecho, ¿qué significaría para él?

Volví a sentarme en su cama de puro aburrimiento. Las sábanas estaban bastante revueltas, algo que no me

habría esperado de Mark. Siendo tan meticuloso, me lo imaginaba cada mañana estirando la colcha antes de irse.

Todavía nadie había bajado para darme alguna noticia de lo que estaba pasando ahí fuera, ni siquiera oía gente por el pasillo, aunque poco a poco parecía aminorar el balanceo. La última vez que miré el reloj eran las tres de la madrugada, y al final de puro cansancio, decidí tumbarme:

—¡Oh, Dios! Un colchón de verdad...
—exclamé de pura satisfacción. La almohada sobre la que apoyé mi cabeza olía a Mark. Reconocí el mismo perfume que había olido antes en Amberes, y

supongo que gracias a eso los párpados empezaron a pesarme cada vez más. Me dormí al instante, soñé que al rato Mark entraba para decirme que ya podía volver a mi cuarto, pero al verme con los ojos cerrados se quedaba mirándome mientras me acariciaba el pelo...

A la mañana siguiente me despertó un intenso olor a café. Alguien había dejado una bandeja en la mesa del capitán con el desayuno. Lo primero que hice al incorporarme fue mirar hacia fuera: la mar estaba en sorprendente calma. No había ni un atisbo de la furia de ayer. El sol brillaba en todo lo alto, así que debía ser cerca del mediodía, ¿cómo había podido dormir tanto? ¿Por qué no me habían despertado?

Seguramente estar tumbada en un colchón que no fuera de espuma me había ayudado bastante a dormir de un tirón. Me dirigí hambrienta hacia la bandeja del desayuno. Junto al café había un gran trozo de la tarta de Guiseppe que no pudimos comernos ayer noche. “*Buon giorno capitana*”, se podía leer en una nota ¡Quién si no Peppe habría tenido ese detalle conmigo! Después de engullirlo todo con bastante apetito, (al final nos habíamos quedado todos sin cenar anoche), dejé la bandeja en la cocina. Allí todo estaba como antes de la tormenta: los cacharros en su sitio y el suelo limpio de cristales. Fue al subí a

cubierta cuando comprendí por qué no me habían despertado antes, todo estaba hecho un desastre... como si le hubiese pasado un ciclón por encima. Cuando pisabas el suelo era una mezcla de arena, algas y trozos de madera. Una de las patas de la grúa de arrastre se había vencido y había mellado el suelo. Se estaban contando ya los daños más serios en la chapa del forro exterior, y todo era un ir y venir de gente intentando organizar un poco aquel caos de cuerdas, trozos de metal, algas, agua y barro.

—¡Por fin, nuestra bella durmiente! — bromeó Mark nada más verme entrar en el puente de mando. Allí también había un concierto desenfrenado de luces y

pitidos que nunca había presenciado antes. El hecho de que Mark estuviera de buen humor a pesar de la imagen que se veía desde allí de su propio barco no sabía si era bueno o malo. Hablaba por radio, pero cada vez que hacía el cambio y corto, volvía a nuestra conversación.

—Espero que haya dormido bien... ¡*milady!* —siguió con la sorna cuando ya estaba a su lado. Tenía un plano en su mesa del barco, había tachado en rojo todo lo que estaba mal, y había tal número de cruces rojas que aquello parecía un cementerio.

Muy bien, gracias ¡Cuando quieras cambiamos el camarote! —respondí con

su mismo sentido del humor. Entonces el que se rio fue Peppe, que estaba justamente detrás de nosotros escribiendo en el ordenador.

Está bien, Moreno. Ya que estás aquí, necesito que escribas un par de correos... —dijo Mark volviendo a la seriedad a la que me tenía acostumbrada—. Tienes que decirle a tu gente lo que ha pasado, y que pasaremos unos cuantos días en el astillero de Cork, ¿de acuerdo?

¿En Cork? —Menudo desastre, habíamos trazado una diagonal perfecta en tan solo una noche. Teníamos que haber bordeado ya el puerto de Brest, en Francia, ¡nos habíamos alejado muchísimo!

Todavía estoy calculando los daños, así que no te puedo decir cuánto tiempo estaremos allí. En cuanto lo sepa, te lo haré saber. —Mientras me daba aquellas órdenes me fijé en su aspecto cansado. Los ojos vidriosos, el pelo alborotado y la ropa arrugada... Esto había sido un verdadero mazazo para él, aunque intentase aparentar ese buen estado de ánimo. Me fui al ordenador, y Peppe me dejó asiento. Su aspecto no era mucho mejor. Noté tan forzada su sonrisa que me hubiese gustado estar a solas para poder preguntarle cómo estaba con cierta libertad. Pero no pudo ser... sin embargo, antes de marcharse, le preguntó a Mark qué iba a hacer

conmigo.

¿Conmigo? ¿Por qué? –pregunté ingenua. Peppe se refería a dónde iba a estar esos días. La mayoría de los chicos se iban a una residencia de pescadores, incluso Peppe se iba a casa de una hija suya que vivía a las afueras de Dublín. Pero ¿y yo? Hasta que no supieran si esto estaba más muerto que vivo, me debían buscar un sitio donde dormir.

Se quedará en casa de mi hermana. ¡No creo que a ella le importe! –dijo Mark mirándome un rato, sin disimular cierta tristeza en sus ojos. Cuando decía «ella», se refería a su hermana, no a mí. Mi opinión, al parecer, no importaba.

Yo estaba pensando en que viniese

conmigo; mi hija tiene siempre camas libres –replicó Peppe, entendiendo que era un compromiso para el capitán.

¡Esperad un momento los dos, por favor! También me puedo ir a un hotel, si solo son un par de días... –añadí un poco molesta porque ninguno de los dos preguntase mi opinión. En la mente de ambos había una sombra gris de preocupación. Yo no entendía la magnitud de lo que había ocasionado este accidente, pero por sus rostros comprendí que sería un milagro arreglar todo aquello en tan solo un par de días.

La noche pasada, contra todo pronóstico meteorológico, nuestro *Zanzibar II* se había visto atrapado en

medio de la mayor tormenta que jamás había visto toda su tripulación. Y todavía debían agradecer, le había recordado Peppe al capitán, que no hubiese más que daños materiales. Se persignó tras decir aquello y se fue, dejándonos solos.

¿Y qué pasó entonces? –interrumpió Laura, animando a Elisa a seguir con la historia hasta el final. Elisa miró por primera vez el reloj, ¡dos horas se le habían pasado en un segundo!

Yo estaba dispuesta a irme a un hotel, dijera Mark lo que dijera. Escribí primero a Charlotte, y después a mi hermana, ya que estaba segura de que ella leía su correo a diario. En ellos adjuntaba fotos de cómo había quedado

el barco, un milagro que nadie tuviese heridas de importancia. Como mucho, algún morado que otro, pero poco más. Ya en tierra, tenía pensado llamar a mis padres: mi madre agradecería mucho más oír mi voz que miles de fotos ¡Así son las madres! Recuerdo que delante del ordenador, mientras escribía a Charlotte, pensé que debía ser franca en lo referente a Mark. Nuestros principios no habían sido buenos, pero con el paso del tiempo se había ido portando mucho mejor conmigo. Así que no iba a ser yo quien manchara su expediente. Adjunté como ejemplo de mis palabras el borrador que tenía para mi tesis, si alguna vez me doctoraba, en parte sería

gracias a él. Pensé muy bien qué escribir mientras le miraba trabajar a escasos metros, estaba tan absorto en lo que hacía que se había olvidado completamente de mi presencia. Yo creo que hasta de la suya misma...

“He de señalar la maravillosa actuación por parte de la tripulación de este barco, en especial de su capitán, para que hoy pueda escribir con alegría que no debemos lamentar más daños. Sé, aunque nadie todavía es capaz de afirmarlo, que este accidente ha supuesto un fuerte revés para todos. Posiblemente si no hubiese sido una nave tan vieja, habría logrado salir

de la tormenta de ayer con mejores resultados. Pero ya sabes que el Zanzíbar era un paciente crónico con la mejor asistencia sanitaria, y en eso me gustaría hacer hincapié hoy, ya que no sé cuándo volveré a escribirte.

Charlotte, sé que ambas nos llevamos una muy mala impresión de Mark Ryan desde el primer día que supimos de su existencia. Su fuerte carácter no deja oportunidad a la diplomacia. Pero llevo el tiempo suficiente trabajando con él como para poder afirmar sin lugar a dudas que estábamos equivocadas. Es una persona entregada al trabajo y a su

equipo: él es el primero que en estos momentos finge un buen estado de ánimo para no desmoralizar aún más a su personal. Se ha ofrecido a alojarme en casa de su hermana, y ayer mismo se aseguró bien de que estuviera lo más cómoda y segura posible. No puede evitar sentirse responsable de todos nosotros como del futuro de este barco, y seguramente se lamenta de todo lo ocurrido ayer, como si hubiese habido alguna manera de poder evitarlo.

Con este pequeño discurso intento explicar que, a pesar de cómo termine esta aventura en el Zanzíbar II, deberíamos considerar la

profesionalidad de su capitán para próximas investigaciones...”

Cuando terminé de escribir, Mark seguía hablando por radio, mesándose los cabellos con desesperación. Ya estábamos cerca de la costa, así que pronto hasta mi móvil volvería a estar operativo. Mark repetía a una tal Susan que el AIS estaba fuera de servicio, y con esa templanza que le caracterizaba, respondía a sus preguntas con una exquisita educación. Él le intentaba explicar que todos los sistemas de navegación se habían ido al garete, mientras ella insistía que no podían navegar a ciegas. En medio de aquel

diálogo de besugos, no sabía si interrumpir o no, así que comencé a caminar hacia la salida cuando él me chistó y me hizo stop con la mano para decirme que recogiera mis cosas. Estaríamos en tierra en menos de una hora.

¡Capitán, yo me voy a un hotel! Es lo mejor para todos... –le dije a pesar de que seguía oyendo a Susan protestar por el altavoz. Pensaba que me dejaría marchar, sin embargo, me dijo mirándome a los ojos:

Quédate conmigo... –Y dejando unos segundos aquella frase en el aire, volvió como si nada a su conversación por radio.

Mientras me dirigía a mi camarote no

sabía qué pensar después de haber oído a Mark decirme aquello. Siempre me surgía la misma duda, ¿lo había entendido bien? Nunca me dejaba de sorprender, pero esta vez no me lo esperaba en absoluto. Tenía la idea preconcebida de que él era de ese tipo de hombres que son incapaces de reconocer que necesitan a alguien aparte de a ellos mismos, pero estaba claro que la equivocada era yo otra vez. Todos los hombres tienen su lado sensible, solo que algunos eligen muy bien a quién mostrárselo.

Aunque llegamos sobre las cuatro a Cork, tardamos dos horas más en salir del barco. Todo eran preguntas para

Mark, gente que quería hablar con él, papeles por firmar. Yo me mantuve al margen, pero de vez en cuando él me miraba para comprobar que no me había ido, y entonces se disculpaba por hacerme esperar. Peppe me sorprendió con un soberano abrazo a la hora de despedirse, levantándome en peso y todo, por si no nos volvíamos a ver. Entonces fue cuando le aparté de la salida y, mirando a mi alrededor, le pregunté en italiano si el barco se podía arreglar. Peppe cogió mi mano antes de responder, y jugando con ella entre sus enormes dedos me confesó que, aunque se pudiera arreglar todo, el coste iba a ser altísimo. Acababan de averiguar que una de las bodegas congeladoras se

había estropeado con la pérdida de corriente, de modo que dos toneladas de pescado estaban perdidas.

Mark está en la ruina, Elisa... – Aquello me dejó helada. Él apretó entonces fuerte mi mano entre las suyas y continuó diciendo–: Tienes que prometerme que estarás con él. Hay que evitar que se desanime, ¿de acuerdo, mi niña? Estoy seguro que él no te lo habrá dicho claramente, pero eres lo único bueno que le ha sucedido en mucho tiempo.... –En ese momento apareció Mark y Peppe simplemente volvió a abrazarme por última vez, antes de despedirse de mi definitivamente.

Capítulo XI: Cork

Cuando Mark apareció por fin con su moto y me ayudó a ponerme el casco, no tenía fuerzas ni para decir vámonos. Así que entendí rápidamente el mensaje y dejé que el silencio hablara por los dos. La casa de la hermana de Mark estaba a las afueras de la ciudad, con lo cual todavía teníamos un buen trecho por delante. Estaba oscureciendo y hacía frío, me abroché bien la chaqueta para poder evitar la muerte por congelamiento, aunque nada más

arrancar la moto supe que de nada serviría. Mark volvía a las andadas, pasamos de cero a cien en cuestión de segundos, pero tampoco entonces le dije nada. El recuerdo que tengo de esa salida de Cork es muy triste, un extraño sabor amargo acudió a mi boca mientras dejábamos atrás el barco, los problemas y el resto de la tripulación –Elisa dejó de hablar unos segundos, las lágrimas cubrieron sus ojos de repente.

–Elisa... –dijo Laura ofreciéndole un pañuelo y algo de consuelo.

–¡Gracias! Perdona, menuda tonta soy, ¿verdad? Debe ser por el embarazo, últimamente lloro por todo –dijo secándose las lágrimas.

–Oh, no te preocupes. Te voy a ser

sincera, Elisa. Y por favor, no quiero que te enfades, o que pienses que te he engañado, ¿vale? Verás yo... estoy pensando en escribir una novela. La verdad es que es un sueño que he tenido toda la vida, supongo que desde que empecé a estudiar periodismo, pero no sé si realmente podré llegar a hacer algo que merezca la pena. En fin, no te quiero molestar con mis problemas, solo te intento decir que me encantaría poder basar mi novela en tus experiencias. Si me das tu permiso, ¡claro! Desde que me he sentado aquí, no he parado de envidiarte, ¡y no lo digo por estar casada por el hombre más guapo del mundo! —exclamó Laura medio en broma

medio en serio, pero consiguiendo hacer reír a Elisa—. Lo digo porque yo no sé nada de electrónica, ni nunca voy a cocinar una paella en un barco, ni a sufrir sobre mi cabeza el desastre de una tormenta... Elisa, como una vez le dijiste a Mark, no eres como el resto de las mujeres. Eres muy especial, ¿te lo han dicho alguna vez? No todos tenemos el mismo coraje que tuviste tú para hacer la maleta e irte a pescar salmones en Alaska. Por eso, desde que te conocí he pensado en escribir tu historia, pero necesito más que nunca tu cooperación. Hasta ahora no has tenido problemas en hablarme francamente de todo lo que sentías en esos momentos tan señalados de tu vida, y me gustaría que continuases

así. Por muy personal que te parezca, los sentimientos son universales, y son los que escriben nuestras vidas. Así que, aunque te cueste un poco, ayúdame a saber cómo termina todo esto. ¡Tiene que haber un final feliz! –Laura había estado tanto tiempo escuchando a la sincera Elisa que cada vez le parecía más deshonesto no contarle sus verdaderas intenciones. Hubo un silencio incómodo entre ellas, finalmente Elisa respondió:

No sé por qué me lo imaginaba...

Prometo no escribir con nombres reales, ni nada que te comprometa. Si llegase a publicarlo, te haría llegar un ejemplar antes para que me dieras tu

opinión. ¿Qué me dices? Tú tendrías siempre la última palabra.

Elisa inspiró hondo mientras pensaba. Finalmente añadió con una sonrisa:

Sería un estupendo regalo de cumpleaños para Mark, nunca sé que regalarle...

Entonces, ¡no podemos demorarnos más! –espoleó Laura, incapaz de esconder su impaciencia.

¿Por dónde iba? –se preguntó Elisa, para al segundo responderse a sí misma–. ¡Ah, ya! Salíamos de Cork.

Sí, así es –le confirmó Laura.

Durante el trayecto, no podía quitarme de la cabeza las palabras de Peppe: «Mark está en la ruina, Elisa...». Hasta la fecha solo había ido acumulando

problemas, y las soluciones para salir de ellos eran más bien escasas y ninguna buena. Por eso el deseo de huir era tan grande, necesitaba despejarse y dormir un poco. Ya volvería mañana con la mente más clara.

Así fue como llegamos por fin a la casa de Alice, la hermana de Mark. Justamente a la hora de cenar. Fue llamar a la puerta y un remolino de pisadas corrieron hacia ella.

¿Podemos abrir? ¿Podemos abrir? – Oímos justo al otro lado de la puerta. Y tras un sí lejano, la puerta se abrió tímidamente para dar paso a las dos niñas que había visto el día anterior. Eran sus sobrinas, de siete y tres años.

Tan dulces como dos terrones de azúcar. Mark las aupó hasta el techo a las dos a la vez, y con cada una en un brazo entró en la casa, olvidándome en la puerta.

Yo me quedé allí, con mi maleta en una mano y el casco en otra, hasta que Alice fue enseguida a recibirme.

Tú debes ser Elisabeth, ¿verdad? – Me hizo pasar cogiendo mi mano helada entre las suyas, mientras me liberaba del casco y la maleta.

Puedes llamarme Elisa, gracias... – puntualicé agradeciendo esa bienvenida tan cordial.

La casa de la hermana de Mark era pequeña pero muy acogedora. Nada más entrar veías el salón, que tenía la chimenea encendida, lo que para mí la

convertía en doblemente confortable en ese momento, ya que tenía las uñas azules y otros síntomas de hipotermia después de haber ido a la velocidad de la luz durante más de una hora. El suelo del salón estaba lleno de juguetes esturreados, como era de esperar en una casa con niños. Había fotos de sus sobrinas en todas las paredes, y en los sillones un montón de cojines, a cada cual más mullido, con mantas a juego en los respaldos. La sensación de calidez que transmitía todo el conjunto era palpable, sobre todo para nosotros, que veníamos de fuera. Pero lo que me hizo suspirar de pura satisfacción fue ese olor tan característico a hogar.

Realmente, aunque me lo pidieras, no sabría cómo definirlo mejor... pero es algo que resulta entrañable cuando llevas mucho tiempo sin pisar uno.

Alice era todo lo contrario a Mark. Una mujer parlanchina, algo curiosa y nada maniática. En parte, según ella, porque con las niñas era imposible ser una obsesionada del orden y la limpieza si querías seguir siendo una persona cuerda. En cambio, por el físico, podían pasar fácilmente como hermanos mellizos. Aunque Alice era más pelirroja que su hermano, al igual que sus dos hijas.

De pronto, el cuñado de Mark carraspeó, interrumpiéndonos durante el postre. Debía seguir corrigiendo

exámenes en su despacho, así que muy educadamente se despidió de nosotros hasta el día siguiente:

¡Buenas noches chicos, espero que descanséis! Y recordad una cosa: “Ningún mar en calma hizo experto a un marinero”—Y con un gesto muy teatral abandonó el comedor, en parte porque era profesor de literatura, en parte por hacer reír a sus dos hijas.

Inmediatamente después, Mark fue capturado por sus sobrinas para ver la *Bella y la Bestia* en el salón. Sorprendentemente, no se opuso en absoluto a su secuestro, cumpliendo además con el castigo que la habían impuesto: ser su nuevo maniquí de

peinados.

Así fue como en pocos segundos nos quedamos nosotras dos solas en el comedor.

¿Te has dado cuenta de lo que han hecho, verdad? –me preguntó Alice con absoluta confianza–. Se creen muy sutiles estos dos, pero a mí no me la pegan ¡Los conozco demasiado! Han huido sin ni siquiera ofrecerse a recoger la cocina, ¡hombres! –Aquel comentario me hizo gracia, era como volver a casa. Me resultaba todo tan familiar gracias a ella que enseguida congeniamos.

Alice era peluquera, y mientras yo fregaba los platos y ella los secaba, se ofreció a hacerme un pequeño cambio de imagen. La verdad es que no se le

hubiera ocurrido proponérmelo de no haber insistido yo, pero es que llevaba años sin pasar por las manos de una profesional, y tenía ganas de verme diferente frente al espejo. Según Alice, mi pelo tenía muchas posibilidades, así que le di total libertad para que me hiciera lo que quisiera mientras veíamos a lo lejos a Mark pidiendo auxilio entre las dos niñas. Una estampa que a las cuatro nos parecía bastante graciosa.

Y dime, Elisa, ¿tienes un novio? – Alice no había sido tan rápida como Peppe, pero casi. Me había dejado un espejo de mano para que me pudiera ir mirando, y seguramente vio en el reflejo cómo sonreía después de oír su

pregunta, ya que al instante añadió—: ¿Qué pasa, qué te hace tanta gracia? ¿Es que tienes algo que decirme? —En realidad la hermana de Mark no era muy distinta de Peppe.

No, no tengo nada que decir, porque no tengo novio. Ni en España, ni en ninguna otra parte del mundo... —Y supongo que me apetecía tener una conversación entre chicas, porque continué diciendo—: ¡La verdad es que no he tenido mucha suerte con ese tema!

¿Cómo? ¿Con esa cara de angel que tú tienes? ¡No lo creo!

A veces no depende de una —le dije mirándola a través del espejo.

A veces una no sabe lo que quiere hasta que lo encuentra.

¡O no lo encuentra nunca...! – respondí yo enseguida, como si fuera un concurso de la tele.

Entonces fue Alice la que sonrió. Y es que, para ella, aquél tema era su pan de cada día. Hombres, niños, y dietas: en esos se basaban el 95% de las conversaciones en su salón de peluquería.

¡Bueno, Elisa! Permíteme que haga un segundo de hermana mayor, pero supongo que ya te habrás dado cuenta de que el príncipe azul no va a venir en un caballo blanco, ¿verdad? –dijo poniéndose delante de mí para hacer cortes minúsculos al flequillo, muy concentrada en que todos quedaran a

igual altura. En ese momento me recordó mucho más a Mark, en cuestión de trabajo eran los dos muy meticulosos.

Lo sé, desgraciadamente me di cuenta hace tiempo. Creo que a mi edad he perdido toda esperanza...

¿Pero cuántos años tienes, niña? –me preguntó poniéndose las manos en las caderas—. Lo digo porque en el ambiente donde me muevo no hay muchas posibilidades. ¡Ya me entiendes! El panorama está así: si quitas a los que ya están casados, a los raros, a los gays, a los que solo quieren sexo y a los que son aún peor: solo quieren a una como su madre. ¡Quizás me sale más a cuenta hacerme lesbiana! –Alice se reía de mis ocurrencias mientras me quitaba la

toalla sobre mis hombros.

—¿Y qué me dices de mi hermano? ¿En qué grupo estaría? —Alice dejó caer la pregunta como quien tira una piedra en un lago en calma, y a pesar de la onda expansiva que dejaba, ya me la estaba esperando hacía un rato. Las dos, nada discretas, desviamos la mirada hacia él. Había terminado con el pelo lleno de coletas, pinzas y purpurina. Las niñas estaban abrazadas a él, y los tres reposaban en el sillón completamente dormidos. Allí tumbado todo lo largo que era, con la cabeza un poco ladeada y la boca entreabierta, no ofrecía su imagen más seductora—. ¡Conmigo puedes ser totalmente sincera! —añadió

Alice, pensando lo mismo que yo.

¡En un grupo aparte, solo para él! –sentencié.

¡Pobre Mark! Tampoco seas así, en realidad es un buen partido... –No pude evitar toser un poco entre risas–. ¡En serio! Lo que pasa con Mark es que no te ayuda a saber lo que pasa por su cabeza. Hasta que no le conoces bien, desconcierta bastante –continuó Alice diciendo como si hubiese leído mis pensamientos. Me observó con atención un segundo, y después cogió un taburete para sentarse a mi lado–. Nadie te ha contado nada, ¿a que no? –Buscó en mi cara la respuesta, pero por supuesto, yo no sabía a qué se refería.

No sé de qué hablas... ¡lo siento!

—Seguramente Peppe te lo habría dicho, pero Mark no le habrá dejado hablar del tema —murmuró Alice desorientándose por completo.

Perdona, pero me he perdido...

Alice echó una última mirada a su hermano, y después continuó:

No creas que mi hermano ha tenido siempre ese carácter. En realidad, es un buen hombre, aunque sea difícil de tratar. A veces muy muy difícil, ¡lo sé! Pero lo cierto es que ha ido mejorando mucho, la prueba de ello es que ahora tú estás aquí... ¿no crees? Antes, antes no era así... digo antes del accidente. Supongo que apenas nadie en el barco sabrá nada de esto, porque para él es un

tema tabú. Mira, yo no sé lo qué hay entre vosotros, pero para entender un poquito más a mi hermano hay que saber toda su historia, así que, aunque me odie por habértelo dicho, ¡te la contaré! –Yo abrí los ojos, expectante, no tenía ni idea de lo que me estaba hablando—. Mark tuvo un accidente hace más de cinco años. Él y su mujer. Los dos venían hacía aquí cuando un camión invadió su carril. Él estuvo meses en el hospital, pero ella murió en el acto.

¡Oh, Dios mío! –Me llevé las manos a la boca. Alice continuó al comprobar que Mark seguía dormido.

Ella regentaba el restaurante preferido de Peppe. Siempre que este atracaba en Cork, estaba invitado a su

casa. Por eso ellos dos se conocían de antes, ¿entiendes? Fue su mujer la que los presentó. Al parecer Peppe es un fanático de la cocina, y Maggie, que así se llamaba mi cuñada, lo tenía en gran estima porque le enseñaba muchos platos de la cocina italiana. Un día Peppe fue a llevarle un libro de recetas, cuando se enteró de la tragedia de repente. ¡Nadie le había dicho nada! Vio el restaurante cerrado, y en el local de al lado le contaron lo que había pasado. Fue entonces cuando decidió ir a ver a mi hermano para darle el pésame, y al verle, se le partió el alma: parecía un fantasma. ¡Había perdido casi quince kilos! Estaba hundido en una fuerte

depresión. Mark había intentado volver al trabajo, pero había sufrido una crisis nerviosa que lo había devuelto a casa de inmediato. No hacía más que echarse la culpa de lo sucedido. Vivía encerrado en aquella casa llena de recuerdos, dejando pasar los días preguntándose por qué, reviviendo el momento, martirizándose. Peppe decidió terminar con aquella locura y consiguió lo que yo no pude hacer por él: darle un motivo para ilusionarse de nuevo. Dejó definitivamente su anterior trabajo y lo convenció para que vendiera su casa, así fue como le compró el barco a Peppe. Supongo que le diría que se quería jubilar, y que quería dejarlo en buenas manos... Con lo poco que le sobró de

aquella compra, se hizo con esa horrible moto de segunda mano y dejó el resto para sus sobrinas. Yo se lo agradecí, pero le dije que no fuera tan estúpido. El insistió, y lo único que me pidió como condición es que le permitiera alojarse aquí cada vez que pasara por Cork. ¡Ya ves qué estupidez! Pero si es mi hermano, ¿no lo iba a hacer?

¡Así es Mark! –respondí después de haber escuchado con atención toda la historia. Y yo me creía desafortunada en el amor, ¡qué ignorancia! Pensé en el dolor de perder a alguien muy querido de aquella manera tan cruel, en cómo lo había superado, en la amistad que realmente les unía a Mark y a Peppe,

mucho mayor de lo que yo había imaginado.

Por eso apenas dormía.

Por eso parecía tan triste a veces.

Por eso aquel silencio tan extraño en Amberes cuando le dije que casi nos matamos en su moto. Ahora ya me encajaban las últimas piezas del rompecabezas, como el significado de esa ave fénix en su brazo: había vuelto a la vida gracias al *Zanzíbar II*. Ahora hasta podía comprender en cierto modo su oposición a que entrasen mujeres en su barco, en su vida.

Alice terminó su relato disculpándose porque me veía seriamente afectada. Para ella seguía siendo duro hablar de ello, pero hoy su hermano había venido

a su casa con un extraño brillo en los ojos, y por un momento había creído que de nuevo había encontrado pareja.

—Lo siento, Elisa. No era mi intención apenarte... —se disculpaba al verme tan sobrecogida.

—No, Alice. No te preocupes, es que me hubiese gustado saber esto antes para poder entenderlo mejor ¡Solo es eso! Acabo de comprender muchas cosas, es difícil de explicar.

Una vez recuperada, me vi frente al espejo con mi nuevo corte de pelo. Según la hermana de Mark era estilo *novelle vague*, porque nada más verme en la puerta le había recordado a la actriz Audrey Hepburn. Morena,

delgada, bajita, y con unos ojos enormes que se comían la cara. Para mí era un poco atrevido, no hubiese querido cortarme tanto, pero ya no tenía remedio.

Enseguida le quise agradecer el favor de algún modo, pero se negó. Se alegraba muchísimo de que nos hubiéramos conocido, y simplemente con mantener esa amistad estaba más que pagada.

—Quiero que sepas que, aunque no vengas con Mark, aquí siempre serás bienvenida.

—¡Muchísimas gracias, Alice! —Su hospitalidad me hacía sentir como en mi propia casa.

—De nada, cariño. Pero permíteme

que te confiese una cosa más. Tú no te habrás dado cuenta, pero Mark no te ve como si fueras solo una amiga –susurró mientras barría los pelos que habían caído al suelo.

–¡No digas tonterías! –respondí intentando quitarle hierro al asunto.

–Te lo digo porque sé que es cierto, sino ¿por qué crees que estás aquí? ¡Para que yo os de la bendición! –dijo, guiñándome el ojo.

–¡Venga ya, Alice! Mira qué tarde se nos ha hecho... –le dije cambiando de tema para que dejara de reírse a mi costa. Era ya pasada la medianoche y todavía había que recoger el salón. Le pedí a Alice que me dejara barrer a mí

mientras ella se llevaba a las niñas a sus cuartos. Antes de irse, echó otro tronco en la chimenea y me dio una manta para abrigar a Mark.

Tú te encargas del niño grande. Buenas noches, querida –me dijo, y se despidió de mí con un beso en la mejilla, como si fuera una de sus hijas.

Cogiendo los juguetes que había por el suelo, me acerqué al sillón donde estaba Mark. Parecía increíble que siguiera durmiendo tan plácidamente, cuando hacía meses que no pegaba ojo. Oí cómo Alice cerraba la puerta de la cocina que estaba detrás de mí dando paso al resto de habitaciones, quizás queriéndonos dejar un poco de intimidad. Cuando hube terminado,

apagué la tele, y entonces Mark se despertó.

¿Qué demonios te has hecho en el pelo? –me preguntó todavía un poco amodorrado mientras se desperezaba.

Eso mismo podría preguntar yo, ¿no crees?

Humm... –Mark se palpó el pelo y se dio cuenta entonces de lo que habían hecho sus sobrinas con él—. Yo no estoy mal, ¡pero tú! Mi hermana podría habértelo dejado al cero y solo entonces habría sido mucho peor—. Llevaba en las manos la manta que me había dado Alice para taparle antes de irme a dormir, pero se la arrojé a la cara, dándole así las buenas noches—. ¡Está bien! ¡Está

bien! Anda, por favor, ayúdame a quitarme todo esto antes de irte... –Me senté a su lado creyendo que iba a ser tarea fácil quitarle aquellas gomas del pelo, pero el peinado que le habían hecho era una verdadera obra de arte y estaba más enredado de lo que yo creía. Mark se palpaba las sienes y se iba quitando pinzas, mientras yo intentaba no tirar demasiado al retirar los coleteros que veía.

Creo que al que vamos a tener que rapar al cero es a tí –dije arrancándole un mechón de pelo sin querer.

Wooouuu! –exclamó–. ¿Eso es por lo que te he dicho antes?

No, ¡pero esto sí! –Y volví a arrancarle otro mechón para deshacerme

de un nudo que tenía.

¡Joooder! –gritó esta vez más fuerte–.
¿Pero qué diablos...?

Shhh... –dije mientras le obligaba a mirar al frente para poder trabajar mejor–. ¡Tus sobrinas están durmiendo!

Mis sobrinas tendrían que estar ahora aquí quitándome esto... –dijo con voz susurrante.

La culpa es tuya por llevar el pelo largo –sentencié–. ¿Cuándo pensabas cortártelo?

¡Yo no llevo el pelo largo! –dijo algo molesto, nervioso por no poder mover la cabeza.

Bueno, en realidad ahora llevas el pelo más largo que yo... –Mark se giró

entonces hacia mí para volver a ver mi nuevo corte de pelo, y solo entonces puso los ojos en blanco.

¡La culpa es mía por quedarme dormido mientras me ponían esto! –se dijo entre dientes mientras se quitaba una diadema.

Bueno... yo creo que ya estás. Al final no ha sido para tanto... –dije mientras pasaba la mano por su pelo en busca de alguna horquilla más. Él, haciendo lo mismo, se encontró con la mía.

Gracias, Moreno –me dijo dejando mi mano. ¿Es que nunca me iba a llamar por mi nombre?

No, gracias a ti por dejarme dormir en tu habitación –le dije sin apartarme

de su lado, aunque ya había terminado. El salón apenas iluminado por el fuego de la chimenea me adivinaba un nuevo Mark, de mirada tierna, que no apartaba sus ojos de mí.

Le has cogido el gusto a eso de dormir en mi cama... ¿eh? –respondió con una sonrisa ¡La verdad es que tenía razón!

Tu hermana es mejor anfitriona que tú. ¡Este sillón todavía sigue siendo algo mejor de lo que yo tengo en el barco!

Fingió sentirse indignado por mi respuesta.

¿Te crees que te habría dejado compartir camarote? –me preguntó sin esperar respuesta, y girándose hacia el

televisor lo encendió de nuevo... Al parecer estaba hablando en serio.

¿Y por qué no? ¿Qué pasa? ¿Tanto desconfías de tu tripulación? —le pregunté pensando que acababa de decir una estupidez. Pero Mark no respondió, simplemente se puso a cambiar de canal. Entonces recapacité unos segundos, realmente pensaba que eso era lo mejor para mi bienestar y su tranquilidad—. ¿De verdad lo hiciste para protegerme? —Su silencio me valió como respuesta. Había chicos que llevaban varios años con él, incluso que habían trabajado antes con Peppe. Pero si le metieron droga una vez sin saberlo, ¿qué no podría pasar conmigo en un descuido?

¡Tú no sabes lo que pasa por la mente

de un hombre! –dijo finalmente, queriendo zanjar el asunto. Al verlo con el ceño fruncido mirando al frente me di cuenta de que había velado más por mí que yo misma.

No, desde luego que no lo sé... –dije pensando en él, y me puse yo también a mirar lo que daban en la televisión.

De pronto aquella escena en el sillón me pareció absurda, allí estábamos Mark y yo, viendo uno de esos programas de caídas tan malos. Como si lleváramos veinte años casados y estuviéramos esperando despiertos a nuestra hija para ver a qué hora llegaba a casa.

Buenas noches –dije finalmente

levantándome del asiento, pero entonces él tiró de mi rebeca, sentándome de nuevo.

Quédate un poco más conmigo, por favor... –Y ya era la segunda vez que lo oía decir algo parecido, pero seguía sin creer que me lo dijera a mí. Siempre lo había visto tan hermético, tan suficiente, que ahora el verlo expresar la necesidad de mi compañía no me cuadraba. Entonces recordé lo que me dijo Peppe, que tenía que evitar que se desanimara... y si lo decía era porque conocía a Mark como si fuera su hijo.

¿Estás bien, Mark? –le pregunté viéndole coger de nuevo el mando para cambiar de canal, mientras pasaba el otro brazo por el respaldo, justo encima

de mí—. Peppe me ha contado lo del fallo en la bodega, dice que prácticamente estás en la ruina... Sé que no le has dicho nada a tu hermana porque no querrás preocuparla, pero conmigo creo que puedes hablar. Dime... ¿te encuentras bien?

¡Bueno, he tenido momentos mejores, la verdad! —me respondió por fin, aunque seguía sin mirarme. Apretaba con fuerza la mandíbula. El sentimiento de culpabilidad volvía a hacer mella en él, como si pensara de veras que nos hubiera llevado directo hacia la tormenta.

Ya sé que ahora es imposible de creer, pero no te puedes desanimar.

Estoy segura de que llegarán momentos mejores, Mark. Dicen que es necesario cerrar algunas puertas para que otras se abran, y seguramente tú estás en mitad de ese punto. No deberías de hacerte responsable de todo lo malo que pasa a tu alrededor, porque entonces no podrás disfrutar de lo bueno que te queda por vivir... ¿me estás escuchando? — Después de conocer todo su pasado lo entendía mucho mejor. Ahora él estaba roto por dentro... sí, así era. Roto por dentro, como decía esa canción de M Clan: «Como una casa en ruinas...»; ese era Mark.

Y aunque disfrazara su pena de ironía no podía engañarme.

La verdad es que era muy injusto todo

lo que le había sucedido, y ahora mismo se encontraba derrotado. Sin fuerzas para luchar. De nuevo la vida le daba otro revés, y es que parecía imposible que levantase cabeza otra vez. Por eso necesitaba tanto que estuviera a su lado, pero yo no sabía cómo ayudarle.

Tú eres lo único bueno que me ha sucedido en mucho tiempo... –me dijo de repente, repitiendo exactamente las mismas palabras de Peppe.

Su mano había bajado por el respaldo del sillón hasta rozar mi nuca con sus dedos, y mientras jugaba con mi cortísimo pelo, en su interior se planteaba un dilema. Se había dicho a sí mismo que debía dejarme marchar, que

su vida ya se le estaba complicando demasiado. Pero después estaba aquella cálida sensación de bienestar... al principio no supo reconocerla, después no pudo evitarla. Y ahora ya era tan fuerte que empezaba a hacerle daño. Conmigo había vuelto a enamorarse, y por más que se obligara a hacer oídos sordos a sus sentimientos, ahora no había nada más vivo en él.

La maraña de problemas que se cernía sobre él se hacía cada día más y más grande, y a pesar de ello tenerme a su lado le daba el coraje suficiente para no dejarse vencer, no perdía el buen humor porque yo le recordaba que había algo por lo que sonreír. Era su nueva esperanza. Pensaba en esto cuando se

acercó a mí y me robó un beso. Una caricia en los labios en realidad, suave y delicada, como si aquella situación le diese más miedo a él que a mí sorpresa. Estaba rompiendo sus propias reglas, desobedeciéndose a sí mismo, y sin embargo estaba volviendo a ser muy feliz.

Deberías haberte afeitado si pensabas besarme... –le susurré al oído con la intención de hacerle reír, acariciando su sempiterna barba de varios días. Me miró con dulzura y sonrió levemente.

Hubiese querido ser el doble de grande para poder rodearlo con mis brazos por completo, me sentía incapaz de demostrarle en su solo gesto todo lo

que quería decirle. Había demasiada tristeza en aquel primer beso, pero sabía que detrás de ese dolor se ofrecía tal y como era.

¿Sabes cuando alguien te estrecha muy fuerte, como queriendo llevarse consigo parte de ti? Pues así me abrazó Mark después de besarme, en aquel sillón de la casa de su hermana. Y no hacía falta que me dijera nada más, aunque no hubieran lágrimas en sus ojos.

Me fundí en aquel abrazo. Haciendo totalmente mío su olor, quedándome más de un segundo apoyada en su pecho y cerrando los ojos. No quería que fuese amargo aquél encuentro entre nosotros, ninguno de los dos se lo merecía. Así que fui yo quien lo besaba ahora,

mordiendo su labio, acariciando su pelo, buscando de nuevo mi boca como nunca habría imaginado que llegaría a hacer. Porque finalmente se había quitado la máscara, no era tan duro como parecía. En su corazón todavía había sitio para el amor. Aunque él se lo hubiese prohibido... no iba a poder cumplir su promesa. Respondió con facilidad a mis besos, a mis caricias, olvidándose hasta de dónde estábamos. Su mano fue bajando por mi espalda, rodeándome con la otra la cintura, descendiendo hasta llegar al bolsillo trasero de mi pantalón. Sus labios se acercaron al lóbulo de mi oreja, haciéndome reír a carcajadas, moviéndose después lentos

por mi cuello pidiendo silencio. ¿Era Mark aquel chico que me estaba tocando el trasero? Antes de poder comprobarlo se oyó un pequeño llanto en una de las habitaciones.

¡Mark! –Le obligué a parar. Nos quedamos quietos un segundo mirándonos, pero al parecer estaba todo en silencio. Falsa alarma. Volví a sentir su mano apretando mis nalgas cuando una vocecita que procedía de la cocina se acercó al salón rápidamente.

Tío Mark, tío Mark... –Era Eileen, la más pequeña de sus sobrinas. Con dificultad había abierto las puertas de su habitación y de la cocina, y había venido con los ojos entreabiertos hacia la luz del televisor, pues era la única en toda

la casa a esas horas. Mark bufó y se incorporó enseguida, dejando tras de sí un suspiro de resignación. La cogió al vuelo como si fuera una pluma, la pobrecilla andaba descalza, con los puñitos tapándose los ojos y secándose las lágrimas. Había tenido una pesadilla, y quería quedarse a dormir con su tío porque le daba miedo volver a su habitación. A mi lado descubrí una muñeca, enterrada entre cojines, que antes había tenido entre sus manos.

Mira Eileen, ¿es tuya? –La niña me la quitó de las manos, entonces comprendí que era el momento de irse. No quería compartir a su tío conmigo.

¡Buenas noches, tío Mark! –le dije al

oído antes de que intentase hacer cambiar de opinión a su sobrina. Y aunque tardó en soltar mi mano, me dejó marchar. Habíamos tenido nuestra oportunidad, pero ya se había esfumado.

Capítulo XII: Charlotte

¿Qué quiere decir “esfumarse”? ¡Oh no, por favor...! —exclamó Laura intrigadísima. Después de aquel intenso relato, ahora Elisa negaba con la cabeza dando a entender a la periodista que aquel breve encuentro no fue más que un desliz entre ellos.

A la mañana siguiente volví a despertarme con la luz del sol en todo lo alto. Me había quedado hasta tarde mirando las fotos y trofeos de Mark que había colgados por las paredes de su

habitación. Al salir oí a las niñas hablando en la cocina, la casa entera olía a café, tortitas y sirope de frambuesa. Me uní al desayuno, pero ellas ya habían terminado. Cuando apareció Alice me disculpé enseguida por no haberme levantado antes, pero le restó importancia. Sabía cómo era la vida en la mar, y sabía que tendría meses de sueño atrasado. Era domingo, y hasta ella se había despertado bastante tarde. El único que no lo había hecho había sido Mark. Al parecer, según le habían dicho sus hijas, había salido a correr, se había duchado y, con solo un café en el cuerpo, había vuelto al puerto en la ciudad. Y por lo que le había dejado anotado a su hermana, no había

que esperarle ni para comer ni para cenar. ¡Vaya...!, pensé enseguida, y yo que creía que tendría ese día entero para estar con él... Había olvidado quién era él realmente: el infatigable Marcus Ryan.

Animé a Alice para que saliera a jugar con las niñas al parque, mientras yo me encargaba de recoger la cocina. Estaba distraída contemplando los dibujos de la nevera cuando mi móvil sonó. Por un momento pensé que era Mark, diciéndome que pasaría a recogerme para comer, pero mi mente estaba en un cielo muy distinto al suyo en aquel momento. Era Charlotte en realidad, en cuanto había leído mi

correo del día anterior se había puesto en contacto con Mark, y ambos habían tenido una larga conversación esa misma mañana. Me preguntó muy interesada cómo estaba, como si quisiera corroborar mi opinión. Yo no pude decir otra cosa que la verdad, que estaba muy bien, y que esperaba volver pronto a trabajar en el *Zanzíbar*. Pero entonces me cortó, al parecer no iba a ser posible, y ya estaba todo decidido. Llamaba para informarme de lo que tenía que hacer, pues me tenía que poner en marcha enseguida. Debía imprimir el billete de avión que me acababa de enviar a mi correo para salir esa misma tarde hacia Vancouver. Allí, en dos días, se iniciaba una formación en un buque

en la que, dadas las circunstancias, me habían incluido con urgencia. Yo al principio me quedé en silencio pensando en lo que me acababa de decir, hasta que Charlotte preguntó al otro lado del teléfono:

¿Elisa? ¿Sigues ahí? –Se me pasó por la mente la idea de que Mark supiera lo que significaría mandar un correo dando semejante noticia a Charlotte, ¿sabría anoche que mis días junto a él estaban contados? ¿Que los días para el *Zanzíbar* en la mar ya habían acabado?

Sí, sigo aquí. Pero, pero Charlotte, entonces, ¿quieres decir con eso que el *Zanzíbar* no se va a poder reparar? –¿Y si había sido Mark el que le había dicho

a Charlotte que me enviara a otro sitio?, pensé para mí.

¡Oh, pues verás, Elisa, la verdad es que no lo tengo del todo claro! Me parece que el accidente que habéis tenido ha sido más grave de lo que parecía en un principio. El capitán no me ha querido aclarar los detalles, pero ha dicho en pocas palabras que lo mejor para ambos es que te enviáramos cuanto antes a cualquier otro barco a seguir con el estudio. Por cierto, Elisa, hemos visto lo que enviaste y está realmente bien, ¡un trabajo estupendo!

¡Gracias! –mascullé, y no pude seguir oyendo lo que decía. Me quedé mirando el dibujo de Eileen que había en la nevera, eran sus padres pintados con

colores grotescos, cogidos de la mano, y con sonrisas que se salían de la cara.

Después de que Charlotte colgara, estuve más de un cuarto de hora pensando qué hacer. Pensé en ir hacia el astillero y hablar con Mark directamente, pensé en quedarme y decirle a Charlotte que había perdido el avión, pero al final lo que yo entendí es que Mark no quería verme más.

Seguramente esta mañana, mientras corría, había pensado en cómo deshacerse de mí lo más pronto posible. Ayer había sido débil y no podía cometer el error de enamorarse de nuevo, no estaba en sus planes y así debía seguir siendo... ¿Pero no era yo lo

único bueno que le había sucedido en mucho tiempo? Pues por eso. Era mejor apartarse ahora de mí que sufrir más después.

Pensando en estas cosas hice la maleta de nuevo en menos de cinco minutos. Tuve que esperar a que llegase Alice para despedirme de ella y las niñas, y me fui al aeropuerto con cuatro horas de antelación. No quería quedarme más allí, a pesar de que Alice insistiera, no comprendiendo muy bien lo que había pasado. Recuerdo que, como toda buena madre, me hizo un sándwich de pollo antes de irme. Pero yo no tenía apetito.

Me pasé el resto del tiempo dándole vueltas al asunto, intentando escuchar

alguna emisora donde no pusieran canciones de Adele, ya que no hacían más que invitarme a llorar y llorar. Aguanté con la barbilla arrugada y dando hipidos hasta llegar al avión. Una vez sentada en mi asiento, me puse las gafas de sol y me esforcé para que no me viera nadie llorando. Escuché al piloto diciendo a qué temperatura estábamos y cuánto tiempo tardaríamos en llegar. Creí que pasaba desapercibida hasta que azafata, al llegar a mi altura, se agachó disimuladamente y me dijo:

¡Si es por un hombre, no merece la pena cariño! –Y dándome un pañuelo de papel se fue tras una comprensiva

sonrisa y un guiño de complicidad. La vi ajustándose la falda y contoneándose, haciendo que un par de hombres sentados delante de mí ladeasen la cabeza para seguirla con la mirada a través del pasillo del avión.

Yo, después de oír aquel consejo, me puse de nuevo los auriculares y pensé que Amy Winehouse me había quitado las palabras de la boca al decir aquello de: ...*What kind of fuckery is this?*

La cuestión es que, si me hubiera quedado un poquito más en el aeropuerto, habría visto a Mark. Cosas del destino. Él había pasado antes por casa para llevarme al aeropuerto, porque pensaba darme una explicación y despedirse de mí, pero cuando llegó su

hermana le dijo que hacía horas que me había marchado. Cuando por fin pudo entrar al aeropuerto, solo le dio tiempo a verme atravesar el arco de metales de la aduana. Quiso entonces llamarme al móvil, pero después pensó que las cosas debían quedarse como estaban. Si yo estaba enfadada con él, sería más fácil para mí olvidar todo lo ocurrido... o al menos eso pensaba.

El móvil de Elisa vibró sobre la mesa de metraquilato. Ambas lo miraron con curiosidad, era un mensaje de Mark, escribía desde la habitación: «*¿Te queda mucho? Han pasado más de dos horas, ¡vamos a llegar tarde!*». (Emoticonos de hombre corriendo).

Elisa pensó un poco su respuesta y escribió: «Enseguida estoy, cinco minutos...». (*Emoticono de cara sonriente*). Mark suspiró al leer la respuesta de Elisa, ya conocía lo que duraban los cinco minutos aquí en España.

¡Tengo que ir al grano! –dijo Elisa apremiante. Laura se sintió aliviada, por un momento se temía que tras leer el mensaje se levantase del sillón y se fuera, sin llegar al final de la historia—. Pasaremos algunos meses por alto, ¡aunque a mí me parecieron una eternidad. Llegamos a principios del 2016, las instalaciones de las oficinas centrales de Oceanic en Nueva York estaban terminadas, y muchos de

nosotros fuimos destinados a ellas. De hecho, la propia Charlotte había asumido el mando de esa delegación, y fue la primera en proponerme para liderar un proyecto. Recuerdo que en la fiesta de apertura no tuvo reparos en ponerse a bailar *Blurred Lines* en cuanto alguien puso algo música, y a pesar de su edad, nos dejó a todos atónitos...

Por mi parte, además del trabajo en Oceanic, había vuelto a mi universidad para matricularme de nuevo: iba a comenzar el doctorado. Había decidido que allí tenía más oportunidades para terminar la tesis, y después podría colaborar con ellos en otros campos.

Por eso el otro día no me pude negar a participar en el simposio, ¡es lo que tiene contactar con antiguas amistades!

Durante ese tiempo asumí que mi vida personal era un completo desastre, y me centré en la profesional, que me estaba tratando mucho mejor. ¡Pero no te confundas! No es que me hubiese olvidado completamente de Mark, solo trataba de no pensar demasiado en él. Si él no me había llamado, ni se había puesto en contacto conmigo en todo ese tiempo, era porque lo que había pensado sobre él al marcharme era totalmente cierto. Y si así era, no merecía la pena ni que lo echase de menos. Aunque fuese algo totalmente imposible de cumplir.

Durante ese período de

desintoxicación recibí una invitación de Facebook de alguien que me echaba muchísimo de menos, y no era Mark, sino mi queridísimo Pepe. Me encantó ver de nuevo su cara en la foto de perfil, y quedamos esa misma noche para poder hablar por Skype.

Me contó que finalmente se había jubilado, cosa que había hecho muy feliz a su mujer y a sus hijas. Aunque eso solo había durado los primeros cinco minutos de pisar tierra firme, porque después estar en casa se le hizo insoportable. Ya no tenía ninguna responsabilidad ni actividad que requiriese su supervisión. Sus hijas ya eran mayores y cada una hacía su propia vida, y su mujer parecía

agobiarse de verlo allí sin hacer nada. Así que empezó a sentirse como un estorbo. Fue entonces cuando su mujer lo metió en una escuela de cocina, así volvería a acordarse del gran amor de su vida: ¡la comida! Y las hijas, para no ser menos y conociéndolo también, le pagaron por adelantado un año entero en una academia de informática; y así fue como empezó a ponerse al día con las nuevas tecnologías. Me enseñó su casa en Nápoles, y hasta me saludó su mujer a través de la pantalla... A la señora le aconsejé que no se despitara, que su marido era un verdadero casanova. La mujer me respondió con un: “Lo que tiene en casa no lo va a encontrar en ninguna parte”, y con un gesto muy

peculiar, nos dejó seguir con la conversación. Por supuesto, no tardé en preguntar por el destino incierto del *Zanzíbar*. Al final todos los pronósticos fueron ciertos, y aquel fue su último viaje. Mark decidió venderlo todo: aparatos, consumibles, hasta la estructura de chapa se pudo vender como chatarra. Tuvo que pagar a sus trabajadores, saldar deudas y cubrir con los gastos de su defensa en el inminente juicio.

—Pero lo más bonito de todo, Elisa...
—me dijo acercándose más a la cámara, como cuando estábamos en el comedor comiendo juntos y pretendía que nadie más escuchara nuestra conversación—

fue cuando a los pocos días Mark reunió a todos los chicos y les informó de las malas noticias. De repente, todos coincidieron. Estaban dispuestos a pagar de sus propios bolsillos un barco nuevo si era necesario, con tal de seguir navegando con él. Mark pensó que era cosa de Peppe, y le lanzó una de sus miradas, pero enseguida supo que aquello no era más que fruto de su trabajo con aquella gente.

¡Capitán, puede contar con todos nosotros! –exclamó Igor en su extraño inglés. Mark comprendió entonces que iban en serio, que estaban dispuestos a pasarlo tan mal como él, solo por seguir trabajando bajo su mando. Esto fue más de lo que nunca habría esperado, la

mejor demostración de cariño que su equipo le podía dar, y casi dudó en responder... pero él ya lo tenía todo muy decidido. No iba a permitir que padres de familia arriesgasen tanto, cuando ni él mismo sabía si dentro de unos meses estaría o no en la cárcel.

¡Ya sabes como es él! –Y tras aquella frase de Peppe, se me hizo un nudo en la garganta. Hubiese deseado estar presente aquel día, pero me alegraba saber que Mark lo había vivido. Él más que nunca necesitaba de esas muestras de afecto.

¿Y cómo está Mark? –Intenté que la pregunta resultase desinteresada.

¡Tuvo suerte el *figlio e ndrocchia*! –

Ahora el acento de Peppe era mucho más fuerte, había recuperado completamente sus raíces. Al parecer, al final no hubo pruebas concluyentes para incriminar a Mark, así que por fin consiguió liberarse de ese peso de encima.

¿Y después? ¿Sabes dónde está ahora? –Ya no me importaba si me descubría demasiado interesada por saber algo de él. Peppe negó con la cabeza.

Después de lo del juicio, debió de vender hasta el teléfono, porque perdió su rastro.

–¡Y es que, Elisa, ni siquiera tiene Facebook! –dijo echándose las manos a la cabeza, haciéndome reír.

Nos despedimos, pero ya no hemos vuelto a perder el contacto. De hecho, fue él quien me creó el blog que viste, donde he ido colgando fotos y experiencias a modo de diario. La verdad es que le prometí mantenerlo así al día y hace meses que no entro... supongo que con el embarazo tendré más tiempo para actualizarlo.

Después de aquel encuentro con Peppe, me di por vencida. Estaba claro que Mark había vuelto a rehacer su vida, y yo debía seguir con la mía. Así que lo nuestro había acabado justo en el momento en que iba a empezar. ¡Pero...!

¡Pero...! –repitió Laura alegrándose de que lo hubiera.

Dicen que “cuando dejas de buscar, ¡encuentras!”- No fue hasta comienzos de la primavera, en uno de esos días en que hace un sol espléndido, cuando mi futuro cambió. Recuerdo que se colaban los rayos por la ventana de nuestro laboratorio y mi compañera, española como yo, tuvo la idea de salir a comer al parque que teníamos enfrente para aprovecharlo. Había sido un invierno muy largo y frío, y estábamos ansiosas por tomar un poco el sol, así que, aunque faltasen unos minutos para la hora de salir, ya estábamos cogiendo nuestros bolsos cuando de repente llamó Charlotte:

Ya sé que es casi la hora de comer,

pero... ¿podrías subir un momento? ¡Me tienes que hacer un favor! –Y con aquella breve explicación, cogí el ascensor un poco extrañada, pidiéndole a mi compañera que esperase unos minutos. Normalmente Charlotte no era de esos jefes que te llaman en el último momento, y mucho menos sin decirte claramente para qué era.

Llegué a la última planta, donde estaba la sala de reuniones y el despacho de Charlotte, todo decorado con paredes de cristal y dibujos de siluetas de fauna y flora marina. El diseño vanguardista se había concentrado solo en aquel piso, lo demás eran laboratorios y oficinas muy rudimentarias. Pero es que, como

muchas veces me recuerda Charlotte, vivimos de las donaciones de la gente. Y por desgracia, nunca son suficientes. Su secretaria me saludó con una sonrisa ensayada, y con un ademán me indicó que entrara. La puerta del despacho estaba entreabierta. Iba decidida a invitarla a nuestro improvisado picnic cuando la oí hablar con alguien. ¿No estaba sola? Me frené en seco a unos centímetros de la puerta, intentando averiguar a través de los dibujos quién era el que estaba con ella, pero Charlotte ya me había visto y fue finalmente ella la que me obligó a pasar:

¡Pasa, pasa, Elisa! –Atravesé el umbral lentamente, intentando evitar

mirar descaradamente a la persona que tenía enfrente Charlotte. Pero solo con verlo por detrás, me resultó inconfundible. No sé cómo sería la cara que puse, pero debió de ser un poema, porque la sonrisa de los dos al verme no fue por casualidad. Ahí estaba sentado Mark, apoyando su pie derecho en la rodilla izquierda, mirándome con esos increíbles ojos verdes. Lo ví algo más delgado, pero muchísimo más guapo de lo que recordaba. Varios mechones de su pelo castaño rojizo le caían por la frente, dándole un aspecto despreocupado y encantador. Se levantó de inmediato al verme sin ocultar una extraordinaria sonrisa: estaba recién afeitado, y conociéndolo como le

conocía, sabía que esa era una señal inequívoca de que quería dar una buena impresión.

Mi jefa esperó unos inquietantes segundos, quizás forzándome a que yo dijese algo al verlo, pero la verdad es que me quedé muda. Noté una ola de calor que me hizo sonrojarme, y mi frente empezó a sudar. Pero a pesar de todo aquel fenómeno térmico que se estaba produciendo en mi interior, fui incapaz de decir ni una sola palabra.

—¡Bien, Elisa! —continuó por fin Charlotte—. Te he llamado porque creo recordarás a este joven, es Mark Ryan, el que fue capitán del *Zanzíbar*. Hace poco que Mark está con nosotros, él será

uno de los afortunados en navegar con nuestro segundo buque de investigación, que zarpará en breve, ¿a finales de este mes? Llevan una eternidad haciéndole pruebas de todo tipo, pero creo que ya está listo para la acción, ¿verdad, Mark?

—Mark asintió, y volvió a clavar sus ojos en mí mientras ella seguía hablando—. Por lo que me han contado es un modelo único, con lo último en tecnología, y este chico se mueve como pez en el agua en él. ¡Me alegro mucho de que estés con nosotros por fin, Mark!

—dijo Charlotte levantándose también, y acercándose a mí—. Ya que estás aquí, querida, te agradecería que le enseñases las instalaciones. Estoy segura de que serás una buena anfitriona, después de

todo, tenéis muchas cosas que contaros...

Charlotte era perro viejo. Aunque nunca habíamos hablado claramente de ello, había leído todos mis correos durante mi viaje en el *Zanzíbar*, y leer entre líneas se le daba bastante bien. ¿Lo habría llamado ella para trabajar aquí? ¿O habría sido cosa de Mark? Sutilmente nos había dejado a los dos frente al ascensor, como quien manda a dos niños pequeños a hacer las paces. De repente se abrieron las puertas y entramos, teniendo como único testigo a la secretaria de Charlotte, que nos observaba al fondo de la sala.

Supongo que lo primero que querrás

ver son los criaderos y tanques de cultivo... –dije por decir, sin mirarle, apretando el botón de la última planta y esperando a que las puertas se cerrasen. Y así lo hicieron, quedándonos solos en el ascensor, en silencio. Después de meses sin hablarnos, ninguno se atrevía a empezar. Yo ni siquiera quería girar la cabeza, pero notaba cómo él me observaba. No había hecho otra cosa desde que me había visto en el despacho de Charlotte. Ni siquiera había música de fondo, así que hasta podía oír su respiración. Estaba junto a mí de nuevo, era él, ¡era Mark! El Marcus Ryan que tanto había odiado en un principio, que se convirtió después en un enigma, y del que al final me enamoré sin remedio.

Hubiese querido aprovechar ese momento para pegarle un bofetón como solo saben hacerlo las divas del cine en blanco y negro, pero me limité a levantar la vista hacia él, haciendo de tripas corazón.

¡Te ha crecido el pelo! –dijo levantando la mano, como queriendo acariciarlo, aunque después ni siquiera llegó a rozarlo.

Suele suceder, Mark. ¿Se puede saber qué haces aquí? –le pregunté apartándome un poco más de él.

Ya veo que no te alegras de verme, ¡y en cambio yo estaba deseando que llegase este momento! –dijo sinceramente, mientras se resignaba a

mirarme apoyando su espalda en la pared del ascensor. Quizás en su mente él había imaginado este reencuentro de otra manera, pero no contaba con mi mal genio. Su sonrisa fácil tan solo me daba pie a decirle un par de cosas que se habían quedado en el tintero.

Mark, ni siquiera tuviste el valor de despedirte de mí. ¿Ahora qué quieres? ¿Venir aquí y que vuelva a hablar contigo como si nada? —Su comportamiento me parecía el de un niño, no me conocía en absoluto si pensaba que el tiempo me habría hecho olvidarlo todo.

¡No, espera! Yo iba a llevarte al aeropuerto, me iba a despedir de ti, a explicártelo todo... pero tú te fuiste con

horas de antelación, y te metiste en las puertas de embarque. ¡Cuando llegué estabas cruzando la aduana! Te vi, vi cómo estabas, y quise llamarte. Pero luego pensé que cualquier cosa que pudiera decirte en ese momento no te iba a servir de nada, estabas muy enfadada conmigo. Como ahora, en realidad. ¡Pero las cosas han cambiado!

Claro que han cambiado, ¡el tiempo las ha cambiado! ¡Tú y yo hemos cambiado! Podrías haberme hecho partícipe de tu vida un poquito, Mark. No se puede querer seguir siendo amigo de una persona de la que te has mantenido alejado tanto tiempo, la gente normal no hace eso, ¿entiendes? ¡Ni

amigo ni nada! –Se abrieron las puertas del ascensor. Habíamos llegado a la última planta, donde estaban los tanques de cultivo larvario, piscinas de cría e invernaderos, la mayoría de las especies que estábamos estudiando.

La mayoría de la gente ya se había ido a comer, las instalaciones estaban prácticamente vacías, solo quedaban algunos despistados, no muy acostumbrados a mirar el reloj. Caminábamos por la pasarela metálica cuando me cogió por la muñeca, obligándome a detenerme:

A mí tampoco me ha gustado esta situación, Elisa. ¿Pero qué te podía ofrecer? ¡Hasta que no me llamó Charlotte yo no tenía trabajo! –me dijo

en voz baja, casi al oído. Era la primera vez que me llamaba por mi nombre.

¿Entonces fue Charlotte la que te llamó? —pregunté después de dejar pasar a un par de compañeros, ya que al estar uno frente al otro, bloqueábamos la salida de los pocos que allí quedaban.

¡Sí, claro! ¡Pensaba que te lo había dicho! Al principio pensé que era una broma pesada, pero ella insistió en que me presentase en Londres para hacer una entrevista con tu antiguo director. Él conocía el asunto del *Zanzíbar*, y al parecer había leído tus recomendaciones... Gracias por escribirlas, por cierto. No sé lo que dirías de mí, pero diste en el clavo.

Estaban buscando un perfil como el mío, y si conseguía superar todas las pruebas, podría volver a navegar en un barco. Y aunque no es mío totalmente, te diré que es precioso. ¡Tendrías que verlo! – Jamás lo había visto tan ilusionado. Sonreí sin querer, después de mucho tiempo tenía un golpe de suerte como se merecía. Pero la que había sido culpable de ese cambio en su destino era mi jefa y no yo...

Me quedé en silencio pensando qué decir sin parecer tan entusiasmada como él. No pasaba por alto todo lo que me había dicho, pero tampoco quería que pensase que me había quedado esperándolo, más bien lo que había tratado todo este tiempo era de

olvidarme de él sin ningún éxito.

Me podrías haber llamado...

Pensé en hacerlo cien mil veces, pero ya sabes que nunca he sido muy bueno con las palabras. –Aquel comentario me hizo reír, tenía toda la razón. Miró a ambos lados, y como nadie parecía reparar en nosotros, me cogió la mano y dijo:

Lamento haberte hecho daño, de veras. Si te consuela, hasta que no supe que volvería a verte yo tampoco estaba muy feliz. En realidad, no sé qué habría sido de mí si no encuentro esta oportunidad. No me gustó que te fueras así, sin poder despedirme... –Tragó saliva y se humedeció los labios,

realmente lo estaba pasando mal, ¿pero qué quería? Si de verdad quería hacer las paces conmigo tenía que pasar por esto.

Para mí tampoco fue un plato de buen gusto –dije metiendo mi mano en el bolsillo de la bata. Dándole a entender que aún no estaba todo perdonado.

Mark se removió el pelo, en aquella situación no se sentía nada cómodo, debía abrir su corazón y ser completamente sincero conmigo. ¡Pero encontrar las palabras se le daba tan mal! Aunque yo no iba a ayudarlo en eso, desde luego.

Te seré sincero, acabo de llegar del aeropuerto, apenas he tenido tiempo de alojarme. ¡Incluso he dejado mi maleta

en recepción! En realidad, la entrevista con Charlotte la tenía para esta tarde, pero estaba deseando llegar aquí y poder verte por fin. Te he echado mucho de menos, ¿sabes, Moreno? –Aquella frase tan tonta me cautivó, pero le dejé seguir hablando—. No sé si es también tu hora de comer, supongo que sí. Te debo una comida en un restaurante de verdad, ¿recuerdas? Podrías dejar esto para después y hacer de buena anfitriona acompañándome, ¿qué me dices? Me gustaría pasar la mañana pidiéndote disculpas hasta que consigas creermelo, ¡pero solo tenemos cuatro días antes de que vuelva a embarcar! Por favor, acepta mi invitación, dame una segunda

oportunidad.

–¿Qué? ¿En cuatro días te vuelves a ir? - pregunté algo decepcionada.

–De hecho, en tres y medio... - dijo expectante Mark.

–Debería coger el bolso y dejar la bata... –respondí– mi laboratorio está en la segunda planta. Ahí es donde trabajo cuando no estoy en algún barco. –Y de aquella manera tan sutil, cedí. Comprenderás que no había tiempo que perder. Si Mark se iba en cuatro días, o tres y medio, no iba a dejar que pasara más tiempo fingiendo estar enfadada con él. Los dos sabíamos que no necesitábamos más pruebas para saber que queríamos pasar el resto de nuestra vida juntos, así de claro lo tuvimos

desde aquel día.

Esta vez los ascensores estaban ocupados, ahora sí que era la hora de comer. Así que tuvimos que subir por la escalera para no tardar más. Yo iba tan rápido como podía, pero Mark siempre parecía cogerme subiendo de dos en dos los escalones.

¿Esta es otra prueba física, Moreno? —me preguntó abriéndome la puerta que daba acceso a la segunda planta, presumiendo así porque me había ganado en la carrera.

¡Sí, todavía estás en forma a pesar de tu edad! —dije al pasar a su lado.

Cuando llegamos al laboratorio, me acordé de mi compañera en cuanto la vi

sentada frente al ordenador. Menudo fallo... ¡Aún me estaba esperando para comer!

¡Ya era hora! —exclamó. Pero al verme tan agitada seguida de Mark, se quitó hasta las gafas para vernos mejor.

Marta, te presento a Mark. El capitán del nuevo buque de investigación, ¿te acuerdas que ya habíamos oído algo de que lo estaban haciendo? Pues al parecer no solo lo estaban haciendo, sino que además ya lo han terminado...

—Con Marta siempre hablaba en español, así que sin darme cuenta Mark se me quedó mirando, intentando averiguar algo de lo que había dicho—. *Mark, this is Marta. My colleague...* — dije por fin en su idioma. Marta lo

saludó sonriente, y enseguida se dirigió hacia mí, para decirme de nuevo en español:

¿Puede ser que este sea el mismo Mark del que tanto me has hablado? – Asentí mientras dejaba la bata en el perchero—. ¡Ahora lo entiendo todo! A mí tampoco me hubiese importado que me alojase en un cuchitril, con un colchón de espuma para dormir, si después puedo ver este palmito todos los días. –Marta no se cortaba para nada, daba igual si Mark entendía o no lo que estaba diciendo delante de él, su expresión corporal lo traducía todo.

Mientras yo cogía el bolso y apagaba el ordenador, ella le preguntó un par de

cosas en inglés, aprovechando para mirarlo de abajo arriba. Mark aguantó estoico el interrogatorio, pero se le notaba molesto en aquella situación, deseaba marcharse cuanto antes. ¡A Marta solo le faltaba pedirle que se diese una vuelta alrededor de ella para ponerle nota! Finalmente le pedí que me disculpase, pero dadas las circunstancias, no podía comer con ella. Me mandó a paseo con una sonrisa sarcástica, pero me dejó ir... Después, hizo la última de las suyas... esperó a que estuviéramos en medio del pasillo para gritar con todo el descaro:

¡Mark, empieza por el postre! –En su mejor inglés, para que no hubiese dudas. Sorprendentemente, él no reprimió una

carcajada, y se despidió de ella con la mano al entrar en el ascensor.

Deberías de hacerle caso a tu amiga... —me dijo dejándome boquiabierta. Desconocía por completo este lado sinvergüenza de Mark, más propio de Peppe que de él.

Recogimos su maleta en la recepción del edificio y salimos juntos por la puerta principal. Aún no me hacía a la idea de que por fin lo tuviera a mi lado. Empezamos a andar y él no tardó en coger mi mano, en ese momento Charlotte nos adelantó en la calle y se despidió de nosotros con un:

¡Hasta luego, pareja!

Yo me quedé helada. De alguna

manera Mark era ahora mi compañero, así que por instinto retiré mi mano de la suya.

¡Ella ya lo sabe! –me dijo Mark al oído señalándome a Charlotte, y cogiéndome de nuevo la mano.

¿Y cómo...?

Ella fue la que me llamó, ¿recuerdas? Y yo le dije que, si venía a Nueva York, sería solo por un motivo..., y no era Oceanic. Ella me contestó que desde el primer momento en que me opuse a que entraras en el *Zanzibar* sabía que terminaríamos así. ¡Solo era cuestión de tiempo! Creo que es más lista de lo que todos se piensan.

¿De verdad te dijo eso? –La pregunta era retórica. Eso me hizo pensar de

inmediato en su petición de mantenerla informada durante mi viaje; al final resultaba que Charlotte era otra especie de celestina.

Seguimos caminando, había pasado su brazo por mi cuello sin darme cuenta, pero yo creo que necesitaba asimilar un poco todo lo que había pasado en menos de quince minutos.

Elisa –Era Mark el que me llamaba de nuevo, pero todavía se me hacía raro que lo hiciera por mi nombre.

¿Si? –pregunté, girándome hacia él. De repente sonrió al verme, no me había enterado de nada de lo que me había estado diciendo mientras paseábamos. Yo me contagié de su sonrisa, esperaba

que me repitiera lo que fuera que me hubiese dicho, sin embargo, en lugar de eso prefirió acercarme a sus labios y besarme. Yo enrosqué mis brazos en su cuello para tenerlo aún más cerca de mí, tirando de él hacia abajo y haciéndole reír mientras olía de nuevo su perfume. Estaba aquí, estaba conmigo, y por fin íbamos a ser felices.

Todo esto sucedió en un semáforo cerca del Flatiron building, y lo recuerdo muy bien porque fue allí donde un joven al pasar por nuestro lado cantó eso de: ...*Where is the love? Where is the love?* Poniéndole así una bonita banda sonora a nuestro encuentro.

De repente, Elisa señaló la entrada de la cafetería. Allí estaba Mark, vestido

también muy elegante, señalándole el reloj como si fuera un modelo de revista.

¡Creo que tiene razón, se nos ha hecho muy tarde! –exclamó Elisa sintiéndose culpable por hacerlo esperar.

No te preocupes, tengo más que suficiente... ¡Solo una pregunta más, por curiosidad! ¿Dónde os casastéis?

Le hicimos la promesa a Peppe de que sería testigo de nuestra boda, y aprovechamos un crucero por el Mediterráneo para casarnos en Nápoles. Después de todo, no podíamos hacerlo sin su bendición. –Elisa debía marcharse enseguida. Se despidió con un par de besos, y le recordó a Laura su

promesa de ser la primera persona que leyese su novela. Laura aceptó, aunque todavía no estaba segura de cómo empezar a contar toda la historia, que por otro lado le había encantado.

Los vio alejarse lentamente, y quiso entonces hacer una última foto. En cuanto Elisa estuvo al lado de Mark, se hacía notable la diferencia de altura. Él le pasó un brazo por la espalda, para cogerla por la cintura, atrayéndola hacia él. Ella respondió de igual manera, y finalmente se besaron mientras cruzaban la salida del hotel.

Laura chasqueó de nuevo la lengua contra el paladar, «¡qué envidia!», se dijo, y aprovechó que estaba sola para pedirle al camarero un Rob Roy con

Jameson en lugar de con Ballantine's. Se quedó un rato más, oyendo algunas partes de la entrevista y riéndose sola... La parte que más le había gustado era aquella frase que le había dicho la azafata: «*¡Si es por un hombre, no merece la pena, cariño!*», casi podía convertirla en su propio eslogan.

Sinceramente, envidiaba mucho a Elisa por la suerte que había tenido de encontrar alguien así. En la vida real, o al menos en su vida, esas cosas no pasaban. Y, a decir verdad, tampoco en la cuestión laboral estaba mucho mejor... ¿Sería demasiado mayor para enrolarse en un barco?

Después de unos segundos tontos de

melancolía, decidió pagar e irse. Ya era de noche cerrada y su gato, el único que estaría esperándola en casa, estaría empezando a maullar descontrolado preguntándose dónde diablos estaba su comida.

Epílogo

Elisa cerró el libro con cuidado. Su hija estaba durmiendo justamente al lado de ella y no quería despertarla. Se había dormido en plena toma, y estaba tan ensimismada leyendo que ni siquiera la había pasado a la cuna. Y la verdad es que daba igual hacerlo o no, ahora que Mark estaba fuera, la cama era solo para ellas.

No podía dejar de mirarla... ¡qué guapa era! Intentó peinar sus pocos pelos pelirrojos, pero era misión

imposible. Se parecía terriblemente a su padre... así no lo echaba tanto de menos.

Cogió el móvil que estaba en su mesilla de noche: iba a llamar a Laura para decirle que le había encantado su novela, pero se dio cuenta de que aún sería muy temprano para ella. Entonces decidió escribirle un mensaje:

Ha sido un placer verme como la protagonista de mi vida. He disfrutado mucho leyéndolo, esperaré a la versión traducida para regalárselo a Mark.

Un beso,

Elisa

Agradecimientos

Porque las cosas suceden cuando menos te lo esperas, y por eso nunca hay que perder la esperanza de ver cumplidos tus sueños...

El día menos pensado te pueden llamar de camino al trabajo para decirte que van a publicar tu primera novela, aquella en la que nadie parecía confiar excepto tu madre, y los ojos se te llenarán de lágrimas de alegría (menudo momento irrepetible).

Por eso ahora no puedo dejar que

termines este libro sin que sepas quién ha hecho posible su existencia: gracias a la editorial HarperCollins Ibérica por elegir mi manuscrito, por darme una oportunidad para que mi historia sea leída por alguien más que familiares y amigos. ¡No sabéis lo feliz que me habéis hecho!

Gracias a todas aquellas personas que han inspirado esta novela de alguna u otra forma: a la gente que me conoció en Potenza, en especial a MTB, porque gracias a ella existe el personaje de Peppe.

Gracias a todos los compañer@s y jef@s que han trabajado conmigo, porque de ellos he aprendido más de lo que piensan haberme enseñado.

Gracias a todas las personas que he tenido y tengo a mi cargo, porque me han devuelto siempre el doble de cariño que yo les había entregado.

Gracias a mi hermana, mi correctora de inglés y español particular, por encontrar siempre tiempo para leer algo mío. A pesar de la distancia, el trabajo y los niños.

Gracias a mis padres, por dejarme cometer mis propios errores y, sin embargo, estar siempre ahí.

Gracias a mi marido por enseñarme el mundo y compartirlo todo conmigo. No veo otra manera de enfrentarme al día a día si no fuese contigo. Y con nuestra peque...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

A close-up photograph of a woman's face and neck, focusing on her nose, lips, and chin. She has long, wavy, reddish-brown hair. Several vibrant red roses with green leaves are positioned around her neck and shoulder. The background is a soft, warm, light-colored gradient.

HQN™

EL AGUA TEMPLADA

María de Castro



www.harpercollinsiberica.com